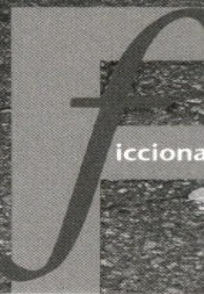


LOS DESTERRADOS

Eduardo Sánchez Rugeles



EDICIONES B



LOS DESTERRADOS

EDUARDO SÁNCHEZ RUGELES



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. Montevideo •
Santiago de Chile

1ª edición: Ediciones B Venezuela, S.A., 2011

©Eduardo Sánchez Rugeles

©Ediciones B Venezuela, S.A., 2011

Av. Rómulo Gallegos, Edf. Vista, piso 3 oficina 3-2, Boleíta Norte, Caracas
(Venezuela)

Fotografía de portada: Dana Meilijson

Impreso por: Gráficas Lauki C.A

Impreso en Venezuela - Printed in Venezuela

ISBN: 978-980-6993-77-8

Depósito Legal: lf9742011800309

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático...

* EL DESARRAIGO MILITANTE

*¿Cómo es tu casa? Como yo mismo, si no la miro desde afuera.
¿De qué está hecha? De pasaporte roto. De pasaje de ida. De déjame ver.
¿Dónde se encuentra? La de verdad, se perdió. La de mentira, esperándome.*

José Ignacio Cabrujas

La primera vez que Lautaro Sanz apareció en el portal web de ReLectura fue a mediados de 2007. Empezó escribiendo en el foro, ese espacio virtual donde con cierto desparpajo se solía intercambiar opiniones, resquemores, entusiasmos y sugerencias literarias entre los participantes. De inmediato, la escritura de cuchillo de Lautaro caló en el gusto de los foristas, quienes advertimos en su humor corrosivo el odre de una singular lucidez. Lo que más cautivaba la atención era su manera de articular con ironía dos nociones de la crítica cultural: la popular y la académica. Así, una observación sobre la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer podía hallar vasos comunicantes con la lírica de Camilo Sesto; una reseña sobre la obra de Teresa de la Parra, incluir una cita de Catherine Fulop; una exégesis de las silvas de Andrés Bello, recurrir a la música de Guaco como soporte teórico. O también, ya en franco delirio ficticio, Lautaro era capaz de soñar con un álbum en el que La Lupe interpreta a Virginia Woolf o alucinar con una versión cinematográfica de *Los detectives salvajes*, protagonizada por Roque Valero y Edgar Ramírez, acompañados por Coquito como Piel Divina, Gledys Ibarra como Cesárea Tinajero y Jean Carlos Simancas en el papel de Octavio Paz. Estas ocurrencias revelaban no sólo un heterogéneo bagaje literario, sino un enciclopédico dominio del imaginario pop venezolano, en cuyas referencias resultaba difícil deslindar la desalmada parodia del elogio sincero. Como era de esperarse, a los pocos días de su aparición, las intervenciones de Lautaro en esa sección de ReLectura se aguardaban con impaciente curiosidad.

Pero el surgimiento de este personaje había ocurrido algunos años antes. Su creador, Eduardo Sánchez Rugeles, cuenta, en una de sus prosas del destierro, que una novela fallida llamada *Candiles de aceite*, cuyo borrador data de 1995 —escrito durante el bachillerato—, sería la partida de nacimiento de Lautaro Sanz: "Los protagonistas de *Candiles...* eran Lisandro Goa (desaparecido), Julien Calo (*Desterrado*), Samuel Lauro (*Blue Label*), Marlene Tavares (*Desterrada*) y un extraño personaje sin nombre; el único con el que me atrevía a romper los esquemas prefabricados de mi limitada cultura libresca, cinematográfica y telenoveler. No

tenía nombre porque no me gustaba ningún nombre, ninguno se le parecía. En los primeros borradores lo identifiqué con la letra X". ("La muerte de Lautaro"). Con el tiempo, esa X no sólo ganaría un nombre, sino también continuidad en la escritura de su autor, quien empezó a darle salida en un blog de corte paródico llamado Noventenas —ahora abandonado—. Allí, Lautaro Sanz —entre otros personajes— heterónimos como Inmanuel Barreto, Mel Camacho, Julien Calo y Marlene Tavares — era el artífice de una desternillante serie de crónicas caraqueñas amparadas en el imaginario de la televisión, la publicidad, la música y el cine venezolanos de los años 90. El epígrafe de Noventenas que servía de bienvenida y acaso de advertencia, mostraba ya un rasgo propio de su autor: "Supe que debía irme de Venezuela el día que decidieron iluminar El Guaire". Era la frase de un desterrado que sólo podía pensar su idiosincrasia desde el temple sarcástico y la parodia del *kitsch* criollo. Así lo resaltaba la nota de presentación de Eduardo Sánchez en ese blog, hecha por su amiga Cecilia Egan —co-editora y cómplice de Noventerías—, en la que se lee que "sus mayores influencias intelectuales noventeras, sin duda alguna, son *El Príncipe del Rap*, *Nubeluz*, *Braveheart*, Daniel Sarcos y el Sega Genesis. Cuando se le pregunta qué evento de los 90 marcó su vida, responde inmediatamente: 'La muerte de Selena Quintanilla'. Su libro no ventero de cabecera es *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*, de John Gray, y su grupo musical favorito es Los Fantasma del Caribe. Hoy en día, Sánchez, el mismo flaco tembloroso que conocí en 1999, vive en Madrid con su esposa Beatriz, donde ejerce de ama de casa, *bloggero* y exiliado..."

Luego de un año de frecuentar el foro de Relectura, Sánchez nos propuso a mí y a Rodrigo Blanco —editores de ese portal—, publicar dos columnas mensuales en la página: una de cine y la otra sobre (y desde) su autoexilio europeo. Aceptamos con gusto, y en principio nos pareció ideal aprovechar su estadía en España de manera de contar con una mirada aguda y amena sobre el acontecer literario en ese país. Pero no fue así. O no exactamente así, pues él tenía otros planes. Lautaro sería la voz de una de las columnas, que llevaría por nombre *Los desterrados*: un conjunto de textos contaminados más de ficción que de realidad y cuyo "costumbrismo maldito", ya curtido por la experiencia escritural, le daría unidad y proyección a su incendiario estilo. Para ese momento, Sánchez tenía muy claro que Lautaro Sanz era el personaje que, a modo de *alter ego*, se había inventado para expresar con enjundia el desencanto de ser venezolano en el siglo XXI. Por esa época, se encontraba a la vez escribiendo los manuscritos de sus novelas *Blue Label / Etiqueta azul* y *Transilvania unplugged*, la primera ganadora y la segunda finalista del Premio Iberoamericano de Literatura Arturo Uslar Pietri 2010; ambas historias signadas también por el exilio errante y la crisis existencial de una generación a la que le cuesta reconocerse en el espejo de su dudosa identidad venezolana. De modo que el destierro, además de una

circunstancia vital en la vida de Eduardo Sánchez, resulta hasta la fecha una obsesión temática en su producción literaria. Un sello también de una reciente camada de escritores venezolanos que ha empezado a experimentar cada vez más la condición de inmigrantes en carne propia, y que, en algunos casos, ha recreado esa experiencia en sus obras de ficción.

En una entrevista concedida al site de ReLectura en 2010, Sánchez confesaba sus motivos para marcharse de Venezuela, ese territorio nacional con el que Lautaro invierte el dicho y termina haciendo de corazón, tripas: "El estropicio caraqueño me asfixió y decidí largarme. No más Caracas, me dije. Lo que, en nuestros días, sucede en Venezuela no está bien y, lamentablemente, no hemos logrado encontrar las formas adecuadas para saber comunicar ese malestar, para saber nombrar el despropósito, para saber interpretar tantas carencias y desastres. No es normal, coño, y subráyame la grosería porque, a fin de cuentas, es un grito desesperado y cotidiano de nuestra idiosincrasia, tenerle miedo al prójimo, no es normal que te maten por matarte, que tengas un negocio en el que tu familia ha trabajado treinta años y de un día para otro, por un decreto mal escrito, pretendan borrararte del mapa (...), creo que para conocer la idiosincrasia del venezolano contemporáneo sólo hay que leer los comentarios que se hacen a las informaciones que aparecen, por ejemplo, en Noticias24. Ahí estamos retratados como conjunto y la evidencia indiscutible de ese análisis es que, como sociedad, somos horribles".

De manera que la prosa de *Los desterrados* podría recibir con justicia el adjetivo de apátrida. No sólo por el evidente rechazo a cualquier vínculo nacionalista, constante en la mayoría de sus textos, sino en la acepción que propusiera Julio Ramón Ribeyro[1] al describir sus homónimas prosas como aquellos textos que no se ajustan a ningún género específico, y que debido precisamente a esa falta de "territorio literario propio", el escritor peruano calificara de apátridas. Tampoco sería del todo desacertado pensar que esa escritura híbrida de Lautaro se asemejaría también a la naturaleza formal de la crónica —salvo por su marcada condición ficticia—, sobre todo si se trae a colación la acertada definición que de ella hiciera el mexicano Juan Villoro[2]. Esto es, la crónica entendida como el "ornitorrinco de los géneros", debido a ese eclecticismo que le permite apropiarse de los mecanismos del cuento, la novela, el reportaje, la entrevista, el teatro, el ensayo y la autobiografía, entre otras modalidades discursivas. Entonces, el nomadismo trashumante de Lautaro encontraría en esta naturaleza polimorfa de sus textos —crónicas o prosas apátridas— el correlato más apropiado para una literatura del destierro.

De ahí que su prosa explosiva y huidiza de las nomenclaturas, deudora de la estética esperpéntica de Valle Inclán, se nutra de una irreverencia humorística que emplea la ironía, la parodia y lo grotesco como vías para desmitificar ciertos valores

intocables de la historia, la cultura y la política venezolanas. Eso explica, por ejemplo, que en sus historias se hable de un fetichista graduado en la Escuela de Letras de la UCAB que se masturba sobre las estanterías de las librerías madrileñas, o del supuesto hallazgo de unas novelas pornográficas de Rómulo Gallegos ocultas en las bibliotecas mirandinas, o de un cuaderno perdido de José Ignacio Cabrujas donde se descubre que el dramaturgo caraqueño es el verdadero creador de los Teletubbies o sobre la inédita correspondencia erótica entre Simón Bolívar y su maestro Andrés Bello, por citar sólo algunas de las provocadoras fantasías que Lautaro expone como un gesto de protesta contra un escenario nacional que él considera cada vez más retrógrado y totalitario, más reacio al humor.

Es un hecho: Lautaro es un *nowhere man* puro, un rebelde para quien el exilio es una condición ontológica, una manera no sólo de entender sino de resistir el mundo. Sus pocos amigos, la literatura, Youtube, la calle, y el melodrama televisivo y musical venezolano son sus contadas trincheras. Lautaro tiene romances fugaces y fastidios permanentes. Evade los afectos duraderos, las relaciones sedentarias. Si alguna emoción deja entrever casi siempre es la rabia o el hastío. También la tristeza. Es además manifiesta la necesidad de que sus andanzas se acompañen de una especie de *soundtrack* íntimo en el que suelen sonar las canciones de Yordano, de la Billo's o de Joaquín Sabina. La música, en estos textos, es una resonancia vital que le permite al narrador afinar su propia voz, dar con el clima exacto de sus historias. Pero la música sólo lo alivia, no lo restaura. Lautaro se sabe derrotado y no lo disimula; tampoco se hace la víctima. Su orgullo no se lo permite. Vive asqueado del tiempo que le ha tocado vivir, pero sobre todo del país en el que le tocó nacer. Escribe para contar con mordacidad lo mucho que lo avergüenza —y le arrecha— Venezuela. Por ello se extravía adrede por el planeta, huyendo de un país que no lo abandona, que no puede abandonar del todo. Un país donde incluso llegó a dar clases de historia en bachillerato, y cuyo recuerdo, del que también reniega, se le aparece como una incómoda nostalgia. Un ejercicio docente que vuelve a su memoria como la imagen de un paraíso, más que perdido, inútil. El propio Sánchez, en la entrevista antes citada, se reconoce a sí mismo primero como profesor que como escritor: "Soy docente. Mi otra gran vocación, la escritura, forma parte de este proyecto informe e indefinible —no resuelto— que es mi relación con la enseñanza en bachillerato. Eso, en lo que tiene que ver con el oficio, con el hacer diario. Es raro... me imagino que soy un profesor imaginario ya que no doy clases, formalmente, desde julio de 2007". Su *alter ego* no hace sino apropiarse de esa renuncia y la transforma, con su tendencia a la hipérbole, en un signo más de su propio fracaso, de su desesperada carcajada.

Porque Lautaro tiene que sobrellevar la inevitable condición de ser venezolano como una sombra que le pesa y que lo arraiga no desde el simplón patriotismo, sino

desde la conciencia de la derrota. Esa amarga desilusión de que su tierra natal, incluyéndolo, no sea algo mejor, sino más bien, como describe uno de los ex alumnos con los que suele tropezarse en su tránsito errante, "una humanidad indolente y famélica que no aspira a nada; una especie de analfabetismo existencial, una parodia de nación, un simulacro del espíritu" ("El desarraigo imposible"). El propio Lautaro, en "E-mail de Jamaica", asoma una de las posibles causas de esta decadencia nacional: "Nuestra gran tara sociológica ha sido querer imponer por la fuerza una manera de ser, unas costumbres homogéneas e incuestionables, una manera común de interpretar el ocio o un estilo de música —verdaderamente— tradicional (...) El eclecticismo, por lo tanto, ha sido proscrito. El venezolano... debe estar orgulloso de ser un individuo unidimensional".

Y si bien estas prosas del destierro pueden ser la reproducción, a escala sarcástica, de un malestar existencial cada vez más generalizado entre muchos venezolanos del siglo XXI, esa misma virulencia revela que, en efecto, el país no abandona a Lautaro, aunque lo lleve a cuestras en calidad de querencia corrompida, de desolación abierta. Valga recordar en este sentido las palabras de Mario Vargas Llosa, pertenecientes a su discurso de 1969, al recibir el Premio Rómulo Gallegos en Caracas—: "Mientras más duros y terribles sean los escritos de un autor contra su país, más intensa será la pasión que lo una a él. Porque en el dominio de la literatura, la violencia es una prueba de amor"[3]. De ser así, la quemante palabra de Lautaro Sanz vendría a ser la peculiar prueba de amor de Eduardo Sánchez hacia una Venezuela a la que le debe una formación que, paradójicamente, le ha dejado la materia prima y las herramientas suficientes para ficcionalizarla con apasionada inclemencia.

Quien lea estos textos desde esta perspectiva tal vez comprenda la actitud iconoclasta de Lautaro como una defensa del derecho a la inconformidad. El derecho a negar con indignación lo que a más de uno le gustaría gritar en Venezuela, pero que, por prejuicios o temores históricos, prefiere callar o disimular con eufemismos. El legítimo derecho, quizás, de amar odiando —o de odiar a secas— al país. Un derecho que es también uno de los atributos de la libertad no sólo de expresión, sino de creación. El derecho a decir, por ejemplo, lo que en "La indiferencia", Lautaro le escribe a la fallecida Lo, una colega del desencanto: "Nunca te gustó Venezuela. Siempre —a diferencia de muchos de nuestros compañeros— admiré tu compromiso apátrida, tu desarraigo militante. Mucho menos te gustaba Caracas. Nadie comprendía tu repudio, tu incomodidad... El odio legítimo por El Ávila te ganó enemistades eternas. Siempre fue más fácil señalarte y condenar tu indiferencia que tratar de entender la naturaleza de tu carácter. Porque tú querías cambiar de pasaporte, de nombre, de apellidos, de paisaje, porque nunca te gustaron los colores de la bandera, porque *Vuelta a la patria* te parecía un poema infame, entonces, te

convertiste en un referente de lo maldito, en aquello que no debía ser". Lautaro no desconoce los riesgos de esta determinación en un país con mucho amor propio acumulado en su historia. No ignora las elevadas dosis de agravio e intolerancia que tales posturas pueden despertar en la mayoría de sus coterráneos. "Tú ejercías — continúa en su carta a Lo— el derecho a una libertad incomprendida, a la voluntad humillada que sólo logramos entender aquellos que no pertenecemos a ninguna parte, los que preferimos apostar por el juego de luces y tinieblas de la condición humana antes que por un concepto mediocre de país. Nunca te lo perdonaron, Lo. Aquel no era tu lugar ni tu tiempo".

Los desterrados pareciera sintonizar así con aquello que el crítico y narrador Miguel Gomes ha llamado la estética neoexpresionista, característica de la obra de varios escritores venezolanos de la última década: Oscar Marcano, Alberto Barrera Tyszka, Lucas García, Gustavo Valle, Norberto José Olivar, Gisela Kozak, Gabriel Payares, Enza García, Mario Morenza, entre otros. También para estos autores el tópico del fracaso individual y colectivo permea la mayoría de sus narraciones. Sin embargo, habría que decir también que estas prosas de Eduardo Sánchez son, en gran medida, herederas del pensamiento de José Ignacio Cabrujas, quien vio en la noción —y sensación— de derrota, el punto de partida para una comprensión de la venezolanidad, que no excluyera el melodrama ni el humor. Cabrujas supo retratar como pocos, con el equilibrado manejo de lo que se ha dado en llamar la alta y la baja cultura, la conciencia de un país sumido en la fantasía de creerse bendecido por los dioses de la bonanza petrolera y las bondades del clima y la geografía, y que no supo —ni ha sabido aún— prever ni detener el desmoronamiento físico y espiritual producto de una cultura de la improvisación. Todo expresado desde una lucidez humorística que Cabrujas asumía como una peculiar manera de querer a su país: "El humor es inevitablemente otra forma de amar, de pedir calma, de evadir el grito, el insulto, de soslayar la furia estúpida y ciega. Y, mira, quizá sea ésa la definición más acertada que se le pueda conceder al humorismo: la de un raro, aunque extraordinario, acto de amor".[4]

De modo que el temple visceral de Lautaro parece provenir de esa severa (y amorosa) reflexión crítica sobre el país que Cabrujas cristalizó con humor tanto en su obra periodística como en sus piezas teatrales, cinematográficas y televisivas. Claro que los años y la profundización de la crisis nacional le impiden hoy a Lautaro "evadir el grito y el insulto". La herencia cabrujiana está presente en su fuero interno, pero su palabra desterrada resuena más atormentada y desesperanzados. Su humor, con una modulación distinta a la de Cabrujas, es también una forma de desahogo y explosión, de rebeldía y entereza. Porque incluso desde la aspereza mordaz de sus opiniones, la mirada que Lautaro ofrece en *Los desterrados* conserva la ironía como un agente que, si bien degrada, no destruye los valores que pone en

entredicho: sólo los desnuda y los expone a la mirada del lector, quien será finalmente el que mida el alcance de su polémica reinención de un país educado en una falsa idea de pureza.

Es posible que exista en *Los desterrados* una forma de resignación que halla en el deterioro existencial venezolano una estética que nos define a partir de lo que carecemos. Esa especie de ambiguo valor de la medianía que Lautaro destaca como una especie de ADN idiosincrático en "El desarraigo imposible": "En estos años he podido conocer el mundo y el mundo, la verdad, no ha logrado seducirme. Todo se ve mejor en las postales. Cuando atraviesas una calle cualquiera te das cuenta de que todo se parece. (...) En cualquier lugar verás lo mismo: gente. Y el venezolano, a fin de cuentas, maldito o no, no es más que gente. Te diré algo que me contó un amigo recientemente fallecido, era librero en Nicosia, venezolano, por demás. Antes de morir, mortificado por el destino de sus libros de Ayacucho y su idiosincrasia en conflicto, dijo: *Cuando los conductores obedecen las luces de los semáforos, cuando las personas cruzan la calle por los pasos de peatones, cuando la puntualidad es un indicio de responsabilidad, cuando las gentes callan en los cines y apagan los celulares en los teatros, siempre aparece un venezolano que considera que esos valores son absurdos; que la vida sólo vale la pena ser vivida con cierto margen de irresponsabilidad, irreverencia y escándalo y todo esto, también, puede ser una forma de belleza*".

Esa extraña belleza es la que recorre las imaginarias crónicas que Eduardo Sánchez escribiera durante dos años para ReLectura, y que ahora, luego de callar a su heterónimo Lautaro Sanz por un tiempo indefinido, ha querido reunir en este libro genuinamente apátrida.

Luis Yslas Prado
Caracas, marzo de 2011.

✦ EL DESARRAIGO IMPOSIBLE

«¿Venezolano?», preguntó el guardia de inmigración. «Sí, por desgracia», respondió con desidia. Grupos de patrioterros cercanos al escritorio, inmediatamente, censuraron la franqueza del muchacho. El murmullo se extendió a lo largo de la cola. Las frases hechas rebotaban contra las estructuras amarillas de la T4: «¡Por eso es que el país está como está!»; «¡El problema de Venezuela es que nadie la quiere!»; «La juventud debería luchar en lugar de quejarse»; «bla, bla, bla». El guardia puso el sello en el cuaderno y le devolvió el pasaporte. Tras el incidente, el joven desterrado parecía llevar un cartel —avalado por la Organización Mundial de la Salud— que lo identificaba como enfermo terminal. Era un tipo flaco, tembloroso, tenía el cabello largo, sucio, atado en cola de caballo. El rumor sobre la confesión del apátrida continuaba su prédica entre los viajeros: «Ese sifrinto dijo que sentía vergüenza de ser venezolano, ¡qué bolas!»; «¡Qué horror!»; «Ave María purísima», dijo alguna doña santiguándose.

Aquella tarde era la fecha tope: debía entregar a los editores de ReLectura mi crónica sobre unas curiosas operetas que tenían lugar en los sótanos del Teatro alia Scala (Milán). El artículo, sin embargo, quedaría para una próxima entrega. El encuentro con aquel desterrado en el aeropuerto de Barajas desbarató mis pretensiones. «¿Profesor Sanz?», escuché de repente. Estaba distraído, con la memoria arisca. Quien hablaba era el apátrida. No lo reconocí. «¡Profesor Lautaro!», repitió antes del abrazo. Se quitó los lentes y pude visualizar su lugar en el aula: primera fila pegada a la pared, segundo puesto de atrás para adelante. Se sentaba delante de Adriana Haffner y detrás de Daniela Esteva. «¿Garmendia?», pregunté. Iberia, entonces, decretó la huelga. Las correas de las maletas pararon intempestivamente. Nuestras conexiones anunciaron retardos. En aquellas horas de espera, Felipe Garmendia me contó lo que había sido de su vida. Aquel testimonio de aeropuerto destruyó un indolente pero sólido concepto de la costumbre en el exilio. Al día siguiente cuando desperté, nada parecía tener sentido.

Garmendia contó episodios privados que no pretendo hacer públicos, luego, ante la espera eterna, inició su *speech*: «Mi único deseo es abandonar ese lugar para siempre —dijo—. ¿A dónde voy? No me importa. No creo que el resto del mundo sea gran cosa pero necesitaba salir de Caracas. Odio mi pasaporte. Ojalá hubiera nacido en otra parte». Aunque furioso, estaba impasible. Hablaba sin modular, con la pierna derecha montada sobre su rodilla. Sus ojos se perdían en el vacío, un vacío cuyo fondo estaba ocupado por una máquina de refrescos. «¿Existe, profesor, alguna razón convincente y real para amar un lugar como Caracas? ¿Es posible, sin sensiblerías, decir que esa ciudad tiene algo por lo que valga la pena hacer

sacrificios?» No respondí. Sabía que si, por herencia pedagógica/trágica, usaba algún psicologismo formato McGraw-Hill o exponía criterios chauvinistas me ganaría su reticencia. «No me trates de usted, hace más de tres años que fui tu profesor. Ya no ejerzo la docencia, Felipe. Yo también me fui». «Sí, lo recuerdo. Recuerdo cuando se fue. Al principio me pareció que usted era un cobarde pero luego lo entendí».

Felipe Garmendia, recordé, pertenecía al curso que coincidió con mi renuncia. Yo entonces era profesor de Historia en cuarto y quinto año. A su grupo sólo pude darle clases un año, en cuarto. Luego me fui; entre dimes y diretes con el mundo olvidé las gratitudes de mi oficio. Antes de la aparición de Garmendia en el aeropuerto de Barajas me había impuesto el precepto de olvidar mis años de docencia. El muchacho esperaba respuestas. No sabía qué decir, había perdido la espontaneidad, la retórica, la capacidad de escuchar y, además, la sensibilidad de la enseñanza. Me había hecho viejo.

Ante mi silencio, Garmendia continuó. «¿En qué me ennoblece un maldito araguaney? ¿Qué le debo yo al árbol? ¿Dígame usted en qué parte de esa tierra maldita existe un volcán? Se lo pregunto porque estos arrieros —hizo un gesto de desprecio hacia un grupo de personas que, al fondo, hablaba mal del gobierno— suelen desgarrarse el pecho cantando un horrible villancico que define nuestra idiosincrasia como una mezcla de desierto, selva, nieve y volcán. No entiendo por qué tenemos la necesidad de disfrazar nuestros fracasos con la exuberancia de la naturaleza. ¿Dígame usted, profesor, humanamente, qué puede aportarnos la cascada más grande del mundo? Por cuestiones de familia he tenido la oportunidad de recorrer todas las carreteras de Venezuela, he dormido en pueblos y ciudades nulas, muy nulas. He vivido, además, toda mi corta vida en Caracas. ¿Sabe qué fue lo único que vi? —no respondí. Cambió de posición, estiró las piernas y se puso las manos detrás de la cabeza—. Una humanidad famélica que no aspira a nada; una especie de analfabetismo existencial, una parodia de nación, un simulacro de espíritu. Yo, profesor, se lo digo honestamente, tengo más de un año promoviendo el exilio; persona con la que hablo que me comenta que tiene ganas de irse, le digo *lárgate, vete de esta mierda, esto no vale nada*. Sin embargo, dentro de mi espontaneidad apátrida no puedo evitar un sentimiento de culpa, una incomodidad ante el desarraigo, una especie de pesar por reconocer que una de las cosas más ridículas que he visto en mi vida es al tal Dudamel tocar *Pajarillo* con arreglo sinfónico. No sé —por primera vez, desde que inició su monólogo, soltó algo parecido a una carcajada—, se supone que uno debe estar orgulloso de eso, ¿no?; se supone que uno debe sentirse bien porque Juan Arango juegue en el Borussia Mönchengladbach a pesar de que ese equipo, de los más intrascendentes de Alemania, se esté peleando el descenso a una categoría mediocre. Mire a ese pobre infeliz —señaló a un caminante que, en sentido contrario, llevaba una gorra de los Navegantes del Magallanes y un

morral con la bandera de Venezuela—. ¿Cómo alguien puede ir por el mundo ostentando esa mierda? A veces pienso que si Shakespeare hubiese sido venezolano el dilema de Hamlet habría sido mucho más simple: ¿*Caracas o Magallanes?* ¿*Chicha o Riko Malt?* ¿*Por la Cota Mil o por la autopista?* ¿*Sambil o Tolón?* ¿*Puerto La Cruz o Río Chico?* ¿*Dallas o Montaña Suite?* ¿*Whisky o ron?* Sólo eso, nada más. No lo entiendo, profesor. Usted, que siempre tuvo las respuestas, dígame cómo se puede sentir afecto por nuestra cultura de la mediocridad y la muerte».

«Es difícil de explicar, Felipe —dije tratando de ganar tiempo, inventando argumentos sin forma, palabras equívocas, eufemismos vacuos—. Puede que esta vez no tenga las respuestas. Te diría, incluso, que nunca las tuve y que, quizás, muchos de ustedes sobrevaloraron mi influencia. Yo estoy tan desorientado como tú, no sé lo que está bien ni lo que está mal, me fui de ahí con una rabia parecida a la tuya. El tiempo, sin embargo, ha menguado mis arrebatos. Al final, y no sé por qué, hay muchas cosas que se echan de menos, es lo único que te puedo decir». «Si me viene con el cuentico del Ávila, los panas, el pabellón, el Diablito o las hallacas, me pararé de aquí y lo insultaré; con todo respeto, créame que le caeré a coñazos. Yo no sé quién inventó esa ficción de que el venezolano es de pinga. Nunca he estado en un lugar en el que se tenga tanto desprecio por el prójimo». «Sabes, Felipe, creo que si no tuviera tanto tiempo fuera de Venezuela no te diría lo que te diré ahora. He sido un errante, he llevado una vida sin destino, he estado en lugares que nunca me imaginé que podían existir. Al final, las cosas que se echan de menos no resultan visibles; creo que tiene que ver con el arraigo, es algo impalpable, telúrico. Estoy hablando paja, lo sé. A ver, déjame intentar explicarlo. Puede que haya cierta poesía en el despropósito, en lo mal hecho, en lo incompleto. A lo mejor tienes razón, puede que Venezuela sea un pueblo innoble pero, curiosamente, creo que la falta de nobleza es la que nos permite reconocernos, la que nos da cierta identidad. He llegado a creer que, a fin de cuentas, no resulta tan malo ser un acomplejado. El venezolano siempre sospecha que algo está mal, que el mundo conspira contra él, que lo quieren joder, que la ley de Murphy es un decreto publicado en Gaceta Oficial; el venezolano siempre lleva consigo resmas de fotocopias de sus cédulas, licencias, certificados médicos —originales o falsos—, porque sabe que, en cualquier momento, los necesitará para evitar el soborno del primero que diga ser gendarme. Esa desconfianza, esa visión paupérrima de la vida cotidiana, en el fondo, puede ser nuestro mayor atributo pero eso es algo que sólo puede verse desde lejos; estando inmersos en el caos sólo se percibe la vulgaridad y la miseria. En estos años he podido conocer el mundo y el mundo, la verdad, no ha logrado seducirme. Todo se ve mejor en las postales. Cuando atraviesas una calle cualquiera te das cuenta de que todo se parece. Es bueno viajar, Felipe, viaja, camina, agarra un mapa y lárgate a recorrer lugares extraños. En cualquier lugar verás lo mismo: gente. Y el

venezolano, a fin de cuentas, maldito o no, no es más que gente. Te diré algo que me contó un amigo recientemente fallecido; era librero en Nicosia, venezolano por cierto. Antes de morir, mortificado por el destino de sus libros de Ayacucho y su idiosincrasia en conflicto, dijo: "Cuando los conductores obedecen las luces de los semáforos, cuando las personas cruzan la calle por los pasos de peatones, cuando la puntualidad es un indicio de responsabilidad, cuando las gentes callan en los cines y apagan los celulares en los teatros, siempre aparece un venezolano que considera que esos valores son absurdos, que la vida sólo vale la pena ser vivida con cierto margen de irresponsabilidad, irreverencia y escándalo, y todo esto, también, puede ser una forma de belleza"».

Silencio. Despotriques contra Cadivi. Citas de anécdotas graciosas. Vuelta al ruedo: «He seguido sus columnas en ReLectura y, con todo respeto, me parece que son una mierda». «Sí, también lo he pensado, Garmendia, gracias por tu honestidad». «¿Se acuerda cuando cerraron RCTV? —asentí en silencio—. Usted fue de los pocos profesores que, en esos días, dijo algo diferente. Todo el mundo hablaba de la democracia, de los derechos, de la justicia, el palabrerío de los periódicos. Esa mañana teníamos clase de Historia del Arte. Entró al salón con aire tranquilo, anotó un esquema en la pizarra y mal dictó un concepto. Esperábamos más, yo esperaba más. Afín de cuentas, más que un profesor, tú siempre fuiste nuestro maestro. Hizo el amago de hablar del barroco e, intempestivamente, lanzó su lección. ¿No recuerda lo que dijo, profesor Sanz?» «Honestamente, no, Felipe, no tengo idea», dije sin mucha saliva. «"Nos están mutilando nuestra propia miseria", eso fue lo que dijiste. Hablaste de la televisión venezolana, dijiste que te parecía una basura, una cosa mal hecha, mal producida, improvisada, sin inventiva pero, inevitablemente, nuestra. Hablaste de la tristeza que suponía el saber que algún insensato nos echaba en cara nuestra minusvalía. Dijiste que, de alguna forma, nuestra podredumbre también nos pertenecía y era legítimo tratar de reivindicarla. Pero, profesor, dígame usted, realmente, sin eufemismos qué significa tratar de reivindicar algo en ese país, qué significa luchar, vale la pena luchar, luchar contra qué, cómo. ¿No es absurdo? Yo le digo algo, y está es, a fin de cuentas, la razón por la que me fui: el mes que viene cumpliré 20 años, no hay una sensación de soledad más brutal que la de ser joven y ser venezolano, eso es terrible. No hay salida, todo está mal, todo está cerrado; cualquier idea de bienestar es una quimera. Usted sí podía luchar, usted tenía herramientas para luchar, sin embargo, decidió largarse a improvisar empresas absurdas, a descubrir cuadernos apócrifos que no le interesan a nadie. Usted tenía una arena donde batirse y, de un día para otro, se largó a buscar anillos únicos, flores azules o qué sé yo qué. ¿Encontró a su Mefistófeles, profesor Sanz?»

«No, Felipe, la verdad, no he encontrado nada. Espejismos, me tropecé con un par de espejismos, tienen su encanto pero sólo son imaginaciones. Tienes razón, vivo

en aeropuertos y puertos, me he convertido en un nómada...». «Que lee y escribe sobre Venezuela, que publica columnas en un portal de Venezuela y que, seguramente, cada mañana lo primero que hace al despertar es revisar Noticias24. Es patético, ¿no le parece? —no respondí—. Te diré por qué te fuiste, Lautaro; hay personas que te conocían mejor que yo; la gente habla, muchacho no guarda secretos; una vez me contaron que te fuiste porque querías ser escritor. Supuestamente, tenías uno o dos guiones cinematográficos que querías mandar a concursos. Te fuiste con la ilusión de ganar un Oscar o un premio literario de esos en los que, además de un cheque que te resuelve la vida por un tiempo, te regalan una escultura de un artista postmoderno. Tú sabes muy bien que podrías ganar algo mucho más significativo cada veintiséis de julio y eso es lo que no te deja dormir. Recuerdo cuando se graduó mi primo Rolando, tu última promoción, estabas ahí con tu Parkinson precoz, con tu agorafobia y tu vértigo por las multitudes. ¿Has vuelto a tropezar, en tu búsqueda, con una sensación de bienestar parecida a aquélla? Tú te podrás haber ido a la mierda a buscar no sé qué pero sabes muy bien que nunca, en ninguna parte ni en ningún oficio, tendrás la inspiración que encontrabas ahí; podrás haber hallado las novelas eróticas de Rómulo Gallegos o el cuaderno perdido de Cabrujas pero sólo podrás encontrarte a ti mismo el día que vuelvas a pararte delante de un salón de clases. Esa es la disyuntiva entre tu felicidad o tu desgracia».

Bajo el rótulo de salidas a Barcelona el *delayed* fue sustituido por el *boarding*. «Es mi vuelo —se levantó—. Un placer haberlo visto, profesor. Espero no haberlo incomodado con mis peroratas, todo el mundo dice que hablo mucha paja». «Buen viaje, Garmendia. Tarde o temprano, lo verás, la tierra te tocará el hombro». «A mí no me tocará nada, lo sé. Yo no dejé nada atrás, ¿y usted? ¡Coño! —se interrumpió mientras intentaba cargar su maleta—. La Guardia Nacional me pinchó el equipaje, maldita sea». «Vamos, te ayudo». Caminamos juntos hasta la puerta H, o el pasillo H, o la sala H; la T4 es una locura. Mi vuelo había sido aplazado por más de seis horas. Debía pasar la madrugada en el aeropuerto. Llegamos a la puerta de embarque. Un grupo de holandeses protestaba por el retraso. «No sé, Lautaro —agregó antes de despedirse—, yo ni siquiera tengo muy claro qué quiero hacer con mi vida pero sí sé que tú eres uno de los pocos anormales que conozco que todos los días sueña que tiene las manos llenas de tiza y que se sienta sobre un escritorio a verles la cara a cuarenta adolescentes que, en su mayoría, no saben ni cómo se llaman. Deja de tomar téis chimbos, relajantes musculares o Valeriana. No te caigas a cuentos; si quieres volver a dormir, sólo tienes que asumir con dignidad suficiente tu vocación irrevocable de docente». El avión abrió la puerta. Felipe Garmendia me extendió la mano e hizo una moderada reverencia. «Fue un placer hablar con usted, profesor Sanz. Hasta luego. El mes que viene espero leer su interesantísima columna sobre las extrañas operetas venezolano—milanesas».

Lautaro Sanz

✦ EL LIBRERO DE NICOSIA

Conocí al librero de Nicosia en el club venezolano chipriota del barrio Laika Yitonia. Tenía más de dos horas vagando por los arrabales griegos cuando una pizarra negra, con una inscripción de tiza y en español llamó mi atención: «Esta noche, eliminatoria suramericana: Bolivia—Venezuela». El lugar parecía un mesón mediterráneo cualquiera. Menú del día: almejas, pulpo y ensaladas verdes. El lugar era distante y solitario. La curiosidad impuso argumentos irrefutables. Abrí la puerta. Supe, entonces, que se trataba de una especie de taguara culta o bar—biblioteca.

El antro de Nicosia en el que transmitirían el partido de la Vinotinto era un lugar de borrachos lectores. Las paredes —empotradas con antiquísimas estanterías de madera— estaban repletas de libros. Casi todas las obras expuestas en el primer salón eran ediciones griegas o turcas. Cerca de la barra pude ver el busto de un escritor chipriota llamado Nicos Nicolaides al que varios aficionados habían llevado peticiones y ofrendas. Había seis personas leyendo y tomando. Un anciano amarillo, muy amarillo, sostenía un ejemplar de *El cementerio marino* de Paul Valéry. Aunque leía en silencio, sus labios entreabiertos articulaban palabras que no llegaban a decirse; entre verso y verso vaciaba una copa de vino blanco. Un borracho joven, con aires arios e insolados, leía *La isla del tesoro* y contrastaba la lectura con un mapa antiguo que extendía sobre sus rodillas. Otros lectores ebrios hojeaban textos de poetas griegos de los que nunca había oído hablar.

«Hola», me dijo el dispensario en inglés. Era un hombre fofo, sin cuello, el mentón y el pecho parecían ensamblados por el tradicional sistema tornillo-tuerca. «¿Qué se le ofrece?», su inglés era artificial, de curso de Internet. Pedí una cerveza y caminé por un pasillo estrecho. Encontré, sin proponérmelo, un amplio salón en el que, entre las inmensas librerías, podía verse un televisor pantalla plana acompañado de un sistema *home-theater*. La sala estaba vacía; había por lo menos ocho mesas sobre las que reposaban sillas colocadas al revés. Hice un paneo pausado y tenebroso por el cuarto. En una de las paredes vi algo desconcertante. Allí, en Chipre, en un bar de Nicosia —en la Nicosia griega—, había un retrato de Rómulo Gallegos. Era un calco del retrato de siempre: aquella foto en la que Gallegos, en blanco y negro, aparece con cara de estreñimiento con los ojos perdidos en el cielo. Debajo del cuadro había una mesa pequeña —un simulacro de altar—. Pude ver un banderín de los Leones del Caracas y un *Adiós al siglo XX* de Montejo abierto en el poema *Oración por el tacto*. «¿Venezuela?», me preguntó con gracia el librero *barman* quien, repentinamente, apareció con mi cerveza. Asentí a disgusto. «Regrese en la madrugada —me dijo—, a diez para las tres comenzará la retransmisión del partido.

Podrá conocer a los demás miembros del club de venezolanos de Chipre».

Vine a Nicosia invitado por el Cyprus Research Center; en realidad, «invitado» por una amiga becaria del Cyprus Research Center. Ella —quien me pidió que no la citara— escribe actualmente una tesis sobre no sé qué cancionero chipriota y sus relaciones con la cultura mediterránea. La conocí en el noventa y tanto en un congreso literario que inventó la Escuela de Letras de la UCAB. Fuimos «noviecitos» un par de meses hasta que el *affaire* del Banco Latino defalcó a su familia y tuvo que abandonar los estudios. Un año más tarde, gracias a un abuelo o bisabuelo griego, pudo repatriarse. Hace unos meses, durante mi convalecencia en Kingston, solicitó mi «amistad» por Facebook y en un alarde de falsa cortesía me dijo que cuando quisiera fuera a visitarla a Nicosia. Llegué al aeropuerto de Larnaka un 22 de mayo con la convicción de que era el único venezolano en Chipre —eso sin contar a mi amiga quien, para entonces, había obtenido la nacionalidad griega—. Recorrí la ciudad en caminatas eternas y solitarias. No tenía mucho tiempo para compartir con mi casera ya que el horario del Centro de Investigación era muy estricto. Además, el refrán popular que cita «*al tercer día la visita hiede*» comenzaba a hacer efecto. Nuestro romance universitario pasó a ser un recuerdo incómodo. Ella era otra persona, había dejado de interesarse por la literatura latinoamericana. Tampoco le gustaba hablar en castellano. Traté de citar anécdotas o amigos en común pero ella decía no recordar nada ni a nadie. En una de tantas historias se puso histérica. Me dijo que si quería dormir en su casa le hiciera el favor de no hablarle de Caracas. Esa noche se acercó a mi sofá —en realidad, su sofá— y me besó en la frente. Estaba más calmada. «Perdóname, Lauty. Lo que pasa es que tengo más de diez años tratando de olvidar ese país de mierda».

La Nicosia profunda se parece a Caracas. Una línea verde, casi invisible —también conocida como la línea de Atila—, la pica en dos: turcos a un lado, griegos al otro. Se supone que Naciones Unidas decretó, hace más de dos años, la unificación de Chipre y la supresión del simbólico muro. Sin embargo, hay diferencias significativas entre el norte otomano y el sur helénico. La noción de belleza, por ejemplo, es diferente. La zona turca es terracota, icónica y bizantina. La zona griega es más europea —se parece más a Occidente—, ha recibido un mayor impulso económico y ha explotado el formato turístico. Son encantos disímiles y complementarios. Hay zonas en las que la frontera verde está casi borrada. Huellas de zapatos, lluvias y pintas de grafiteros furiosos la han hecho disolverse en el concreto. La línea verde me recordó las líneas invisibles de Caracas, las fronteras imaginarias. En Venezuela, sin embargo, el conflicto no es religioso, lingüístico, cultural ni étnico; aquello simplemente parece ser un desacuerdo sobre el programa de un circo: el alzamiento de los payasos, la rebelión de los malabaristas, el resentimiento de los domadores de tigres, la frustración de las mujeres barbudas...

Caracas, a diferencia de Nicosia, no tuvo Edad Media.

Aquella madrugada, cuando regresé al barrio Laika Yitonia el bar biblioteca parecía estar cerrado. Toqué la puerta varias veces pero nadie respondió. Permanecí en la oscuridad matando el frío de la madrugada con cigarros. Luego, di algunas vueltas por callejones aledaños. Al regresar pude ver que se acercaban dos sombras bajas, una de ellas mentaba la madre y comentaba que, desde hacía más de tres meses, había sido bloqueada su tarjeta de Cadivi. Supe, entonces, que estaba en el sitio correcto. Las sombras bordearon el edificio y tocaron una puerta lateral. El hombre tuerca abrió. Cuando entré a la sala estaba sonando *Manantial de corazón* de Yordano.

Comenzó el partido. En una mesa había antifariístas recalcitrantes que denunciaban la alineación inexperta y juvenil que había sido convocada a La Paz. «¡Los bolivianos nos meterán ocho!», escuché entre varias groserías y críticas destructivas. «Richard Páez era malo pero no tan malo», citó otro desengañado espectador. No me gusta mucho el fútbol. Soy un observador imparcial y poco comprometido. La última vez que vi un partido completo Luis Figo, y Zinedine Zidane jugaban en el Real Madrid.

La jerga del local era totalmente criolla. En aquella caverna chipriota estaban todos los estereotipos caraqueños. Estaba, por supuesto —inevitable—, el patriota, aquel que se levantó y se puso la mano en el pecho cuando una banda boliviana tocó algo parecido al himno. Vi en la pantalla a un mamarracho llamado Juan García —delantero, según escuché— que sostenía una hoja de cuaderno con un mensaje de amor para alguna admiradora que estaba en la grada. «Impresentable —comentó un intolerante desde la barra—, deberían meterlo preso, la FIFA debería multar al *lagarto*», completó. Pude ver, también, en la mesa más cercana al televisor, a un grupo de entusiastas con franelas vinotinto y bandanas de Brasil. Había pocos lectores. El escándalo futbolero hacía difícil cualquier amago de concentración; sin embargo, había tres o cuatro personas dispersas que se tapaban las orejas con los puños e intentaban centrarse. Uno de los lectores sostenía una edición vieja de *Nadie encendía las lámparas* de Felisberto Hernández. Parecía nervioso, sudaba, sus manos temblaban y cada cierto tiempo hacía notas en los márgenes. Otro leía un libro de cuentos de Haroldo Conti mientras que una mujer de edad imprecisa estaba inmersa en la *Intriga en el Car Wash* de Salvador Fleján. El librero de Nicosia estaba sentado al fondo; bebía un licor claro que no logré identificar. Era un hombre muy viejo. Un gato ocre-naranja estaba echado a sus pies. No parecía venezolano, su fisonomía era mediterránea, europea; pensé, en principio, que se había equivocado al adentrarse en aquel escenario de folclor surrealista. Me sorprendí cuando, al pasar a su lado, con timbre oriental y burlesco comentó: «Estos pendejos todavía creen que Venezuela va a ir a un mundial». Exhaló el humo de su pipa y tuvo dos ataques, el primero de risa

y el segundo de tos.

El librero de Nicosia había vivido muchos años en Venezuela. Cuando le conté que alguna vez estudié Letras, me invitó a su mesa y ordenó al hombre tuerca que nos trajera una botella de whisky. «Fui, soy y seré adeco hasta que me muera —me dijo— y los adecos fuimos los que le enseñamos a esa tribu a beber whisky». El mesonero nos trajo una botella de Buchanan's y el librero brindó a la salud de Rómulo Betancourt. Luego me contó que, durante muchos años, trabajó en el Instituto Pedagógico; había dictado también algunos cursos en la Escuela de Letras de la UCV y de la mano del padre Fernando Arellano pudo dictar tres o cuatro seminarios en la UCAB. Su relato tenía algunas anomalías. Tardé en caer en cuenta de que el librero de Nicosia estaba enfermo. «¡Coño'e la madre!», gritó un aficionado desde la mesa de falsos brasileros: el árbitro había pitado un penalti a favor de Bolivia.

El librero de Nicosia padecía una esquizofrenia literaria. Decía haber conocido y tener lazos de amistad con personajes de ficción. «Compartí muchos años —dijo— con la familia Barazarte, los protagonistas de *País portátil*. Alguna vez —comentó—, le pregunté a Funes, el memorioso, la letra de un tango que Gardel cantaba en la película *Cuesta abajo* y el borgeano no supo responderme, se hizo el loco». El librero dijo haber sido buen amigo de Maqroll el Gaviero; siempre que sus tribulaciones lo llevaron al Mediterráneo el héroe de Mutis había hecho, al menos, una parada en Chipre. «Hace algunos años me tomé unos tragos con un muchacho chileno muy simpático llamado Arturo Belano». El viejo hablaba solo. Sus monólogos entraban y salían del espectro literario de manera espontánea. Dijo que le había hecho el amor a la Maga de Cortázar pero que, sin duda, su mejor amante había sido Violeta, la hermana mayor de Blanca Nieves —la famosa Mamá Blanca de Teresa de la Parra—. «Cuando esa niña creció se convirtió en una ociosa». Nombró muchas historias. Citó autores y referencias librescas que desconozco. Quiso saber algunas cosas de Venezuela, me preguntó por su amigo el librero Sergio Alves Moreira de Divulgación. «Falleció», le dije con desgano. «Sergio era mayor que todos nosotros», fue lo único que dijo. También quiso tener noticias de su amigo Raúl Bethencourt, el librero de Suma. Le conté que lo atropelló un carro. «¡Gol!» Escándalo en el bar. Tardé en darme cuenta de que los bolivianos se marcaron un gol a sí mismos. El librero de Nicosia permaneció en silencio y dijo algo en una lengua extraña, luego se persignó.

Me contó las historias de los venezolanos exiliados en Chipre. «No sólo en Chipre, están en todas partes; los venezolanos actualmente hacemos metástasis. Llega mucha gente joven. Hay de todo: ingenieros, artistas, putas, contables, médicos, escritores, caza talentos, mata tigres. Uno de mis hijos, que nació en Venezuela, vive en Bakú, Azerbaiyán. Él es sociólogo de la UCV. Me cuenta que

toda Asia menor está plagada de venezolanos. Vea, por ejemplo, a Mario —hizo un gesto con sus labios y señaló al lector de Felisberto Hernández—. Su historia, como la mayoría de las historias, es triste. Mario tenía un local en el Centro Comercial El Recreo. Vendía celulares, cámaras y otras pendejadas tecnológicas. Mario tenía la desgracia de ser hermanastro de un carajo que trabajaba en Súmate; era uno de los abogados de Súmate. Un día cualquiera, sin previo aviso, le cayó el Seniat, le decomisaron los equipos y le pusieron una multa impagable. Además, Mario cometió la estupidez de firmar contra el presidente en uno de esos inútiles referendos que cada quince días hacen en Venezuela. Esa firma le valió el bloqueo de otros negocios y contratos que estaban apalabrados. Su mujer lo abandonó, se murió su vieja, su hermanastro lo dejó limpio y en la calle y el pobre Mario se volvió loco; fue cuando comenzó a ver en la oscuridad y a conversar con los objetos. No sé cómo llegó a Chipre; me pareció escuchar que, por el lado paterno, tiene familiares en Sicilia; sé que pasó por Siracusa y, más tarde, entró a Nicosia desde la zona turca. Cuando me contó su padecimiento le dije que en los cuentos de Felisberto Hernández se narran patologías parecidas. Desde entonces lee esos relatos con ansiedad en busca de respuestas».

El lector de Haroldo Conti tenía una historia parecida. Era un ingeniero argentino expatriado por los militares a Venezuela en los setenta y, posteriormente, botado de Pdvsa al aire en un *Aló, Presidente*. «La historia de la lectora de Fleján también es triste —me contó el librero—. Dice que su hijo murió porque su marido estaba empeñado en que el muchacho jugara béisbol. El muchacho era malo y terminó fichado por un equipo mediocre de la liga taiwanesa. Allá, supuestamente, lo mató una mafia. Ella, desde entonces, vaga por el Mediterráneo. Llegó a Nicosia hace más de un año. Nadie sabe dónde vive ni qué hace. Todas las noches viene a este bar y se sienta a leer *Intriga en el Car Wash*. Una y otra vez lee el relato *Grandeliga* y dice que ese hombre, Salvador Fleján, le robó su experiencia y la convirtió en cuento».

Eran las cinco de la mañana, más o menos, cuando terminó el partido: ganó Venezuela. Los antifariístas pasaron a ser admiradores del gran César Farías e injuriaban con mala saña a Richard Páez. «Menos mal que no jugó el tal Arango ni el caimán de José Manuel Rey; estos muchachos son mejores», dijeron los amanecidos. Incluso el intolerante de la barra reconoció que el lagarto, Juan García, había hecho un partido decente.

Dos días más tarde salí de Chipre. Nicosia no tiene aeropuerto por lo que tuve que ir en autobús a la localidad sureña de Larnaka. Me despedí de mi amiga con una nota escueta. Pasé mi última tarde en compañía del librero de Nicosia, caminamos por las orillas del Pedieos; recorrimos la zona turística llena de japoneses, McDonald's y pizzerías bilingües. Al despedirse, como si leyera mis pensamientos amargos, me dijo en voz baja: «No se preocupe, joven, las balas pasan pero las

palabras quedan. Eso de que los vencedores escriben la historia es falso, la verdadera historia la hace el perdedor. Busque testimonios, escriba, cuente las historias de los desterrados y hará honor a su oficio. Literatura mata ejércitos. Ahora vaya, lo dejaré el autobús».

Las turbulencias hicieron que el avión aterrizara en alguna isla de Grecia. No podía dejar de pensar en el librero. Al mediodía, un Airbus A330 hizo un vuelo rasante sobre la costa.

Recordé un cuento de Cortázar y me imaginé a un hombre viendo por la ventana del avión soñando con una existencia alternativa en aquel paraíso. En beneficio de mi salud mental decidí renunciar, temporalmente, a la literatura. Al llegar a Atenas entré a un *cyber-café* y compré un pasaje a Caracas. No sé qué dirán los jefes de ReLectura cuando les anuncie que mi próxima columna será escrita desde tierra caliente.

Lautaro Sanz

✦ LA INDIFERENCIA

Correspondencia inútil

Hola Lo:

Ayer escuché una canción que me volvió mierda. Ayer fui asesinado por Joaquín Sabina.

Una cerveza, un cuaderno, apuntes. Música de fondo en un bar sin nombre. De repente, como insultando a la memoria, la triste crónica de Praga. El *barman*, un simpático uruguayo, me contó que la canción estaba incluida en un CD llamado *Vinagre y Rosas*. El piano —el arma blanca de los solitarios— me obligó a enumerar blasfemias, aforismos apátridas... a recordar.

Esta carta es un acto de fe y, al mismo tiempo, el ridículo testimonio de un borracho. Tengo mucho tiempo sin escribir a mano. En realidad, tengo mucho tiempo sin escribir; los asuntos inútiles del mundo me han apartado de las palabras. Tras las últimas noticias, quise esquivar los golpes bajos de la melancolía... pero el hijo de puta de Sabina le escribió una canción a Praga y ahora, con los nervios cariaados, sólo tengo cabeza para echarte de menos. Atribuye, por favor, este gesto patético a los efectos del alcohol, entiende que el absurdo es parte esencial de las tribulaciones humanas y que existen formas de cariño que pueden pronunciarse en lenguajes remotos e impensables. Me queda el consuelo literario de saber que no soy el único idiota que le ha escrito a una persona ausente. Vasili Grossman, el genio ruso que te sedujo con *Vida y destino*, también le escribió una carta al vacío. Si mal no recuerdo, comenzaba así: «Querida mamá, me enteré de tu muerte en el invierno de 1944. Cuando llegué a Berdichev, entré en la casa en donde vivías y que los tíos habían abandonado, comprendí que habías muerto». También tengo presente el testimonio desgarrado de Héctor Abad Faciolince —a quien nunca leiste—, quien reconoce su afición a una de las más tristes paradojas del hombre, el acto de escribirle a la nada: «Casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este mismo libro —*El olvido que seremos*— no es otra cosa que la carta a una sombra». Cristales de bohemia, la canción de Sabina, me recordó tu condición de sombra... tu muerte reciente.

Vine a Praga a romper esta canción / por motivos que no voy a explicarte. / A orillas del Moldava / las olas me empujaban / a dejarte por darte la razón. ¡Qué hijo de puta! Aprovecharé la debilidad del momento, la mezcla abominable de licor y balada, para contarte algunas cosas que nunca te dije, que callé por comodidad, por flojera o porque, ingenuamente, tenía la falsa certidumbre del mañana, de cualquier

mañana.

Sabina se pasea por el puente de Carlos, rimando cicatriz con epidemia, y la memoria trae parlamentos perdidos en el tiempo. Tú fuiste la primera que se fue, te largaste a finales de los noventa. No creías en nada, no te importaba nada; decías que el mundo era un chiste malo al que no había que tomar muy en serio. Te fuiste y te perdiste la década tonta, los años mediocres, la vulgaridad en ascenso, la lógica de oprobios. Nunca te gustó Venezuela. Siempre —a diferencia de muchos de nuestros compañeros— admiré tu compromiso apátrida, tu desarraigo militante. Mucho menos te gustaba Caracas. Nadie comprendía tu repudio, tu incomodidad. *Perdiendo los modales / Si hay que pisar cristales / que sean de Bohemia, corazón*. El odio legítimo por el Ávila te ganó enemistades eternas. Siempre fue más fácil señalarte y condenar tu indiferencia que tratar de entender la naturaleza de tu cáncer. Porque tú querías cambiar de pasaporte, de nombre, de apellidos, de paisaje, porque nunca te gustaron los colores de la bandera, porque *Vuelta a la patria* te parecía un poema infame, entonces, te convertiste en un referente de lo maldito, en aquello que no debía ser.

¡Ay! Praga, Praga, Praga / Donde el amor naufraga en un acordeón / ¡Ay! Praga, darling, Praga / Los condenados pagan cara su redención. Recuerdo, Lo, que el día que nos encontramos en Praga, teníamos el trasnocho y la curda afincados en el aliento. Te vi y supe que eras feliz; tranquila, impasible, plena; tenías otra cara, tenías otro mundo. Dormimos en hostales baratos y nos emborrachamos y bailamos y caminamos bajo la noche helada con la certidumbre de que ningún Golem saldría de la oscuridad para quitarnos la vida, los celulares viejos o los zapatos sin marca. Tampoco te gustaba hablar de Caracas. Tu pasado era algo incómodo, un lunar, como un tatuaje de pasión adolescente que, con el paso del tiempo, te producía insoportables pulsiones de vergüenza.

Inmanuel me contó que te saliste de la vía, que te quedaste dormida y que volaste hacia un precipicio de concreto allá por los lados de la Guarenas industrial. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenías que regresar? Tu voz, entonces, me habla en directo: «Porque yo no tengo un bisabuelo canario, Lautaro. Porque mi primer apellido es González y el segundo es Pérez, porque nací en esa mierda y me jodí», me dijiste alguna vez en una estación de tren perdida en La Provenza. Y te sorprendieron en España. Seguiste el mal consejo de un gestor sin credenciales ni experiencia. Fuiste a Marruecos y volviste a los tres días con la idea de apostar para siempre por los visados de turista. Esa vez caíste. Tras una serie de gestiones inútiles te tocó regresar a Venezuela. Volviste a un lugar en el que no habías estado nunca, a una especie de Hiroshima tropical exterminada por el odio. Volviste y, por supuesto, nadie te reconoció, eras una extranjera. Cuando Inmanuel me contó por teléfono lo que había pasado en Guarenas pensé que habías tomado una decisión complicada; releí tus últimos

correos, tus estados de Facebook. «Yo no quiero vivir en esta mierda», me dijiste una vez, por *messenger*, antes del fin. ¡Basta ya, Joaquín, basta, basta!

Vine a Praga a fundar una ciudad / una noche a las diez de la mañana. Amigos comunes hablaban de ti con desprecio, con fobia ciudadana. Tu error trágico en la nueva Caracas fue tener una rara conciencia de la libertad y del espíritu. Sin importarte nada, expresabas opiniones humildes, notas a pie de página, comentarios —para ti— triviales. Pero en la ciudad doliente, donde la hipocresía goza de buena fama y credibilidad, cometiste la imprudencia de ser honesta. Porque a ti no te gustaba la euforia alrededor de Gustavo Dudamel, ni te interesaban las columnas de Teodoro, ni te parecía inteligente el humor de Laureano, porque odiabas las caricaturas de Rayma y no tenías ningún reparo en decirlo. Tampoco te importaba afirmar que te llegaba más hondo —mucho más hondo— la música de Gwen Stefani que la de Simón Díaz, que *Don't Speak* era el *Caballo viejo* de tu nación aérea, de tu patria personal e invisible, de tu visión de país. Te lo dije alguna vez y te burlaste, pensaste que era broma: «Esas cosas en Venezuela no se pueden decir, Lo. En Caracas, créeme, todavía existen cruces, potros y hogueras». Siempre decías que exageraba.

Subiendo a Mala Strana / quemando tu bandera / en la frontera de la soledad / Otra vez a volvernos del revés / A olvidarte otra vez en cada esquina. La mala fortuna se ensañó. Te tocó volver durante la fiesta electorera. El entorno te asfixiaba, querías irte a Argentina, a Brasil; me hablaste, incluso, de un amigo paraguayo que te ofreció su apartamento en Ciudad del Este. Sin conocerte, sin escucharte, te llamaron *nini*, una señora que no conocías te dijo traidora, irresponsable y roja sólo porque te dio la gana de irte para la playa. Al final —por una leve fiebre— decidiste quedarte en tu casa, fuiste a la UCV y compraste películas quemadas. Amigos comunes te borraron de sus listas de Facebook; incluso Marlene —mi Marlene— denunció tu pasividad y tu desinterés por el futuro. No sabían que tú vivías al día, que el mañana siempre te quedaría lejos, que uno de tus efímeros proyectos era enrolarte como voluntaria en una ONG sin presupuesto, en un pueblo fantasma en las afueras de Yakarta. Tú ejercías el derecho a una libertad incomprendida, a la voluntad humillada que sólo logramos entender aquellos que no pertenecemos a ninguna parte, los que preferimos apostar por el juego de luces y tinieblas de la condición humana antes que por un concepto mediocre de país. Nunca te lo perdonaron, Lo. Aquel no era tu lugar ni tu tiempo.

¡Ay!, Praga, Praga, Praga. Inma me contó lo que pasó aquel domingo. Grupos de vecinos, armados de banderas y papelillo, tocaron el timbre de tu casa y te pidieron que fueras a votar, dijeron que ellos te llevarían, que el sufragio era tu deber y responsabilidad. Cuando dijiste que no estabas inscrita en ningún colegio te miraron con asco; ostentaron sus dedos púrpura en tu cara haciéndote entender que

ellos eran mejores personas; te dijeron incluso, con muecas repulsivas, que ese país era lo que era por culpa de personas como tú, que la perdición de Venezuela habría de quedar en tu conciencia sucia. Cerraste la puerta con un signo de interrogación en el rostro, volviste a tu pizza fría, a tu película de los Coen y, antes de la medianoche, te quedaste dormida.

Y Sabina insiste. El acordeón y la tuba se manchan de cerveza. Tras el accidente, una buena señora de los tiempos viejos, devenida en espectro, llegó a decir que Dios te había castigado; otro demócrata de turno comentó en Twitter que tu fallecimiento no perjudicaría los porcentajes favorables a la democracia —uno de esos pendejos que siempre tiene algo que decir, un chistoso, un vivo; sin embargo, un buen ciudadano—. La semana pasada le pedí a Inmanuel que por favor dejara de contarme cosas sobre Venezuela; le expliqué que no me hace gracia su Chigüire Bipolar ni me interesan las crónicas eruditas de Prodavinci, pero él tiene muy marcado el aciago conflicto del arraigo, él no lo entiende, él —aunque no lo diga— tampoco te entendió. Y hoy, Lorena, borracho, acompañado por Joaquín —quien, sin proponérselo, te escribió una canción hermosa—, me da la gana de honrar tu recuerdo y de decirle a este vaso que echo de menos tu corazón humano, sin cédula ni RIF.

¡Ay!, Praga, Praga, Praga. Siempre te gustó hablar de la muerte, decías que el famoso *más allá* no era tal, que el fin de la existencia era la mera Nada, que la muerte era oscuridad, un fondo negro. Ojalá tengas razón. La oscuridad, por fortuna, no tiene prejuicios ni complejos colonialistas; en ella no se ve el color de los pasaportes ni las huellas indelebles que, en los días feriados, ensucian de honor los meñiques de los hombres. Allá lejos, hundida en el sueño eterno, nadie te echará en cara tu firme decisión de ser una sombra.

Te quiero. Lautaro

P.D.: (*Fragmento de servilleta*) La canción terminó. Caminar es un ejercicio complicado. No sé qué hacer con estos jeroglíficos. Tengo entendido que mañana nuestro amigo Luis Yslas, en misión secreta, vendrá a Madrid. Creo que le entregaré estas hojas muertas. Le diré que, si lo considera prudente, las incluya en nuestro portal en decadencia, sin fondos ni patrocinantes.

¡Bella!, pórtate bien. Hablamos. Te buscaré en algún cuento de Kafka. Bye.

✦ EL ODIO

«En realidad, hace ya tiempo que deberíamos habernos colgado. ¡Así dejaríamos de vivir en esta sordidez, aterrorizados, privados de nuestros derechos, desprovistos de toda ley, sometidos a esta miserable esclavitud, a persecuciones y burlas constantes!»

I. Bunin

«Los perros ya no eran los únicos que mostraban una actitud humana».

V. Grossman

Ya lo decía el viejo Herzog: «Si estoy como una cabra, qué le voy a hacer» (Bellow, 1964). No sé si, en mi caso, la sinrazón sea un episodio pasajero o una condición permanente. Diré la verdad sin eufemismos: creo que me estoy volviendo loco. Escribo esta columna desde lo más abyecto. Hace unas horas recibí la noticia: el hijo de mi amigo F. fue asesinado en Caracas, en la puta Caracas. Amenaza de robo, miedo, balas, fin de la cita. Los agresores huyeron por la autopista.

Hace un mes, aproximadamente, recibí la visita de la nostalgia; quiso engañarme con los acordes de Aldemaro, con su horizonte pintado a la manera de Cabré, con el alucinógeno sorbo del guayoyo. La melancolía, con sus caricias falsas, llegó a plantear la posibilidad del retorno. Las pequeñas cosas —aquellas que cada día resultan más insignificantes— parecían decir *¡basta!, deja de recorrer caminos extraños; da la vuelta, regresa, tu tiempo y tu lugar son otros, bla, bla, bla*. La añoranza suele ser cursi; tropiezos con lecturas y fragmentos de canciones viejas me convirtieron en vulnerable sensibilero. Fue Inmanuel Barreto quien, hundido en humo y cerveza, con los ojos hinchados, me dio la noticia: «Mataron al hijo de F.».

Informo, entonces, mi irrevocable veredicto: «No lo acepto». Esta entrega de *Los desterrados*, más que un acto de negación, pretende ser una renuncia. Sé que mi reclamo no servirá de nada pero, irrevocablemente —prendido al anzuelo de la irracionalidad— no tengo ningún reparo en deshacer el mundo. A fin de cuentas, la sensación de ser intocable e inmortal es el privilegio de la esquizofrenia.

La noticia sobre lo ocurrido la noche de aquel lunes me inspira un único sentimiento: odio... Solitario, ebrio, incrédulo y vencido, desde mi ventana balcánica solicito la renuncia: renuncio a todo lo que fui y, falsamente, aprendí de los hombres... No amaré a Dios sobre todas las cosas; al contrario, lo ofenderé a

placer. Tampoco amaré al prójimo ni santificaré fiestas, defraudaré a mis padres, traicionaré a mis amigos y codiciaré a sus mujeres; experimentaré con drogas duras y sexualidades alternativas. Probablemente, adscrito a la irreverencia del desprecio, me convierta en una especie de *Hombre de la etiqueta* que —alguna vez— terminará siendo víctima de su misantropía... Hoy, destruido por esta noticia, he decidido abandonarlo todo. He decidido continuar mi rumbo por el mal camino. Aunque lo sospechaba, de repente —con cruda lucidez—, descubrí que Dios es insensible e hipócrita; es el peor dictador. La realidad me obliga a ser el asesino de mi fe. Proscribiré sueños y ambiciones, pediré a mis contactos que me eliminen de Facebook; buscaré peleas con extraños; le diré a mi novia que no la amo y que la pasión desbocada de los últimos meses ha sido sólo un número de feria; le diré a todos aquellos que confiaron en mí que mi afecto fue fingido, que dejé de entender la utilidad de los sentidos; maltrataré a los animales y contaminaré el medio ambiente. Renuncio a mis Derechos Humanos; renuncio a mis años de colegio, renuncio al beneficio de la libertad; renuncio a la cordura y a la idea de futuro.

Un amigo lector, recientemente, tras mi melcochoso tropiezo con Felipe Garmendia en el aeropuerto de Barajas, me decía que Caracas era un organismo maldito y polisémico; que todo despotique sería insuficiente... «Caracas es la que daña pero a ella es difícil golpearla, es indolente y arisca»... No sé cómo agredir a Caracas sin caer en la invectiva fácil, en el llanto solitario o la burda moraleja. Quisiera, realmente, hacerle daño; violarla, encontrar sus raíces y envolverlas en Goma-2... De repente lo sé, me lo dijo un dios menor al que conocí en un vuelo fantástico: *el mundo sin Venezuela sería un lugar mejor*. Ese mismo dios, un viejo nigromante —portador de saberes ancestrales— me enseñó el arte de maldecir. Ahora sé que mis palabras poseen el capital del hechizo, ahora sé cómo puedo destruirla. Mañana, cuando el odio se asiente en mi corazón gangrenado, convocaré demonios innombrables. A muy bajo costo, les venderé mi alma. Sólo pediré algo a cambio, una oportunidad, una reunión; cinco minutos serán suficientes: quiero ver a Caracas encarnada, hecha hombre o mujer; quiero verla a la cara —a alguna cara— y así poder gritarle mi verdad universal. Tuteándome con el Mal le pediré, sin formas corteses, que me dé una entrevista con ella, su fetiche... Y así, de repente, Caracas aparece. Es andrógina, no tiene rostro.

«Dame al menos una razón que justifique tu miseria», te digo. No dices nada, no hablas mi idioma, no me entiendes, te ríes y te burlas; las larvas brotan de tus tobillos armadas con revólveres. Trato de enfrentarte a través de la vista; el contacto visual —supuestamente— intimida a las bestias. Te cuento los avatares de mi odio; lo sabes y no te importa, te da lo mismo. Aun así, me queda la satisfacción del grito. «¡Te maldeciré siempre!; me olvidaré de vivir; seré un infeliz hasta el fin de mis días consciente de la desgracia de haber nacido en tu miserable geografía, beberé mi

amargura en tu recuerdos, en toda la muerte que te excita y con la que te masturbas cada fin de semana. ¡Mírame a la cara, pendeja, es contigo! No, no lo acepto... No me da la gana de resignarme. Dios, impotente, no ha podido callarme y tú, suelo insignificante, aunque me ametralles el cuerpo no lograrás hacerme daño. Ojalá, junto al holandés errante, pueda ver el día en el que los hombres y las mujeres buenas dejen de morir a manos de tus bastardos. Ese será el día de tu asfixia. Vivir en ti es padecer; nacer en ti es decirle a la vida que se equivocó. No, Caracas, no me intimidas, soy inmune a tu burundanga, he dejado de pertenecerte, renuncié, incluso, a mi condición humana. No tengo razón, ni corazón, ni pasaporte. Soy una fuerza bruta e invisible que, únicamente, logra sostenerse a través de palabras. Quiero que veas en mi pupila la sonrisa fugaz de todos tus muertos, de todo lo que has destruido a la sombra de tu triste montaña; ojalá fueras consciente del daño que haces, ojalá, al menos, tuvieras un sentimiento de culpa». Pero no te importa nada. Avanzas y me apuntas con una pistola sin marca ni serial. «No me sorprendes, infeliz; la violencia sin sentido es tu único talento». Siento el frío del metal en la cabeza, te ríes, estás drogada, eres horrible, careces de forma. «¡Pobre Caracas!, dispara cuando quieras, tierra mediocre. Yo, al igual que todos los ausentes, desapareceré. Sé que este mundo —tu pequeño mundo— me olvidará antes del primer *inning* del próximo Caracas-Magallanes o cuando *Sábado Sensacional* anuncie las precandidatas al Miss Venezuela; mi desaparición, sin embargo —ahora que soy un demonio—, no borrará tu estigma. Seguirás siendo el lugar más indeseable del planeta; seguirás siendo el subsuelo del noveno círculo. Con el paso del tiempo, los hombres sólo podrán brindarte —además del odio— un intermitente sentimiento de lástima»... El gatillo hace un ruido seco. Silencio y olvido.

Seguiré aferrado a la negación... Recordaré las gratas caminatas con F. y M. por las calles de Madrid, los comentarios sobre las novelas de Andric y Grossman, las esperanzas y los sueños por la posibilidad de un tiempo mejor para aquel que, con un orgullo indefinible, llamábamos *nuestro* país. No podré volver en mí, lo intuyo... La locura se ceba con mi nombre. El mundo ha dejado de ser una esfera; el oxígeno pica en la garganta; el sueño se fue y el alimento es un capricho innecesario. El sol dejó de ser fuente de luz. Soy un desertor de las tinieblas perdido en un lugar que no conozco ni entiendo... El iPod se convierte en un teléfono, me llama un monje carmelita y me recita fragmentos de la Cábala; el libro de *Cuentos* de E.T.A. Hoffmann que reposa sobre mi mesa ha cobrado vida, se ha convertido en arma blanca, se acerca y me corta. Corro, corro desesperado y todo se llena de un líquido rojo y espeso. Las paredes se transforman en coro griego, hablan una lengua muerta: Hoffmann, convertido en cuchillo, me abre el vientre de un tajo y el estómago se me deshace en las manos. Logro caminar hasta el baño. Antes de morir —o despertar— con los dedos supurantes de bilis, pescado en tibia digestión, mierda y sangre,

escribo en el espejo la palabra DESGRACIA.

Días atrás tenía en mente hacer una columna feliz. Había completado, incluso, el diseño de mi siempre postergada crónica milanesa. Había pensado — motivado por el empuje de un entusiasmo inédito— desear feliz Navidad y feliz Año Nuevo a mis contados/leales lectores. La situación de F., sin embargo, me hace reprimir cualquier idea aproximada de alegría. La tristeza de una familia amiga condiciona la totalidad de mis emociones. No me queda más que empeñarme en mi condena; espero tener una infeliz Navidad y pasar, en soledad, la más amarga Nochevieja. Maldeciré el día en el que vuelva a sonreír.

*Sin más que agregar,
Lautaro Sanz*

✦ REDENCIÓN

Encuentro en Oporto

Unas horas después de la publicación de *El odio* recibí un curioso *e-mail*: Don Marcelino García me invitaba a su casa de Oporto. Aquel correo brindó, en descripción minimalista, apuntes incompletos sobre el destino de mi «suegro» de infancia. Don Marcelino expuso las condiciones de su exilio; supe, por ejemplo, que hacía más de dos años —vencida por el cáncer— había fallecido la señora Elena; también citó nombres de olvidados comunes y, finalmente, me invitó a una cena de Navidad en su residencia a orillas del Douro. «Gracias a ReLectura encontré tu dirección. Sucedió algo extraño, Lautaro. Me gustaría contarte una historia sobre Cristina», dijo finalmente.

Tras *El odio*, había decidido empeñarme en mi renuncia. Sin embargo, aquel *e-mail* sencillo, leído en ayunas, provocó la bulimia de la memoria. Las palabras del viejo Marcelino me hicieron padecer el síndrome de Lázaro.

Notas sobre Cristina

Cristina García Alves había sido mi «novia» de escuela. Haciendo cálculos imprecisos intuyo que nos conocimos cuando yo tenía seis y ella, probablemente, cuatro. Mi primer recuerdo de Cris es una mancha difusa en la que lo único permanente es el fondo: el edificio de Los Chaguaramos. Nuestro afamado romance infantil sólo fue una ficción inventada por nuestros padres. Los Sanz Plaza y los García Alves eran amigos/vecinos de la calle Zuloaga. Ellos fueron los encargados de pactar nuestro compromiso. En tertulias domingueras, entre cafés y cachitos de la panadería Codazzi, se dedicaron a inventarnos un futuro común. Cris y yo, sin proponérselo, frustramos la expectativa familiar. Nuestra inocente vecindad devino en una especie de hermandad sin incesto. Nunca fuimos novios, nunca —ni de adolescentes ni de adultos— existió entre nosotros algún tipo de tensión erótica. Las familias tardaron mucho tiempo en asumir que la empresa conyugal había fracasado.

Cristina García Alves fue mi amiga más cercana. Además del edificio y el piso (7A / 7C), también compartimos colegio, salón de clases, mención humanística, curso propedéutico y universidad —Cris decidió estudiar Historia en la UCV y yo, sin saber qué hacer, me preinscribí en algo que se llamaba Escuela de Letras—; le presenté al primer imbécil que la besó y, años más tarde, censuré la idiotez del oriental que se llevó su virginidad en un carnaval con tormenta. Luego, por manías del azar, dimos clases en el mismo colegio. Trabajamos juntos por más de tres años.

El fin, sin embargo, habría de llegar a su manera. Caracas, como siempre, tenía algo que decir: una noche de junio de los primeros dosmiles, en la autopista Francisco Fajardo —a la altura del CCCT— Cristina fue asesinada por un borracho.

Oporto / Altamira

Aeropuerto Francisco Sa Carneiro. La compañía Ryanair asume que el viajero pobre debe ser agasajado por payasos: el vuelo eterno fue amenizado por azafatas cantarinas, rifas y verbenas que hacían inútil cualquier intento de sueño. Toqué tierra al mediodía. El cielo portugués, sin Ávila de telón, me recordó los cielos de Altamira. El *e-mail* de Marcelino, a pesar de su brevedad, le abrió un tajo a la memoria: Caracas la vieja, la de comienzos de siglo, mostró algunos fragmentos de la avenida Luis Roche. Con algunos colegas del colegio cenamos en el restaurante Mamma Nostra. Cris se fue temprano, dijo que tenía muchos exámenes que corregir. Se suponía, como era habitual, que ella me daría la cola; sin embargo, la inmadurez de mi lascivia se empeñó —tras los ojos azules de una maestra de primaria— en salvarme la vida. Nos despedimos con la convicción de que la mañana siguiente sería igual a todas las mañanas del mundo. A la medianoche me despertaron los gritos de la señora Elena. El piso siete se convirtió en cadalso. Recuerdo cuando, sin voz ni aliento, el señor Marcelino le pidió a mi papá que, por favor, lo acompañara a la morgue. Días después la prensa, con su morbo habitual —confundiendo literatura gótica con periodismo— describió la noticia: en los alrededores del CCCT un borracho saltó la baranda y se clavó de frente contra el viejo Sierra.

Los García Alves se mudaron al año siguiente. Marcelino no volvió a hablar con nadie. La señora Elena le dijo a mis viejos —la última vez que conversaron— que estaban haciendo las diligencias necesarias para regresar a Portugal. No volví a saber de ellos hasta que el viejo García me encontró en los espacios de ReLectura y, extrañamente, me invitó a comer hallacas en Oporto.

Lo que dijo Marcelino (I)

«Yo debería estar muerto —dijo Marcelino García—. Mi corazón, según me informaron los médicos, carece de fuerza. Me diagnosticaron una insuficiencia crítica e irreversible. Sucedió hace un mes: durante dos minutos, cuentan que morí. Regresé al mundo tras una invasiva explosión en el pecho. Días más tarde me recomendaron tratamientos insoportables. No seguí ninguno. Además de ser muy costosos, ese coctel de medicinas y gimnasia exige una disciplina aséptica que no tengo. Simplemente, decidí esperar».

La casa de Marcelino se encontraba en una pendiente empedrada, detrás de los depósitos de Sandeman, en la localidad portuaria de Vila Nova de Gaia. Me costó

reconocerlo, se había convertido en un espectro escuálido y artrítico. La casa era pequeña y excesivamente limpia. Los García Alves —como buena familia matriarcal portuguesa— siempre fueron fetichistas con respecto al Ajax, el Bold 3 y toda la caterva de legendarios detergentes. Me recibió en un pequeño patio con vista al mar. Allí, en principio, me agasajó con deliciosas pastas secas y un epifánico pan de jamón.

«Tengo que contarte algo extraño, algo que podrás creer o, quizás, atribuir a mi falta de juicio. No quiero ser un viejo sensiblero; no pretendo enternecerte con anécdotas inventadas o incomodarte con los achaques de mi senilidad. Sí, es verdad, quiero hablarte de Cristina. Sin embargo, no te hablaré de las cosas que sucedieron o de las que pudieron suceder. Por extraño que pueda parecer te hablaré del porvenir —el agua hirvió, el viejo se levantó y lanzó dentro de la olla cuatro hallacas. La sombría levedad de sus palabras, a pesar de mi escepticismo militante, me hizo sentir un estremecimiento—. Te contaré lo que me ocurrió en la sala de emergencias del Hospital Santa Luzia de Elvas cuando, por minutos, abandoné este mundo.

Honestamente, siempre me pareció engañoso el cuentico del túnel y la luz blanca. La verdad, Lautaro, es que no vi ni sentí nada. Si me preguntas qué se siente al morir, te diría, sencillamente, que es como quedarse dormido viendo un partido malo. Sin embargo, antes del corrientazo que me devolvió el alma, algo ocurrió —Marcelino García dio un sorbo a su copa de vino—. Encontré a Cristina y hablé con ella. Si te invité hoy a mi casa, es sólo porque ella me lo pidió».

Recuerdos (I)

La memoria es infiel y promiscua; el tiempo es implacable. Cristina se borró. La voluntad cedió y ella, sencillamente, desapareció de mi historia. Me acostumbré a prescindir de sus embrollos existenciales, de su complejo por la estatura, de sus dietas inconstantes y su sonrisa dental. Su ausencia, a mi pesar, pasó a ser algo cotidiano. La entrevista con Marcelino, en psicología paralela, me permitió enumerar una serie de recuerdos afables: una vez —cuando éramos estudiantes de la UCV— me contó que en el pasillo de Derecho había un acupunturista literario llamado Umberto quien se dedicaba a prescribir novelas ansiolíticas a los enfermos de melancolía. Umberto, esta especie de literato internista, luego de palpar ganglios, auscultar pechos, tomar la temperatura y examinar la coloración de las amígdalas, solía escribir títulos facultativos en un récipe con su nombre. "Kafka, *Cartas a Milena*, Alianza, dos horas diarias", habría recetado, por ejemplo, a un amigo común. Según Cristina, acostumbraban visitarlo todos aquellos abatidos por algún desamor o los que padecían alguna cepa de laberintitis existencial. *¡Qué recuerdo tan nulo!*, me dije. *Vainas de la memoria*.

Lo que dijo Marcelino (II)

«Sí, Lautaro, lo sé. Lo que digo puede parecer ridículo, incluso cursi pero, realmente, me sucedió. A fin de cuentas —realidad o sueño— después de mucho tiempo, pude hacer las paces con Cristina. Aunque estuve muerto sólo dos minutos conversamos por horas. Aparentemente, en el más allá, los husos horarios no dependen de Greenwich. Cristina me dijo muchas cosas, cosas personales, asuntos que callaré. No te invité a mi casa para contarte mis fracasos y remordimientos. Lo que quería decirte es que, tras la explosión del pecho, antes de que el corazón improvisara nuevos pálpitos, Cristina me habló de ti —Marcelino hizo una pausa de tos; tras el dilatado carrasposo continuó—: Viejo, dile por favor a Lautaro que, sin derecho a réplica, revoco su renuncia».

Recuerdos (II)

Otro recuerdo inútil: cuando, en tercero o cuarto grado, la maestra preguntó qué queríamos ser cuando fuéramos grandes supe que Cristina estaba loca; dijo que quería ir a la universidad y estudiar Historia. Siempre fue una niña excesivamente rara y peculiar. Años más tarde, su afición infantil encontró un estimulante fetiche: *Historia Universal* de octavo grado, de Aureo Yépez Castillo. Aquel ladrillo ocre — mil veces editado por la editorial Larense— se convirtió en su lectura predilecta. Cris era una enferma: se aprendía todos aquellos esquemas de memoria y luego, para humillar a los ignorantes, los recitaba al caletre. Con el paso del tiempo, su obsesión adolescente se transformó en chiste, en burla amigüera. En ocasiones, cuando se ponía intensa, me gustaba agobiarla con comentarios soeces. Con esa rara/burda fascinación que el discurso sexual encuentra en la tertulia caraqueña, me gustaba dramatizar sobre sus fantasías eróticas con Yépez Castillo; le decía que *Historia Universal* de octavo era su revista porno más explícita; que, seguramente, las páginas correspondientes a la Revolución Francesa tenían textura de pegoste. «¡Qué ladilla contigo, Lauty, eres un maldito enfermo!», solía decirme mientras embuchaba sus primeras cervezas. Tiempo después, la universidad hizo que Cris se distanciara del ídolo. Los cuadritos azules del maestro, repentinamente, pasaron a ser insuficientes; el egoísmo de los cuestionarios melló la relación; historiadores foráneos, en su mayoría de apellidos franceses, excitaron la vanidad de su intelecto promiscuo. La separación, sin embargo, fue firmada en términos amistosos. Cristina siempre dijo —incluso lo repetía ante sus alumnos de cuarto año— que su curiosidad por la Historia le debía mucho a aquel librito amarillo. Ayudé al viejo Marcelino a servir las hallacas y la ensalada de gallina. *Los recuerdos no son más que un sublime inventario de pendejadas.*

Lo que dijo Marcelino (III)

«Recordar ya no es lo que era. La tecnología ha hecho del recuerdo una burda reliquia —pausa. Vino. Palabra—. No sabría decir de dónde soy, es complicado. Yo nací en un pueblo de Extremadura, un caserío sin nombre; viví toda mi vida en Caracas y moriré en Oporto, la tierra de mi esposa. España ni siquiera es un recuerdo, es el país de mis hermanos mayores, es sólo el nombre de un barco. Mis primeros recuerdos tienen olor a mar: La Guaira, miedo, sensación de paso. Durante toda mi vida eché de menos un pasado ficticio, un mar Mediterráneo inventado. Mi único Mediterráneo, a fin de cuentas, siempre fue el Caribe. No supe ser más que un hombre infeliz; un europeo en tierra caliente que siempre tuvo el afán de regresar a una patria falsa, a un hueco en el tiempo. Me inventé recuerdos de cosas que nunca me sucedieron pero que eran patrimonio de todos los españoles y portugueses que llegaron a América; mis experiencias, en su mayoría, fueron ajenas —silencio acompañado de brisa—. Antes, en mis tiempos, el recuerdo tenía la fascinación de la duda; la evocación tenía una atmósfera fantástica. Ahora, por el contrario, todo es demasiado obvio, todo se ve, todo se sabe, todo se conoce. La llegada del cartero ya no genera ansiedad y las noticias felices se pierden en la fugacidad de lo inmediato. La tecnología ha vulgarizado el romanticismo de la correspondencia. Ahora, después de viejo, me ha dado por leer; nunca fui un lector consecuente como Cristina, sólo leo lo que me llama la atención. He perdido mi tiempo, mi último tiempo, con la historia interminable de un hombre llamado Marcel Proust. La búsqueda de ese infeliz me ha permitido hacer un balance general sobre mi vida y, la verdad, Lautaro, confieso que he mal vivido.

Quién sabe, puede que el cáncer, a pesar de lo que digan los médicos, sea una enfermedad contagiosa. Creo que mi malestar existencial fue lo que mató a Elena. Mi indolencia fue el detonante de su metástasis —silencio largo, sorbo de vino—. No sé, Lautaro, la vida es... —ataque leve de tos. Vino. Sonrisa resignada—. Si Proust hubiera tenido Facebook le habría resultado más fácil encontrar el tiempo pero, sin duda, habría sacrificado la belleza».

Recuerdos (III)

Sucedió en Cachapas Santa Mónica. Ahí estaba, dos mesas detrás de nosotros: Áureo Yépez Castillo. «¿Es él?», preguntó Cris. «Sí, de bolas que es él, es el carajo de la foto». El historiador se comía una cachapa de queso telita con pernil; se tomaba un papelón con limón y miraba al infinito —un infinito ingratamente tapado por las paredes amorfas de la Clínica Cemo—. Cris se puso muy nerviosa. No sabíamos qué hacer. «Vete ya a mi casa y búscate el libro de octavo, quiero pedirle

un autógrafo». «¡Co!, Cris, qué ladilla, pídeselo en una servilleta». «¡Lautaro, coño, ve!», ordenó. No me quedó más remedio que correr hasta Los Chaguaramos. Cuando regresé al restaurante Yépez Castillo había terminado su cachapa, había pedido un café y algo molesto parecía reclamarle al mesonero la acidez de una torta tres leches. Cristina apretó el libro contra su pecho. Se levantó, agarró aire y caminó hasta la mesa del maestro. Yo permanecí sentado. Había ruido. Fue difícil escuchar. «¿Usted es Áureo Yépez Castillo?» El viejo se puso pálido, probablemente pensó que querían robarlo. Cristina le mostró el libro ocre y, con una sonrisa, le pidió un autógrafo. Cris le dijo otras cosas que no logré escuchar. Yépez Castillo, entonces, miró hacia nuestra mesa y me saludó con una reverencia. Alcé la mano derecha y, forzosamente, sonreí. El maestro anotó algo en las primeras páginas y le devolvió el libro. Se despidieron con un beso en la mejilla. Alegando que era un asunto personal nunca me dejó leer aquella dedicatoria.

Lo que dijo Marcelino (IV)

«Todo está en la memoria. Uno, finalmente, no pertenece a una cosa tan abstracta e insignificante como un país, ni siquiera a una ciudad. La vida, supongo, se construye en tu calle, en la ventana de tu casa o tropezando en el mercado con las personas de siempre; quizás la idiosincrasia no sea más que una cuestión de esquinas y paradas de autobús. Yo, por ejemplo, no sabría decir si soy venezolano o portugués, mucho menos español, ni siquiera soy caraqueño. Lo que sí puedo decirte y lo que realmente siento es que soy de Los Chaguaramos. En el fondo, no soy más que un ciudadano de la Avenida Las Ciencias. Mi encuentro con Cristina me ha hecho pensar que el sobrevalorado más allá está, verdaderamente, más acá, en todo lo que hemos sido. Porque, ¿qué es un hombre viejo, Lautaro? Al final, reales o ficticios, lo único que te queda son los recuerdos. Yo no sé si volveré a encontrarme con Elena, con Cristina, con mi hermano Agustín o con el viejo Guillermo Sanz, pero creo que estaría conforme con el destino si la muerte se pareciera a una mañana de domingo en la panadería Codazzi».

Las brisas del Douro

Conversamos hasta la medianoche. «Por cierto, tengo algo para ti; puedes tomarlo como un regalo de Navidad», dijo Marcelino al despedirnos. Caminó torpemente hasta un arbolito de fieltro y tomó el único paquete. «El año pasado estuve en Venezuela, vendí el apartamento de Las Acacias, regalé todas las cosas de Cristina; sin embargo, creo que esto es tuyo o, por lo que parece, algo compartido. Decidí guardarlo por si alguna vez volvía a saber de ti». Puso en mis manos un rectángulo envuelto en papel de muñequitos. Lo rasgué por la parte de abajo e,

inmediatamente, leí «Editorial Larense». *Maldita sea*, me dije. Aparecieron, entonces, en el borde izquierdo las imágenes de J.F.K., Colón y Pericles. Di las gracias en voz baja. El viejo Marcelino me acompañó hasta la puerta. Nos dimos la mano con discreta distancia. Imaginamos el abrazo, un abrazo imposibilitado por las formas, por el machismo inherente y una noción digna pero caducada del respeto. Caminé hasta las aceras del río con el regalo abierto a medias. Terminé de arrancar el papel sentado en un banco de madera. La primera página estaba marcada por una hoja suelta, un papel amarillo—tiempo que en el borde superior decía, en caracteres Verdana: *Umberto, internista literario*. La receta, ante un severo cuadro de desamor añejo e infantil, indicaba la lectura obligatoria del *Paraíso Clausurado* de Pedro Ángel Palou dos veces al día y, por las noches, antes de dormir, *liona llega con la lluvia* de Álvaro Mutis. Me costó dar con la dedicatoria, estaba en la segunda página escrita en bolígrafo azul: *A Cristina García Alves y a su leal escudero Lautaro... Con cariño y gratitud por tus amables palabras. Aureo Yépez Castillo*.

Eran las once y veintidós del quince de diciembre de 2009. Las brisas heladas del Douro me destruían los cornetes. Caminé hasta el puente Luiz I y me apoyé en la baranda. Releí la dedicatoria, recordé el mensaje trashumante de Cris y, tras un aciago debate interno, decidí aceptar su encomienda. Al igual que el hombre agobiado del lienzo de Munch tapé mis oídos y, silbando una oración avergonzada, lloré como un carajito.

Lautaro Sanz

✦ SOBRE LA INFELICIDAD

y el extraño caso del fetichista literario

«*Un Raskolnikov sin la excusa del crimen*».

Emil Cioran

El fetichista literario atacó de nuevo. Ocurrió en la librería Hiperión, calle Salustiano Olózaga, a una cuadra de la Puerta de Alcalá. Detectives salvajes, cuentistas, aficionados a la novela negra y curiosos certificaron la denuncia: el agresor había dejado su huella sobre los lomos de la colección Poesía Bilingüe. Aquel escándalo coincidió con mi traición y mi culpa. Julien Alonso, procedente de París —vía Barcelona— llegó a la estación de Atocha en horas de la tarde. El insólito caso del fetichista se había convertido en tema de tertulias, encuentros casuales, debates televisivos y foros de Internet; la editorial Tusquets, por lo que pude leer en el titular de un periódico gratuito, había ofrecido una estimulante recompensa. El tren apareció; distraje mi ansiedad con un cigarro sin marca. Mis dedos olían a Marlene, mis manos —ahogadas en su perfume— enrarecían el patíbulo. *La cagaste, Lautaro*, susurré enjerga interior, sin lenguaje. El teléfono celular vibró en el bolsillo del abrigo. Inma, mensaje de texto (I): *¿Viste lo de Tusquets?* El tren se detuvo. Marlene caminaba en círculos, sin mirarme. Inma, mensaje de texto (II): *Ayúdame a identificar al fetichista literario. Podemos compartir la recompensa.* Julien arrastraba una maleta pequeña. Caminó hasta Marlene; ella se colgó de su cuello, se besaron con paciente lascivia. «Lautaro Sanz», dijo al acercarse. Los años, en apariencia, no habían pasado por su rostro. «Julien Alonso, ¿cómo está la vaina?», recité impasible. Ocurrió, entonces, el incómodo abrazo. Al hallarme a la altura de su oreja busqué la mirada de ella. Tumbó los ojos con vergüenza, con vértigo, con una especie de mentada silenciosa. En esta entrega de *Los desterrados* narraré el extraño caso del fetichista literario de Madrid y, al mismo tiempo, contaré sin orgullo ni éticas adhesivas cómo me enamoré de la novia de uno de mis mejores amigos. Ese día firmé mi sentencia.

Cadivi fue responsable; la infame comisión administrativa —dizque administrativa— dio lugar al error. Julien y Marlene, de vacaciones en París, decidieron visitar España. El correo electrónico nos permitió articular las fechas y condiciones de hospedaje. Por esos días, ocurrió el primer ataque del terrorista. Sucedió en la Casa del Libro de Gran Vía en el estante correspondiente a la novela negra; un lector de Camilleri fue el primero en poner la denuncia: «Hay una mancha

ocre sobre los libros de la editorial Salamandra», dijo a los responsables de la vigilancia. Efectivamente, sobre el lote incontable de títulos de Camilleri, sobre las fascinantes historias del comisario Montalbano, una sustancia blancuzca, con textura de compota, se esparcía entre los lomos. Algunos títulos no podían leerse, la mancha opalescente provocaba una distorsión. Aquella madrugada recibí noticias de París: Cadivi dio lugar al equívoco. Por esnobismo, decidieron viajar en tren. El tope del consumo impedía que hicieran una única transacción; si compraban los pasajes con la tarjeta de Marlene, se excederían tres euros por encima del cupo. Si hacían la compra a través de la tarjeta de Julien, se pasarían por más de cuarenta. Ingenuos, armados de tolerancia criolla, decidieron hacer dos transacciones electrónicas. La tarjeta de Julien, por fortuna, pasó; encontró pasaje —tal como estaba previsto— para el día viernes tal. Marlene, entonces, intentó hacer lo mismo: error; póngase en comunicación con su banco. 0800, musiquita, gestor intransigente, pulse uno, pulse dos, musiquita, mentadas de madre, etc. Tras inútiles y hostiles conversaciones con Caracas, la tarjeta fue rehabilitada; sin embargo, por alguna razón desconocida, no fue posible conseguir pasaje para el mismo día. Pasaron más de tres horas luchando con la página de raileurope.com. Finalmente, asimilando la derrota virtual, Marlene pudo conseguir pasaje para la tarde del día miércoles. Llegaría a Madrid un día y medio antes que Julien, mi amigo de infancia. Me comprometí a buscarla en Atocha y, sin conflicto ni mala maña, hospedarla en mi apartamento. El día de su llegada, el fetichista literario atacó la librería Fuentetaja; cuentan los testigos que el irreverente agresor expulsó sus humores sobre los lomos de Alfaguara, específicamente sobre la obra completa de Arturo Pérez-Reverte.

«El fetichista literario es venezolano», dijo Inmanuel Barreto. Había escrito los datos sobre una servilleta, parecía una especie de Inspector Gadget cumanés, de Sam Spade maracayero, de Inspector Ardilla radicado en Zaraza. «Haz memoria, Lautaro, esto ha pasado antes —me dijo con convicción—. 1999, Chacaíto, librería Macondo. ¿Recuerdas que, durante mucho tiempo, en aquella librería solían clasificar los libros por editoriales?» Brevemente, zarandeando el recuerdo, tuve un *flash* de pilas de Anagrama y Ediciones B: Restrepo, Vila Matas, Santiago Gamboa, ¿Bolaño? No recuerdo, mi memoria padecía un severo estrabismo. «Sí», dije por decir algo. Mi pensamiento —en su totalidad— estaba adscrito a Marlene. Había salido sin bañarme, apestaba a Marlene: aliento, pelo, manos, ropa. Aquel mediodía estuve imbuido en el recuerdo lacerante de su cuerpo. «Una vez, el famoso librero Pedro Macondo me contó un episodio siniestro: un carajo entró a la librería y permaneció un rato abstraído sobre el mesón de Anagrama. Horas más tarde, Pedro se dio cuenta de que los libros de Soledad Puértolas estaban envueltos en una especie de patuque. El *modus operandi* era sencillo: el fetichista fingía leer, buscaba las estanterías de su preferencia y luego, tras precoz dinamismo, escupía sus necesidades erótico—

literarias. Todos los libreros de Caracas tienen una historia que contar al respecto; el fetichista se convirtió en una leyenda urbana». La lengua de Marlene interrumpía el monólogo de Inma; su humedad giratoria reducía mi movilidad y mi capacidad de raciocinio. *El amor es un síndrome, una tara, un simulacro de ACV*, me dije. «En otra oportunidad, Javier Marichal, el librero de Distribuidora Estudios, encontró los Letras Universales de Cátedra salpicados de engrudo. Javier, armado de pañito y paciencia, limpió los textos contaminados y pudo salvar algunos de esos ejemplares. Todos los egresados de Letras debemos tener en nuestras casas algún Cátedra de tonalidad difusa, con huellas de falso celotec en el lomo y comprados, supuestamente, a precio viejo. En la Caracas de comienzos de siglo el fetichista literario se convirtió en *el horla* de los libreros; por esa razón Andrés Boesner, en *Noctua*, nunca ha clasificado los libros por editorial. "Yo los libros los mezclo, los junto, prefiero improvisar una orgía editorial antes de que algún insensato venga a hacerse la paja en mi librería", me dijo una vez que hablamos sobre este asunto. También, entre 2001 y 2002, ocurrió un episodio escatológico en la Tecnicencias del CCCT. ¿En qué estantería crees que ocurrió? ¿Cuáles son los únicos libros de Tecnicencias agrupados por editorial?» «¿Alianza?», respondí por reflejo, sin interés. «Sí —aspiró el cigarro y botó el humo imitando a Humphrey Bogart en *El halcón maltés*—, el infeliz acabó sobre los lomos rosados de Benito Pérez Galdós. Buñuel, sin duda, habría hecho amistad con este personaje alucinado por la versión textual de *Tristana*». Marlene me mantenía al margen de la Historia y, también, de las historias de Inma. No pensaba en Julien ni en los libros seminales ni en la recompensa de Tusquets; mi obsesión se afincaba en su cuello, en su espalda aséptica, sin lunares ni bronceado. Mis labios conservaban el sabor de su oreja y la línea feraz de su cabello ensortijado. *Maldita sea*, me dije. Nunca me ha gustado enamorarme. *Amar apesta*, leí alguna vez en un blog de Cesescore. Inma contaba otras historias escabrosas. Como un Travolta caraqueño frente a un espejo falso (*Pulp Fiction*, 1994) me impuse órdenes imposibles: *regresa a tu casa, dile que puede pasar la noche ahí, lárgate, dale el teléfono de Telepizza, quédate en un hotel o en casa de un pana. Mañana buscas a Julien en Atocha y se acabó. No la dejes hablar, no vuelvas a besarla, etc.* «¿Supiste lo de ayer en la Fnac? —preguntó Inma. Negué con el rostro—. Editores y policías están tratando de mediar con la prensa, quieren evitar el efecto *copycat*. ¿Te imaginas que este infeliz lograra reunir un clan de masturbadores estéticos? Sería una especie de *bukkake* literario; Duchamp y Bukowski, sin duda, serían muy felices. Te contaba lo de Fnac. Esta vez, la víctima fue Taschen, la colección de cine. Fellini, John Ford, Antonioni, Renoir. ¿Sabes cuáles son? Los negros, grandes —mi rostro demacrado improvisó un sí—. En cuestión de segundos, burlando la seguridad de la librería, esos ejemplares aparecieron enlodados en proteína, salpicados de aminoácidos y glucosa. Los

testigos dieron un retrato hablado del agresor. Mi impresión inicial cobra fuerza, Lauty, el fetichista es venezolano —dibujó un tridente en una servilleta; era una especie de petroglifo, una figura con tres puntas—. Hay imprecisiones con respecto al rostro; sin embargo, todos los que lo vieron recuerdan el motivo de su franela —me extendió el dibujo. Detallé, confundido, el epifánico referente. Inma continuó—. Tres testigos coinciden en su lectura de la franela. Debajo de esta figura, en caracteres Arial, identificaron la palabra *Guaco*».

El vino hizo el trabajo sucio. El invierno, por su parte, sugirió el abrazo. La distancia inutilizó nuestras diferencias de juventud. Nunca me cayó mal pero tampoco fue mi amiga. Sí, es verdad, Marlene Tavares era un estorbo, la novia de Julien, la eterna cara'e culo, la amargura perenne. Su memoria era parte de un retablo escolar, una baranda, una toma de posesión ante el más tímido e introvertido de todos mis amigos. Siempre fue distante, silente, plana. Julien Alonso, por su parte, es una de esas amistades inherentes al tiempo. La convivencia escolar crea lazos indefinibles, vínculos etéreos. Más adelante, cuando coincidimos en la universidad, aprendí a ser tolerante con Marlene, a interpretar su desgano como una forma de ser, su apatía como un gesto natural. Cuando apareció en Atocha la saludé con indiferencia. «¿Quieres tomar algo?», pregunté por cortesía. Eran, aproximadamente, las cinco de la tarde. Tras la segunda copa intuí cierta picardía en sus ojos color guayoyo. Censuré mis pulsiones; conté sin romanticismo mis historias de La Valeta, Oporto y Nicosia, le hablé de ReLectura. Nuestros pies tropezaron bajo la mesa. *Maldita sea*, me dije. Los dedos, improvisando percusiones *chill out*, se encontraron en medio de un relato picante. Pidió otra botella. En la mesa de al lado, dos jóvenes universitarios comentaban con escarnio las últimas andanzas del fetichista literario.

El ratón moral apareció en la mañana. Desperté con migraña. Marlene, tumbada boca abajo, fumaba y miraba las pinturas abstractas de mi último *roommate*. *Coño'e la madre*, me dije al caer en cuenta de la situación. Fingí dormir. Ella se levantó, buscó un vaso de agua y regresó a la cama. «Deja el drama; si quieres que me vaya, me voy; si quieres decirle a tu amiguito Julien que su novia es una puta y que te emborrachó, hazlo, me da lo mismo; pero me gustaría hablar contigo. Anda, párate y cepíllate. Tu aliento es repulsivo». Se puso mi camiseta del Inter —con el dorsal anacrónico del *Bobo Vieri*— y se sentó dándome la espalda. «¿Le contarás a Julien?», preguntó con desinterés. «No creo que tenga que enterarse», dije en formato de eufemismo. Minutos eternos. *Maldita sea*. Lo peor de todo era la conciencia de mi derrota. Su posición, su mirada perdida, su manera de agarrar el cigarro, sus piernas cruzadas. Estaba totalmente abstraído en su *performance*. «Tengo más de dos años buscando alguna excusa para terminar con Julien —botó las colillas y apagó el cigarro sobre una lata de cerveza—. Todo es un *bluff*, Lautaro.

Nuestra relación es demasiado falsa; es un estar por estar, una especie de rutina perpetua, de compañía ausente. Nuestro noviazgo es un hacinamiento, una condena hipercostumbrista, una vida artificial en la que todos los días pasa lo mismo. Hace mucho que Julien dejó de ser Julien; para mí es un espectro, una sombra, una ladilla, un bloque, un animal que me acompaña; un perro que vivirá —para mi desgracia— más de veinte años. Por supuesto que lo quiero, de alguna forma lo quiero, estoy hablando paja, es sólo que... No sé, Lauty, todo es una mierda, todo es demasiado complicado. Lo amo pero no lo soporto —sus ojos se empañaron en mis ojos, intentó sonreír e, inmediatamente, interrumpió su mueca—. He llegado a pensar que me enamoré de un imbécil, que su timidez no oculta nada. Si nunca habló fue, sencillamente, porque no tenía nada que decir. Aunque supongo que yo tampoco soy gran vaina; sólo somos una pareja de pendejos que no sabe cómo vivir ni para qué». Se levantó, se quitó la camisa. Me tomó de la mano y haló. Me besó con morbo, me mordió el labio inferior hasta destruirlo y, con la curiosidad de un vampiro, juntar su lengua con mi sangre. Esa mañana —supe después— el fetichista literario atacó la librería jurídica de Marcial Pons en la calle Bárbara de Braganza. Aparentemente, el victimario sació sus ansias frente a los lomos de la colección Ambos Mundos.

El fetichista literario había estudiado Letras en la Católica; luego, argumentando que no soportaba la estructura escolar y que sus compañeros, en general, eran sifrinos e insensibles a su poesía, se cambió a la UCV. El fetichista literario escribió una tesis —mención publicación— sobre el carácter efímero y grotesco de las editoriales venezolanas; más allá de las dificultades de producción y limitaciones del tiraje, el transgresor hacía énfasis en la vulgaridad de los diseños. ¿Quién puede sentir placer leyendo un libro de la colección El Dorado? ¿Qué tipo de estímulo pueden transmitir las ediciones de Bid & Co? ¿Por qué Planeta—Venezuela utiliza papel secante en sus imprentas? ¿Qué encantador medieval condenó a Arturo Uslar Pietri al amarillo pollito con el que lo etiquetaron en Los Libros de El Nacional? ¿Con qué criterio pintaron de verde poceta las obras completas de Salvador Garmendia? Inma encontró esta información en foros web y otros portales de discusión literaria. «Tiene que ser él», me dijo señalando la foto de un gordito que, en el perfil de Facebook, aparecía sonriendo a la cámara y ostentado una franela de Guaco.

«Supongo que nos envenenó ese país de mierda —dijo Marlene—. Julien ha cambiado. Todos hemos cambiado. Lo quieras o no, Venezuela te envilece. Alguna vez, no sé cuándo, fui feliz con Julien. La vida era sencilla, intransitiva pero simple; podías ir y venir, podías respirar, podías soñar sin que tus sueños ofendieran a nadie. Inma se fue, tú también te fuiste. Nunca entendí la urgencia de Julien por permanecer en Caracas». El frío nos empotraba; mis manos estaban enredadas en su cabello; la cintura —fundida en un solo sexo— hacía de nuestras piernas un confuso

revoltillo. «¿Cómo se complementan el amor y el asco?», me preguntó. No respondí. Mi frente descansaba en su frente, mis dedos jugaban con su ombligo incompleto. «Puedes reírte si quieres —continuó—, a veces lo amo, a veces lo odio. Otras veces quisiera matarlo, dispararle en la cabeza y verlo desangrarse. Sería una liberación; podría buscarme una vida o empezar desde cero. Nuestra relación ha sido una irrefutable pérdida de tiempo. Pero no sé vivir sin ese pendejo; es demasiado frágil, demasiado ingenuo y sí, en el fondo, sé que lo quiero. Nunca, aunque lo desee, podría hacerle un daño permanente. Puede que él tenga razón. A lo mejor tiene sentido formalizar esta pantomima y contarnos el cuento de que seremos felices para siempre. El amor, a fin de cuentas, no es más que una cuestión estética. ¿Te enamoraste alguna vez, Lautaro?». La piel, nuevamente, agarró aire. Un estremecimiento le trancó la voz. Su mano derecha se aferró a mi cuello; las miradas —una vez más— establecieron una bula. «Julien es un pendejo. Nunca tuvo las bolas para largarse de...» El ritmo creciente amordazó su soliloquio. La insulté en silencio, le grité maldiciones que no dije. El erotismo *soft* se encargó de taponarle la boca. Coincidimos en un orgasmo racional, gélido e hipócrita. «¿En qué momento nos fuimos a la mierda? —preguntó minutos después de la derrota—. ¿Cuándo, en lugar del amor, comenzamos a hacer el odio?»

El fetichista literario fue capturado en la librería Antonio Machado de la calle Alcalá. El agresor fue detenido justo antes de vaciar su simiente frente al conjunto de ediciones de Valdemar Gótica. Una heroica cajera, mileurista y extranjera —a la manera de Kevin Costner en *The Bodyguard*— logró salvar la colección. La intuición de Inma sobre la identidad del criminal era acertada pero, para nuestra desgracia, no hubo tiempo de cobrar la recompensa. «Lautaro Sanz», dijo Julien en la estación de Atocha. «Julien Alonso, ¿cómo está la vaina?» Tomamos un café en los alrededores del Reina Sofía. Marlene se excusó, dijo que se sentía mal, que visitaría a algunas amigas, que quería ir a Zara, cualquier cosa. Nos dio la espalda sin prisa, se despidió de él con un piquito. No buscó mis ojos. «Nos vemos más tarde», fue lo único que dijo. En ese momento, mientras la veía caminar hacia el metro, tuve la impresión de que podía pasar con ella el resto de mi vida. Así, bien cursi, bien patético. Tras el café, Julien y yo decidimos dar una vuelta por Recoletos. Rescatamos anécdotas comunes, pendejadas esenciales de nuestra adolescencia caraqueña. Nos mudamos al barrio de Malasaña y bebimos cerveza en lugares pintorescos. «Voy a casarme con Marlene —me dijo intempestivamente—. ¿Qué te parece?» «De pinga —respondí alzando los hombros—. ¿Lo has hablado con ella?», pregunté con dolor disimulado. «Sí, le pedí matrimonio hace cuatro días en el Museo de Orsay, frente a la *Reunión de familia* de Frederick Bazille». «¿Aceptó?» «De bolas, ¿por qué no aceptaría? —silencio largo—. Hemos pasado muchas vainas, Lautaro. Al fin, después de tantos peos, puedo decir que nuestra relación es sólida.

De alguna forma, Marlene y yo hemos alcanzado cierta estabilidad. Además, ninguno de los dos sabe mentir; cada uno sabe muy bien lo que piensa y siente el otro —hablaba sin entusiasmo, como recitando un parlamento viejo—. Creo que nuestra fortaleza ha sido la honestidad».

La noche fue atroz, invité a unos amigos a la casa; todas las conversaciones giraban en torno a la captura del fetichista, su identidad y su idiosincrasia. Marlene me ignoró concienzudamente. Julien, en algún momento, se perdió en la cola del baño. Ella, rápidamente, se acercó sin disimulo. Nuestros hombros se tocaron —un roce breve pero eléctrico—. Apoyó su espalda contra la pared y me habló en voz baja. Tenía el tono de voz más hermoso del mundo; en realidad, hablaba como un hámster pero mi enfermedad me hacía percibir su timbre agudo como una obertura de Rimsky-Korsakov. «Lo diré una sola vez, Lautaro. *Si tú me dices ven, lo dejo todo* (Trío Los Panchos *dixit*) —brevemente, río su mal chiste—. Lo de ayer fue arrechísimo. Si quieres que me quede contigo, dilo. No me importa mandarlo todo a la mierda. Me descolocaste, lo que he sentido y pensado este día no es normal. Sé que sientes algo, no puedes mentir. ¿Qué dices, Lauty, le echas bola? ¿Nos vamos? ¿Nos escapamos?»

Caminé con desidia por San Vicente Ferrer. Entré y salí de bares repletos de amantes entusiastas. *Las largas caminatas son la mejor alternativa para la resignación y el olvido*, me dije. Sobre un banco de la Plaza Dos de Mayo pude ver a una muchacha solitaria que lloraba aferrada a un suéter manchado de gualda. Tenía el uniforme de la librería Antonio Machado. En la última página de un cuaderno ecológico había trazado el dibujo de un tridente y, entre signos de interrogación, había colocado la palabra *Guaco*.

Lautaro Sanz

P.D.: Meses después, por Internet, a través de la página de Niní y Amalia, les regalé una ensaladera. Ese día anunciaron la sentencia: el fetichista literario fue condenado a tres años de prisión o, en su defecto, a pagar una indemnización imposible. Grupos de onanistas espontáneos crearon una fundación para ayudarlo a soportar su pena y difundir sus enseñanzas.

✦ LA CULPA

Balada/Réquiem para un loco. *Ayo Technology* (Milow)

«Sus manos amasaban arepas de mierda», dijo el doctor Vicentelli en los pasillos desahuciados del Hospital San Raffaele. Vine a Milán porque me dijeron que en la Via Luigi Canónica, en una vieja tienda de aparatos electrodomésticos, podría conseguir un incunable disco de acetato: la única copia del primer LP —inédito— de Natalie Díaz Rodríguez, alias Natusha.

En esta edición de *Los desterrados* —al margen de los hallazgos de Inmanuel Barreto en torno a la historia contemporánea del tecnomerengue— contaré los infortunios de Emigdio Biaggio. Mi periplo milanés, en principio, sólo era parte de una extrovertida investigación musicológica. La inesperada aparición de Martina, sin embargo, me llevó a transitar los caminos acerados de un manicomio.

Esta es la historia del viejo Emigdio —sólo una amarga ponencia en el Simposio Universal de la Derrota—.

I

Martina Biaggio era una amiga sin lazos; una de esas personas cuyo recuerdo proyecta saludos de ascensor o gélidos tropiezos en panaderías. El dominio absoluto del olvido, más allá de la memoria fatua de una muchacha alta, hija de un barbero enciclopedista, se impuso sin resistencia. Facebook, en los últimos años, se ha encargado de resignificar el atrabiliario y romántico concepto de la amistad. El nuevo modelo se interpreta bajo la lógica del contrato. Algún día, sin saber cómo ni a través de quién, Martina Biaggio solicitó el reciclaje de aquel vínculo distante. Recuerdo que fui consultado sobre su petición e indiferente —con el recuerdo en trance— acepté. Martina era la hija del viejo Emigdio, el barbero de La Candelaria, el vendedor ambulante de la Enciclopedia Británica, logré precisar.

La estupidez, en ocasiones, amanece inspirada. No acostumbro escribir estados anímicos o geográficos en mi red social. Una mañana lerda, enratonado y sucio, tras revisar mi cupo de Cadivi en un *cyber-café* del barrio di Brera, respondí a la jovial pregunta de la cabecera de Facebook: *En Milán*. Esperaba respuestas de Inma. Él, para entonces, se encontraba en un suburbio de París —Issy-Les-Moulineaux— donde supuestamente había transcurrido la adolescencia de Natusha. Martina Biaggio apareció aquella tarde. «¿En Milán?», preguntó en mensaje privado. En tres líneas me contó que tenía algún tiempo viviendo en los alrededores de San Siró.

«Lautaro —dijo finalmente—, ¿tomamos un café?»

II

La locura padece halitosis: vinagre y ajo. Retratos de eminencias psicoanalíticas —¿Cesare Musatti, Elvio Fachinelli, Franco Fornari?— adornaban pasillos asépticos... de babas asépticas, de caminantes adscritos a realidades imaginarias. En ese lugar había hombres y mujeres diseñados según otro modelo de humanidad; animales mortificados por el rumor degenerativo de la muerte. El moderno leprosario, contó una enfermera odiosa, estaba de luto. Recientemente había fallecido el más amable de todos los orates.

III

¡Martina Biaggio! ¡Qué chimbo!, me dije tras leer el *inbox* y ejercitar a fondo la plástica del recuerdo. La historia de Martina era otro de los lugares comunes de Caracas; una de esas anécdotas ejemplares que suelen servir de sobremesa a juntas de condominio; un grito sucesivo y coral de «*¡Qué bolas!*»; una de esas noticias que nos producen intolerancias extremas pero que, inmediatamente, tras algún episodio político—circense, un concierto de Dudamel en Estocolmo o el *home run* impredecible de un novato en las Grandes Ligas pasan a ser patrimonio del olvido. El nombre de Martina astilló mi memoria; los fragmentos eran irregulares, apenas se entendían: ocurrió en Santa Fe, al salir del gimnasio. Fue en los inicios de la década perdida —en los últimos noventas o en los primeros dosmiles—. Los hechos, entre la calima, conservan su materialidad: secuestro exprés, metal en el paladar. La voz atorrante de la conserje —a un millón de años luz— repitió aquella historia una y mil veces: Martina Biaggio fue violada y abandonada en un caserío cercano al relleno sanitario de Tazón. Ese era el murmullo de tintorería, el chisme serie B. Luego, el olvido.

IV

El cadáver no tenía que ver con el hombre. La persona había pasado a ser el cuerpo alambrado de un muñeco, un amago de rostro, un esqueleto cubierto por una fina y manchada película; supuestamente, piel. Pocas veces he sentido de manera tan drástica la conciencia de la finitud, la feracidad de la muerte, el humor negro de Dios. Inma escribió desde Lisboa: «Conseguí el cuaderno de matemáticas de Natusha; en la parte de atrás puede leerse, en cifra musical, los compases iniciales

de la *Rumba Lambada*».

V

El café tomó la forma de un ineludible compromiso. Martina y su viejo, más que un recuerdo concreto, eran parte del entorno. Nuestra relación nunca fue más allá de la habitual cortesía de la vecindad. No sabría decir si ese tipo de vínculo es susceptible de cariño pero sí que, de alguna forma, inspira cierto respeto. A un amigo cercano sería más fácil botarle el culo, despreciarlo con algún relato o un ejercicio de sinceridad brutal. Para los amigos, afortunadamente, existe el universo de las excusas. La extraña aparición de Martina —y el contenido *hardcore* de su recuerdo— me impedía poner en práctica la más excelsa de todas mis aptitudes: la mentira.

¡Qué poca credibilidad la del prejuicio! Tenía la impresión de que mi reunión con Martina sería una sucesión de bostezos. La tertulia fue un grato desengaño; citas tremendistas de referentes lejanos y comunes hicieron invisible el paso de la tarde. La recordaba como una persona tímida; aficionada al silencio. No era una mujer hermosa pero tampoco podría decirse que fuera fea; era alta —demasiado alta—, delgada —demasiado delgada—, de mirada diabética y risa de falsete; piel de manzana amarilla, madura, con tonos naranja dispersos entre pecas y lunares variados. Sin darnos cuenta, el café se convirtió en vino. La ebriedad tardía —en cercanía de la medianoche— confrontó la censura del instinto. Repentinamente, tras chistes de Jaimito y retazos de adolescencia caraqueña, Martina pasó a nombrar otros asuntos. Sin fórmulas trágicas hizo alusión a su experiencia, a la lúcida justificación de su ateísmo, a la tarde falaz de Santa Fe. El altruismo, en ocasiones, no pasa de ser una pretensión teórica; es difícil ponerse —realmente— en el lugar del otro, en el dolor del otro. La imaginación, a su pesar, carece de vivacidad. Su monólogo fue largo y continuo, sin pausas de aire. No me dio la impresión de que hablara conmigo; parecía, simplemente, que había encontrado el momento y el lugar para enunciar su malestar, para improvisar un exorcismo. Las frases hechas, aunque incómodas, suelen ser el recurso más idóneo para responder a este tipo de relato en el que la humanidad se degrada. Martina decía recordar sonidos, tenía pesadillas con sonidos, con palabras sueltas, con el «¡*quíbrala, quíbrala!*» que escuchaba desde la distancia, con el aullido desahuciado del amortiguador y el golpe de la rodilla contra la puerta. Su relato carecía de efecto dramático, estaba impasible, sostenía la copa con pulso perfecto. Me contó, además, las dificultades caseras que surgieron tras su empeño por regresar a Italia. Emigdio no quería volver, él tenía su vida en Caracas; más que su vida, su mundo, su trabajo, sus afinidades, sus experiencias

buenas. El relato, fragmentario y a ratos redundante, se empeñaba en asuntos específicos: la referencia al sonido del amortiguador se convirtió en muletilla. Su mirada seca, en un instante mudo, buscó mis ojos; su cuello hizo un movimiento leve, de saliva en tránsito. No sé qué estupidez *polite* pronuncié. Procurando calmarla —aunque, realmente, yo estaba más alterado que ella—, tomé su mano sin malicia, creo que dije algo así como «tranquila, Martina, te entiendo». ¡*Qué güevón!*, me insulté bajo cuerda. Ella, entonces, ofertó una sonrisa, encendió un cigarrillo y dijo: «No puedes entenderlo, Lauty. No te preocupes, no es tu culpa. No te empeñes, ni siquiera podrías imaginarlo —botó el humo y alejó su mano de mi mano—. Sólo podrías entender mi humillación y mi arrechera si fueras mujer». Terminó el vino. El tiempo y el silencio firmaron convenios. Tenía la garganta seca, no sabía qué contar ni qué decir. Una idea, entonces —una pregunta espontánea—, surgió de repente: «¿Y qué fue de Emigdio? ¿Cómo está el viejo Emigdio?» En ese momento nos trajeron la cuenta. Leyendo el informe sobre los dos cafés y las seis copas de Bociollo (2001) escuché la respuesta: «Tengo dos años, más o menos, sin saber de él. Emigdio está hospitalizado. Mi viejo se volvió loco».

VI

«En 1990, aproximadamente, Natusha cantó en algunos antros de Lisboa», publicó Inmanuel Barreto en su cuenta de Twitter. Aquel, en teoría, sería mi último fin de semana en Milán. Hacía más de quince días que había tenido lugar mi encuentro con Martina. Distintas diligencias me hicieron olvidarla. No conseguí el disco de Natusha. El dependiente del Rincón Musical itálico, un veronés mocho que decía haber vivido en Maracaibo en los años sesenta, me contó que, por un precio exorbitado, le había vendido aquella reliquia a un hombre que se identificó como Roberto Antonio. La próxima parada, según el itinerario de Natalie Díaz Rodríguez hallado por Immanuel en los archivos de Rodven (Caracas, Concreta), sería Brasil. Se suponía que, en menos de dos semanas, debía encontrarme con Inma en algún arrabal de Río de Janeiro. Martina me escribió esa mañana al Facebook: «¿Todavía en Milán? Llámame, es importante». Minutos después, logré contactarla desde un locutorio quiteño. «Emigdio se murió —dijo sin alzar la voz—. Necesito que me acompañes al pabellón psiquiátrico del Hospital San Rafaelle. Me pidieron que reclamara el cuerpo. Soy su única familia».

VII

«Sus manos amasaban arepas de mierda», dijo el doctor Vicentelli tras

improvisar un sentido pésame. Emigdio Biaggio, el buen Emigdio —como decía el intolerante Guillermo Sanz—, se había convertido en un animal feroz. Esquizofrenia irreversible. Nos llevaron a una especie de enfermería carcelaria. Una cosa informe, supuestamente un hombre, descansaba sobre una camilla. Esperé en la puerta. Martina, incentivada por el gesto displicente del médico, confrontó la insignificancia del cuerpo. Recordé frases sueltas que habían sido dichas la tarde del café: «Mi papá no quería irse de Caracas. Fui yo quien se empeñó en escapar del infierno». Emigdio Biaggio aparecía en mi memoria como una de esas personas de sonrisa perpetua y bondad irrefutable, de vocación más humanista que humana. Cité, en silencio, datos olvidados: Emigdio, además de regentar la barbería de La Candelaria, vendía suscripciones de la Enciclopedia Británica por los lares de Santa Mónica, Bello Monte y Los Chaguaramos. Había llegado a Caracas a finales de los cincuenta y, desde entonces, había hecho carrera dentro del gremio peluquero. Alguna vez, contó orgulloso en la barra de La Cita, le había cortado el pelo a Rómulo Betancourt. El recuerdo, en contrapunto, cedía ante la vulgaridad del alambre abandonado en la camilla. El doctor Vicentelli nos invitó a su oficina. Allí, con retórica didáctica, nos contó las modalidades de la locura de Emigdio.

«Lo encontraron en los alrededores de *II Cenacolo*, en los pasillos de Santa María delle Grazie; Emigdio contaba a los turistas japoneses que *La última cena* no era original de Leonardo sino de un tal Arturo Michelena. Muchas personas decían haberlo visto vagar por la Galería Vittorio Emanuele que él, en su universo particular, reconocía como Pasaje Zingg; le decía a turistas incautos y mochileros que aquella estructura comunicaba el Corso Urdaneta con la Via Università y que, además, abrigaba la primera escalera mecánica del mundo —el doctor Vicentelli continuó su relato—. No sé por qué razón Emigdio llamaba Brígido Iriarte al estadio Giuseppe Meazza; también, en su delirio alucinatorio, identificaba la librería Mondadori de la Piazza del Duomo con el ridículo nombre de Pulpería. Cuando lo internamos, a pesar del tratamiento, continuó imaginando mundos imposibles. Él era consciente de su reclusión; decía que, algún día, denunciaría ante el equipo de *Alerta* los desafueros de este lugar al que llamaba Bárbula. Luego, con sus heces fecales, se acostumbró a amasar arepas y cachapas. Pero lo más extraño ocurría los días jueves. Sucedió en horas de la noche, a las ocho aproximadamente. En ese momento, Emigdio improvisaba una arena de circo en medio del pabellón, todos los enfermos esperaban por su *performance*. Su padre, señorita —dijo dirigiéndose a Martina—, iniciaba la presentación de un número llamado *Benvenuto* y, ante el público feliz, se presentaba como Michelangelo Landa». El doctor Vicentelli nos mostró una imagen en la pantalla de su *laptop*. El WMP, tras recargar los *buffering*, proyectó un video difuso en el que podía verse a una parodia de ser humano cantando una canción graciosa: *Benvenuto stasera alla casa di Lei / Noi offriamo umore e cose da vedere /*

Ci fermeremo sulla testa, parleremo giapponese / Vogliamo intrattenere / E divertire Lei. Los locos se reían con estruendo. Martina respiraba con dificultad. El doctor Vicentelli no lograba atisbar el chiste incomprensido. *Delle cose che succedano fra lui e lei / Il mistero divino che chiamammo la "femme" / Pure gli uomini immischiati se nessuno guarda mai / Tutto ciò qui starà / E ti divertirai! ¡Tan!*

VIII

Salimos de Bárbula y entramos al metro. Martina llevaba en sus manos un pesado cuaderno de apuntes. En caligrafía infantil e ilegible podía leerse *II Guaire*. El doctor nos contó que, a la manera de Claudio Magris, Emigdio Biaggio había pretendido escribir su propio *Danubio*. «No creo que haya sufrido —dijo el médico al despedirse—. Aunque muchas personas no lo entiendan, a su manera, la esquizofrenia puede ser una forma de libertad».

Absoluto silencio. La mirada de Martina atravesaba los pasillos del metro. Su cuerpo era una materia ausente. No tuve el coraje para enunciar palabras; todos mis pensamientos tenían la intuición de su impertinencia. Un muchacho africano entró al vagón; sostenía una guitarra y un par de cornetas empotradas en un carro-compra. Con fluido dialecto del norte pidió disculpas por la interrupción y dijo, finalmente, que acompañaría nuestro trayecto con algo de música contemporánea. En principio, su aparición me molestó. Pensé que, siguiendo el canon de los músicos ambulantes, interpretaría *La historia de un amor* o *My Heart Will Go On*, en clave de escándalo. El muchacho rasgó la guitarra. El sonido acústico, pulsado con pericia, penetró mi reflexión infectada; pensé en Emigdio, en su burda fortuna, en su destino trágico. «¡Milow! —me dije con media sonrisa—. ¡El africano está tocando Milow!» Tras los primeros acordes, en perfecto inglés, reconocí el *intro* del *Ayo Technology*. Una pulsión de vergüenza me recorrió el cuerpo. Martina, sentada frente a mí, sostenía su cabeza entre las manos, parecía interrogar con afán metafísico las colillas dispersas en el suelo. La situación de Emigdio me hizo sentir un lacerante sentimiento de culpa. No se trataba de un remordimiento ingenuo. Mi indignación carecía de atributos; no era un malestar pasajero o programático, era simplemente una profunda repulsión por la hipocresía de Dios, por la Caracas maldita, por el falso e indolente hábito de vivir. Al ritmo lento del *Ayo Technology* redacté, sin formas coherentes, mi concepto laico de pecado. Una tras otra surgieron las imágenes: las tortugas ahogadas, el pago del aborto, los libros que nunca devolví, el diente roto, la deshonra de mis padres... Milow, por su parte, interpretaba el réquiem: *She's so much more than you're used to / she knows just how to move to seduce you...* el altar profanado, la cocaína en los billetes de cinco, el Brondecón con ginebra, el puñal en su espalda,

el revólver con el que alguna vez pensé destrozarme la cabeza, la voz del ángel, la saliva quemante de una boca prohibida, la adicción al Ritalin, el guiño lascivo de la *Cebra*, el grito del hombre alto, el atraco a la farmacia, el amigo andrógino, el amor fingido, el infierno hipotecado, la anciana a la que atropellé en Las Mercedes... Milow, el inquisidor, continuaba su prédica erótica/ecologista: *I'm tired of using technology...* la sangre en mis uñas, el falso testimonio, los senos rotos, el ajuar en rebajas, el *cállate puta*, el olor de la candela, el colesterol malo, los coñazos de Dios, la fuga sin sentido, el abandono, el queso de la Virgen, la estupidez pedante, el pasaporte en llamas, el narcisismo... *Ayo, I'm tired of using technology / I need you right in front of me...* un insignificante Narciso que, permanentemente, busca su reflejo en las aguas del Guaire... Me sentí un ordinario Barrabás, un risible y postmoderno Barrabás.

IX

Martina decidió bajarse en la Puerta de Venezia. «Gracias por acompañarme — dijo en voz baja—. No conozco a nadie en esta ciudad; no quería ir sola». Mantenía la distancia, no le interesaba resolver el conflicto con frases de autoayuda o febriles abrazos. Humanamente, estaba rota. Con el vagón en movimiento se levantó. Una voz mecánica anunció la parada. El tren se detuvo. La puerta se abrió. «Martina», dije sin mucha convicción. Simplemente, levanté la mano. Y eso fue lo único que sucedió: como dos carajitos nos dimos la mano. Al menos logré, sin proponérmelo, obtener el beneficio de su sonrisa. Diez dedos se aferraron en un cruce sencillo. Su sudor nervioso, asido a la sequedad de mi palma, fue el único discurso. Todo lo que no logramos decir aquella tarde quedó por escrito en la caligrafía de aquel gesto. A veces los detalles más insignificantes son portadores de la más alta noción de belleza. El vagón anunció el cierre. El muchacho africano, con la guitarra colgada al hombro, pasó al lado de ella. Martina se fue. Movimiento. Oscuridad. Silencio. Vibración en el bolsillo. *Messenger* de BlackBerry, Inma: «Sigo en Lisboa. En la residencia de un coleccionista encontré los versos sueltos *de Tú la tienes que pagar*. Todavía podemos encontrarla». Comenzó la migraña. Aquella madrugada no tuve más remedio que caerme a pepas; sólo así, a golpe de seis de la mañana, pude dormir.

Lautaro Sanz

P.D.: Agradezco a mi amiga C.E. por su adaptación libre al italiano del poema lírico de Landa, *Bienvenidos*.

✦ SUITE PALERMITANA

Sobre una novela inédita y erótica de Rómulo Gallegos

«Estoy diciendo la verdad: Gallegos escribió novelas eróticas», dijo el informante. Ocurrió en Palermo, Italia, agosto de 2009. Vine a Sicilia invitado por una agrupación literaria de siglas impronunciables; vine, principalmente —como la mayoría—, a ver la pelea. La pelea había sido el acontecimiento más referido en estados de Facebook y Twitter durante las últimas semanas. Ucevistas y ucabistas crearon distintos grupos virtuales en apoyo a sus representantes. La convocatoria, en cuestión de horas, llamó la atención de todos los exiliados que, para entonces, se inventaban la vida por los lados del Mediterráneo. Fue Ernesto Fermín, valenciano desterrado, traductor de la obra de Chevige Guayke, quien me contó los pormenores del combate. Llegué al aeropuerto Falcone-Borsellino con la convicción de que, únicamente, asistiría como público a una esperpéntica batalla. Nunca imaginé que me vería inmerso en una serie de circunstancias que me pondrían tras la pista del único ejemplar existente de una obra inédita de Rómulo Gallegos.

«Desde los tiempos de *La Alborada*, Gallegos tuvo aficiones innobles. Aquella prosa ejemplar de *Lo que somos*, la solemnidad fingida de *Hombres y principios* y el afán moralizante de *Los aventureros* no era más que una fachada. Lo que realmente interesaba a don Rómulo era el erotismo. Fue su amigo Bermúdez quien le consiguió las primeras traducciones del Marqués de Sade», diría el informante.

Me hospedé en un hostel de la Via Maqueda, cercano a la Piazza Giulio Cesare. Mi habitación era un pequeño rectángulo sin ventanas; dos colchonetas escuálidas, recostadas detrás de la puerta, eran la única presencia material —se supone que debía compartir el cuarto con un crítico literario, antiguo profesor de la ULA exiliado en Marsella, que también había sido invitado a presenciar la pelea—. El único baño del hostel estaba al fondo del pasillo; adolescentes holandeses, portadores de olores combustibles, hacían cola frente a la única ducha. El verano siciliano es atroz. El sol se comporta como un inoportuno picapleitos; el tráfico recuerda horas pico en La Urbina o en la principal de Bello Monte. En algunas calles de Palermo se tiene la impresión de que la Segunda Guerra Mundial ocurrió la semana pasada. La pelea tendría lugar en casa del primo de uno de los agraviados, un polvoriento ático ubicado al final del Corso Tukory. Al volver al hostel, luego de caminar horas entre monumentos normandos y moriscos, encontré un sobre sin remitente: *A Lautaro Sanz. Importante. Me gustaría hablar con usted antes de la pelea. Encuéntreme en la cripta de la Catedral. Lo esperaré hasta las dieciséis*

horas. Puede llamarme Paolo.

«Existieron tres versiones de *Reinaldo Solar*. Usted, probablemente, sólo habrá oído hablar de dos: *El último Solar* de 1920 y, posteriormente, la versión definitiva de 1930. Tenemos indicios suficientes para pensar que don Rómulo redactó una novela alternativa titulada *Reinaldo Solar, historia de un perverso*. La anécdota es la misma; el autor, sin embargo, incluyó varios episodios no aptos para todo público. Esa obra, lamentablemente desapareció. En 1947, meses antes de las elecciones, siguiendo un consejo de Rómulo Betancourt, Gallegos destruyó toda su producción erótica. Aun así, hemos podido saber que una de sus novelas se salvó. Don Rómulo no tuvo suficiente estómago para destruir la que consideraba su obra maestra. Hace unas semanas lo confirmamos. Aún existe un ejemplar de *Doña Bárbara en Sodoma y Gomorra*», dijo el informante, alias Paolo.

Sicilia, desde 1998, se ha convertido en un punto de fuga para distintos exiliados. Centenares de venezolanos, sobre todo los descendientes de familia italiana, se han instalado en Catania, Taormina o Siracusa. El destierro ha motivado la formación de clubs, centros hípicos, tertulias literarias y otros lugares de debate en los que, entre copas, se conspira lúdicamente y se reflexiona sobre el exilio. El conflicto que semanas más tarde daría lugar a la pelea ocurrió en un bar del centro de Palermo. La conversación entre letrados, cargada de ironías y sarcasmos, terminó en una discusión irreconciliable. Los contrincantes eran un egresado de Letras de la UCV y uno de la Católica. Ninguno de los presentes recuerda quién comenzó el pleito. Cuentan que el ucevista hizo chistes de mal gusto sobre la estructura escolar de la UCAB, afirmando con sorna que en el *campus* de Montalbán existía un timbre de recreo; preguntó además si era cierto que al estudiante que reprobaba más de dos materias los jesuitas le citaban al representante y le hacían firmar un libro de vida; cerró su comentario con una atorrante carcajada. El ucabista, ofuscado, le dijo que el pasillo de Humanidades de la UCV era un recinto de parias y poetastros; que Literatura y Vida era una asignatura cursi, lo que su compañero de mesa consideró, a todas luces, inaceptable. Comenzó la trifulca. Un ingeniero desterrado —ex Pdvsá— fue testigo de la batalla. Fue este individuo quien tuvo la idea de organizar la pelea. El ingeniero —quien había hecho el máster de Literatura en la Universidad Simón Bolívar y, por lo tanto, consideraba como una nimiedad el desencuentro entre los combatientes— les dijo que ese problema sólo podía resolverse de una manera: «Propongo que, dentro de quince días, ustedes dos se caigan a coñazos».

«*Doña Bárbara en Sodoma y Gomorra* apareció en una biblioteca del estado Miranda. Todos los estudiosos del ocultismo galleguiano estábamos convencidos de que esa gran obra había desaparecido. Sin embargo, el chavismo nos hizo ver la luz. No sabemos cómo se traspapeló el único ejemplar existente. Durante muchos años, hicimos trabajos de campo en los sótanos del Celarg. Hasta hace dos meses la

versión XXX de *Doña Bárbara* no era más que un mito. Fue entonces cuando un gobernador *rojito* decidió pegarle candela a los depósitos de libros de las bibliotecas mirandinas. La inquisición revolucionaria lanzó a la hoguera todo aquello que sonara a republicanismo de la cuarta. Fue un caso famoso. Usted seguramente por su contactos en ReLectura, sabe de lo que hablo. Estimado Lautaro, debemos dar las gracias a la ignorancia. Fue la vulgaridad la que permitió que se salvara esta gloria *hardcore* de las letras patrias. El funcionario encargado de quemar los libros era un facineroso borracho. Se deshizo de miles de ejemplares incunables, únicos; sin embargo, conservó el texto de Gallegos sin saber, por supuesto, que pertenecía a Gallegos. Parece ser que abrió el libro al azar y, en medio de su borrachera, tropezó con la palabra «teta» y, más adelante, con la palabra «culo». Su curiosidad y su lascivia fueron nuestra salvación. Se llevó el ejemplar a su casa y días después en un bar de la Lecuna, en la curda posterior a una marcha tarifada, comentó su hallazgo. Un integrante de nuestro círculo, al que desde hace muchos años hemos infiltrado en el chavismo, escuchó la historia y le cambió el libro por una botella de ron El Muco. Hace una semana que *Doña Bárbara en Sodoma y Gomorra* está en nuestras manos. Hace apenas tres días salió por Maiquetía».

El UH-UH-UCV retumbaba por el Corso Tukory. Los ucabistas, por su parte, incentivados por un antiguo presidente del Centro de Estudiantes de Comunicación Social, cantaron arengas de rimas consonantes. La afición entusiasta se insultaba y coreaba los nombres de los pugilistas. Entre bando y bando destacaban distintas pancartas: «¡Viva el padre Salvatierra y su concepto de literatura!»; «Y tú, Sandoval, ¿con quién estás?»; «Cadenas y Sucre nos apoyan, ¿quién los apoya a ustedes?» Una muchacha anoréxica llamó la atención de los presentes con una pancarta personal de contenido hermético. Ella sostenía una cartulina azul pastel con letras verdes; el breve texto citaba: «¡El ojo que ves te ve a ti!» Cuando le pregunté qué significaba aquella enigmática sentencia me dijo que sólo los egresados de Letras, UCAB, podrían comprenderlo.

Paolo, el informante, contó más detalles: «Gallegos fue un pionero; un experimental transgresor que llevó el lenguaje a la esencia de lo escatológico y lo fisiológico. Había fragmentos eróticos en todas las ediciones originales de sus novelas. En cada una de ellas, el autor vislumbraba una nueva manera de hacer y entender el porno. Estos Apartados fueron suprimidos *a posteriori*. En *Pobre negro*, por ejemplo, se recrea una escena interracial que, incluso hoy día, podría intimidar al jurado del Festival Erótico de Barcelona. Gallegos, en *Cantaclaro*, habla del *squirt* y el *bukkake* mucho antes de que el Internet popularizara tales modalidades. *Doña Bárbara* anticipa el *MILF* mientras que Marisela, en incendiarios encuentros con Santos Luzardo, nos habla de las múltiples posibilidades del género *teens*. Gallegos también experimentó con el cuero y el BDSM: La versión de *El forastero*

de 1942 incluye un capítulo en el que don Rómulo superó sus límites de amoralidad e intolerancia. El forastero tiene las mejores escenas de *creampie* y *gagging* que, alguna vez, hayan sido vistas a través de palabras. ¿Y qué decir de *Canaimaxxx*, esa oda al *fishing* naturalista? Casi todas estas piezas, para nuestra desgracia, se perdieron. Por esa razón, la aparición de *Doña Bárbara en Sodoma y Gomorra* nos llena de esperanza. Las pocas personas que la han leído dicen que el mejor episodio —por supuesto, protagonizado por Marisela— es el que se titula *La Doma*».

La pelea comenzó dos horas después de lo previsto. El ingeniero, magister en Literatura, fue el árbitro. Ante la indecisión de los combatientes el moderador decidió poner una hojita de laurel en el hombro del ucabista y gritar, a viva voz, que si permitía que el ucevista se la quitara entonces, incuestionablemente, estaría reconociendo su homosexualidad. Luego se dirigió al estudiante de la UCV y le dijo que si no tenía el valor de remover la hoja de laurel del hombro del contrario, entonces, el homosexual sería él. La tensión machista dio lugar al primer *round*.

Paolo, el informante, me encomendó una misión remunerada: debía viajar a Roma para encontrarme con un tal Hermenegildo Guaviarede quien era el portador del controversial relato. La novela debía ser llevada a una biblioteca privada en Bomarzo, propiedad de un desterrado no identificado, con el fin de ser guardada en una caja fuerte. Ucabista y ucevista lanzaban puños al aire, se insultaban y retrocedían; parecían perros pequeños enfrentados a sendos *rottweilers*. «¡¿Tú qué, güevón?, que te puedes graduar sin haber leído a Shakespeare o el *Quijote!*», decía uno. Patada en la cara, golpe bajo. «¡Y tú, pendejo, que no sabes nada de Análisis Literario, que estudiaste Lingüística con la *Gramática de Bello*», decía el otro. Como en el serial sesentero *Batman*, uno tras otro, se sucedían los carteles con dibujitos e interjecciones de dolor. La multitud gritaba como si estuviera en una piñata: «Dale, dale, dale». El encierro y el humo me provocaron una profunda sensación de claustrofobia. Abandoné el apartamento sin saber quién había ganado.

Durante tres o cuatro horas caminé a través de la noche palermitana. La historia de Paolo atrapó mi atención. Recordaba sus palabras con una incómoda mezcla de curiosidad y duda: «Cuentan que, en 1948, el día de la toma de posesión, tras el sugerente Festival Folklórico organizado por Juan Liscano, Don Rómulo escribió un cuento titulado *Gangbang en Ocumare*. El relato, lamentablemente, se perdió». El informante, tras contar esa anécdota, me habló de la misión romana y desapareció detrás de la tumba de Federico II.

La figura desabrida y temblorosa de Paolo me inspiraba muy poca confianza. Nunca antes había oído hablar del Gallegos *hardcore*. Sé, sin embargo, que mis conocimientos sobre la historia de la literatura venezolana son, en gran medida, superficiales, genéricos y episódicos. Este asunto requiere el comentario de un especialista. Quizás el librero de Nicosia pueda ayudarme a resolver el enigma.

Después de todo, no creo que sea mala idea regresar a Chipre.

Decidí volver al hostel; en el camino tropecé con grupos entusiastas de exiliados que habían asistido al combate y buscaban algún bar donde pasar la madrugada. «¿Quién ganó la pelea?», pregunté, indiferente, tras saludar a algunos conocidos. Según los ucevistas ganó la UCV; según los ucabistas, la UCAB. Mi interrogante dio lugar a una nueva discusión, comenzaron a insultarse. Les di la espalda. Me fui por la Via Roma silbando una canción de Frank Quintero.

Lautaro Sanz

✦ HALLAZGO DE UN CUADERNO INÉDITO DE CABRUJAS

Crónica del I Congreso en Yordanología

Sucedió durante el I Congreso Yordanológico Internacional de La Valeta. Gregorio González Marcano, geógrafo de la UCV exiliado en Mallorca, contó cómo encontró por azar el cuaderno perdido de José Ignacio Cabrujas. «En octubre de 1995 —dijo el perturbado—, antes del fatídico viaje a Margarita, el maestro se reunió con Fausto Verdial y le entregó un cuaderno Caribe con anotaciones ilegibles. En la última página, sobre el boceto de un bosque hecho a bolígrafo, aparecía el dibujo de un sol que tenía la cara de un niño».

Malta, 2009. La Universidad de La Valeta; Radio Valentín y la Fundación Caballeros de la Orden de Malta patrocinaron el evento. Durante una semana la bahía de San Pablo reunió a un selecto grupo de yordanólogos que, entre distintas ponencias y mesas redondas, ofrecieron lecturas novedosas sobre la obra del cantante italo-caraqueño.

Fue en la Catedral de San Juan, bajo un fascinante lienzo de Caravaggio, donde encontré al desesperado geógrafo —aunque más valdría decir que él me encontró a mí—. «Tengo el cuaderno de Cabrujas —dijo mortificado—. No podemos confiar en ningún editor o librero. Hay sectores interesados en que esta información no salga a la luz. Aficionados y detractores tienen valiosas razones para hacer desaparecer este documento. Sólo podemos confiar en ustedes; debes llevar este material a ReLectura». Me entregó el cuaderno y, tras un golpe de brisa contra el inmenso portal de madera, salió corriendo. Las diligencias postergaron la lectura. La conferencia inaugural tendría lugar esa mañana. Fue difícil ubicarme en el *campus* de la Universidad de La Valeta. La primera charla, a cargo del doctor César Ernesto Pérez, se titulaba: *A 25 años de Manantial de corazón: recepción y reacción*.

El geógrafo me pidió discreción. Necesitaba, sin embargo, aclarar algunas cosas. Nunca estuve versado ni interesado en la obra de Cabrujas. En una oportunidad, hace muchos años, me enfrenté a Luis Yslas a quien expuse con insolencia que no había grandes diferencias entre las novelas de Cabrujas y las de Delia Fiallo; que *Señora y Abigail* eran idénticos desastres. Yslas, entonces, teniendo en cuenta mi juventud irresponsable, refutó mi comentario con argumentos didácticos. Me recomendó obras teatrales que nunca vi y sugirió columnas de prensa que tampoco leí. La adolescencia noventera orientaba mis gustos hacia otros asuntos, por fortuna olvidados.

La segunda conferencia tuvo lugar a las once de la mañana. El ponente, invitado desde la Escuela de Artes Plásticas Armando Reverón, se llamaba César Núñez, alias Cesescore: *¿Dávila o Yordano? No voy a mover un dedo. Historia de una disputa*. La reflexión sobre Cabrujas —y el cuaderno que guardaba en mi morral— no me permitió prestar atención. El ponente mostró videos de Youtube e hizo análisis musicológicos sobre las versiones citadas pero, hundido en mis cavilaciones, perdí de vista el argumento.

Nunca había leído a Cabrujas. Un encuentro casual en el metro de Madrid puso en mis manos la compilación de artículos de prensa de Yoyiana Ahumada. Abrí el libro al azar y encontré conjeturas y refutaciones sobre el *episteme* adeco. Censuras contra Piñerúa, Gonzalo Barrios, David Morales Bello y demás referentes de corrupción anacrónica y culta. Mientras Cesescore contaba entuertos *underground* entre Sonográfica y Sonorodven por el *copyright* de *No voy a mover un dedo* tuve la clara impresión de que, en nuestros días, el viejo José Ignacio estaría preso o, con fortuna, desterrado. La curiosidad por los contenidos del cuaderno fue más fuerte que el interés por aquella ponencia.

El cuaderno de Cabrujas tenía muchos dibujitos. Los trazos estaban hechos a bolígrafo azul, rojo y negro. La letra, apenas visible, dejaba entrever nombres como Tinky-Winky, Dipsy, Laa-Laa y Po; al fondo, tras distintos versos de rimas asonantes, aparecía una especie de aspiradora. Aplausos. Terminó la ponencia. Por cuestiones de tiempo se suprimió la ronda de preguntas. Comenzó la segunda conferencia. Salvador Fleján fue el siguiente en exponer sus consideraciones en una investigación titulada: *Ilan, Franco, Yordano o el paradigma Sonográfica*. Los muñecos llamaron mi atención, eran figuras amorfas, largas y con una especie de rectángulo impreciso en el centro. Fleján estableció comparaciones novedosas entre *Cerro Ávila*, *Chatarra de amor* y *Frívola* enunciando una serie de constantes temáticas. Recordé, entonces, otra de las páginas de *El mundo según Cabrujas* —compilación de Ahumada—: un sugerente artículo sobre los estereotipos de América. Cabrujas cuenta que fue a una obra de teatro nicaragüense o boliviana y sintió una profunda indignación ante la recreación de un folclor acartonado con flauticas, tradiciones inventadas, teologías animistas y demás romanticismos imposibles. «América no es esto», decía con efusión. Fleján, por su parte, comparaba la portada del LP *Yordano* (1984) con el famoso disco negro de Metallica arguyendo, por demás, que el intérprete de *Hoy vamos a salir* había sido, entre otras cosas, un pionero del diseño gráfico.

Durante el *break* —ronda de cachitos, pastelitos y cuarticos de chicha importados por un historiador de la UCV exiliado en el Magreb—, pregunté a algunos contertulios sus impresiones sobre Cabrujas. Encontré aficionados ultras, moderados y detractores. Una mujer algo gorda —catedrática de la Simón Bolívar

que aquella tarde dictaría una ponencia titulada *¿En un sótano de La Florida?*—, se puso a llorar apenas pronuncié el nombre de su héroe.

Caí en cuenta de que la hinchada de Cabrujas, curiosamente, tenía una marca generacional: el menor tendría treinta años. Los más jóvenes, en su mayoría, habían oído hablar de él pero pensaban que era, simplemente, un venezolano más; un carajo que, alguna vez, escribió una columna graciosa sobre un gordito con una camisa rosada que hace mucho tiempo intentó derrocar algún gobierno. Un hombre sereno, atento a mi curiosidad, me dijo que José Ignacio Cabrujas había sido un personaje incómodo, difícil de asimilar para un país acomplejado como el nuestro. Finalmente, dándome la espalda dijo con tristeza: «Cabrujas halló la obsesión de su escritura en nuestro inventario de fracasados felices y elocuentes». Al principio no lo reconocí, era Ibsen Martínez. La mañana siguiente, él debía presentar la polémica ponencia: *De cómo Eva Marina se transformó en Por estas calles: historia trágica de un proyecto*.

Antes de la mesa redonda que tendría lugar aquella tarde fuimos invitados al auditorio de San Pablo donde, sorpresivamente, un holograma de Colina interpretó *Corazón moro*. Permanecí en la entrada del recinto escudriñando el cuaderno Caribe. Releyendo lo ilegible logré entresacar las palabras *tubbipapillas* y *tubbitostadas*. El geógrafo de Mallorca había contado que Fausto Verdial fue quien logró sacar ese cuaderno de Caracas. Sin embargo, desconocía cómo el texto había llegado a Inglaterra. En 1997, supuestamente, Ragdoll Producciones se hizo con los derechos de la obra. La directora creativa de la BBC, Anne Word, modificó el proyecto y borró de la portada el nombre de Cabrujas. El holograma, que incluía la presentación de la telenovela *De oro puro*, llegó a su fin. El moderador maltés anunció la nueva ponencia: *Rodrigo Blanco Calderón, Días de junio, formulación de una poética*.

Recordé, entonces, las recomendaciones entusiastas de Yslas: *Acto cultural*, *El día que me quieras*, *Sonny*. Nunca tuve la oportunidad de verlas. No sé si algún día vuelvan a montarlas. Un desterrado irascible —quien me pidió que no lo citara— me dijo que, actualmente, esas obras sólo podrían llevarse a las tablas del Trasnócho si y sólo si se incluía algún desnudo o algún monólogo baldío sobre las urgencias de la próstata, las trompas de Falopio, el escroto o la uretra. «El teatro venezolano siempre será una franquicia de los galpones de Chacaíto —dijo el desengañado—. ¿Cabrujas, Chocrón, Verdial? ¿Quién va a estar viendo eso? ¿A quién le importa? Aquello del teatro o la novela cultural ya pasó y no le gustó a nadie. Los venezolanos sólo quieren ir al teatro a ver tetas y culos». Se retiró molesto. Tuve la impresión de que quería caerme a coñazos.

La Segunda Jornada del Congreso Yordanológico terminó en trifulca: un grupo de entusiastas inició una serie de presentaciones sobre las nuevas canciones de

Yordano y el auditorio, en su mayoría, se quedó dormido. La ponencia titulada *Originalidad en El deseo* colmó la paciencia de los oyentes. Gritos desaforados comenzaron a escucharse en la sala: ¡A la hora que sea!; ¡Muñeca de lujo!; ¡No queda nada!; ¡Escándalo en tus mejillas! Intuyendo el desastre salí del recinto. El Congreso Yordanológico, sin haber cumplido el cronograma, había llegado a su fin.

Durante tres semanas, en compañía de eruditos notables, examiné con detalle el cuaderno de Cabrujas. El serial sin título pretendía ser una especie de comiquita cultural. Cuatro muñecos, en apariencia idiotas, contarían la historia lúdica de Venezuela a través de un televisor colocado en sus vientres. Cabrujas, según me explicó uno de los expertos, consideraba que debía formarse —casi de la nada— una nueva generación de venezolanos. El proyecto infantil pretendía, en parte, ofrecer una novedosa e instructiva lectura de nuestra tragicómica historia. «Por supuesto, amigo Lautaro, no es necesario decir que este país nunca estuvo preparado para algo así. No sabemos cómo el borrador de Cabrujas llegó a los estudios de la BBC. Fausto Verdial era el único que conocía aquella obsesión de Cabrujas, pero Fausto murió en el 96 sin dar noticia de lo ocurrido», comentó otro erudito. Cuando, en 1997, cuatro muñecos de colores aparecieron en las pantallas de la BBC bajo un sol con cara de niño e interpretando canciones tontas nadie imaginó que la idea original pertenecía a un olvidado dramaturgo de Catia. «Venezuela es aficionada al olvido, muchacho; por más que nos duela y queramos convencernos de que su legado nunca se olvidará, sabemos que mentimos. Los venezolanos de valía son irrelevantes; aquí sólo cuenta el montonero, el bochinchero y el arribista», dijo uno de los catedráticos jubilados antes de dormirse apoyado en la barra de una taberna maltesa. El cadáver del geógrafo de Mallorca apareció flotando en las aguas del Gilao dos días después de la última ponencia.

Lautaro Sanz

✧ E-MAIL DE JAMAICA

Subject: Contestación de un desterrado a un caballero de esta isla

To: Henry José Bolt Cullen <henryjboltc@yahoo.com>

CC: relectura@relectura.org

Estimado Henry, me apresuro a contestar tu correo del mes pasado. Repasar tus preguntas me ha llevado de la angustia a la enfermedad. Han sido muchos días de navegación, tormentas e insomnio. Me he visto enfrentado a la plaga postmoderna conocida en la prensa e Internet como gripe porcina. Permanecí cuarenta horas, aproximadamente, varado en el puerto de Kingston. La fiebre generó sospechas en los guardias de frontera. Mi amigo el capitán González, poeta beodo propietario de *El loco y la luna* —barco en el que mato tigres indecentes—, reconoció que su maltrecho buque había anclado en Veracruz hace quince días. Fuimos sometidos a una estricta y aséptica vigilancia. La cuarentena me permitió reflexionar. He tratado de atisbar comentarios razonables a tus planteamientos. Recuerdo que siempre te interesaste por las cosas de Venezuela. Me cuentas de tus días en Caracas, allá por los años ochenta y tantos, y tales remembranzas describen una ciudad que ya no existe. No sabría responder a muchas de tus interrogantes. No puedo improvisar la objetividad que sugieres. Aparentemente, sólo tengo un resfriado común. La doctora Yorke —morena fina— del Hospital Nuttal Memorial me recomendó un coctel de algo parecido al Teragrip que ha envuelto mi vista en gelatinoso bochorno. Me hospedo en el Morgan's Harbour Hotel en Port Royal. No sé cuánto tiempo permaneceré en la ciudad. Una nube púrpura arropa el horizonte de Kingston. Aprovecharé la tempestad para inventar respuestas.

Dices que deseas entender, en principio, la cuestión política. La verdad es muy simple, Henry: el llamado chavismo es un proyecto totalitario. Cualquier justificación de este despropósito no es más que mala literatura. Impera en estas tierras un totalitarismoailable, un bingo incompleto, un absolutismo circense, una raza híbrida de tiranuelos y sicarios. Esta feria del mal gusto no aparece descrita en los ensayos de Arendt o Raymond Aron. La teoría, en este contexto, es inútil. No puedo satisfacer tu curiosidad de científico social ya que la realidad venezolana no se adapta a ninguno de los modelos que interpreta la lógica del mundo. Autores como Bobbio o Sartori preferirían alquilar pornos o ver un partido de fútbol de la segunda división italiana antes que perder su tiempo en teorizar sobre lo «inteorizable». Existe una expresión popular que, en gran medida, permite comprender la dialéctica criolla: en Venezuela impera la cultura del *cogeculo*. Este

modismo vulgar, de explícitas alusiones, se aplica a totalidad de la rutina y ha sido institucionalizado por el mal gobierno. En este país es legítimo afirmar —parodiando el título de la novela de Sael Ibáñez— que *vivir atemoriza*. La categoría sociológica que, jocosamente, he procurado explicarte sólo es visible para aquel que pertenece. Se trata de un *volkgeist* arraigado en el más íntimo y patético folclor.

Hablas en tu correo de los trabajos de Enrique Krauze y Marc Saint-Úpery; citas, además, los clásicos ensayos de Picón Salas y Briceño-Iragorry. No he leído, con rigor, *El poder y el delirio* (Tusquets, 2008). Sólo pude ojear —en fotocopia— un fragmento: la conversación que Krauze mantuvo con Pino Iturrieta, Carrera Damas y Consalvi en las caminerías del Tamanaco, es un texto fresco en el que estos historiadores hacen alusión a los problemas de siempre. Lo de Saint-Úpery me produjo indigestión (*El sueño de Bolívar*. Paidós, 2007). El capítulo sobre Venezuela es un insulto: reduccionista, tendencioso y sensiblero. Recuerdo que lancé el libro por la borda al salir de las Azores. Desprecio a este tipo de autor —por lo general, norteamericano o europeo— que percibe América Latina como un laboratorio de simpáticas izquierdas en el que las más inútiles teorías político-sociales son puestas en práctica por equilibristas y gendarmes.

Es interesante lo que dices sobre Picón Salas y Briceño-Iragorry. Es verdad, son autores de una vigencia desconcertante. Tal actualidad, sin embargo, queda circunscrita al contenido. Sus puntos de vista se han convertido en letra muerta. *Comprensión de Venezuela* (1949) y *Mensaje sin destino* (1952) son textos que nadie lee. No se leen por múltiples razones. En primer lugar, no se publican, no se editan. Las nuevas generaciones, por lo tanto, no tienen acceso a estas fuentes. ¡Qué ingenuo eres, Henry! ¿Cómo se supone que te conseguiré las obras completas de Picón Salas? ¿Dónde crees que podré comprarlas? Sí, es verdad, esos textos, alguna vez, los publicó Monte Ávila. Lamento informarte que *la hermosa librería que quedaba en un teatro con nombre de mujer* desapareció. En su lugar, el ejército colocó un kiosco, lugar de peregrinación para los devotos de San Ernesto «Che». Otro de los lugares que refieres en tu memoria, *el Ateneo del querido Carlos Jiménez*, también fue desalojado.

Briceño-Iragorry fue un visionario: su mensaje, efectivamente, no tuvo destino, no llegó a ninguna parte. Lo que él dijo en 1950 —más allá de las desafortunadas citas de Stalin— sigue siendo un ilustrativo ejemplo de nuestra idiosincrasia. Briceño-Iragorry, sin embargo, comete —a mi juicio— un error de categorías; más que un error valdría decir un «exceso romántico». El trujillano apela, permanentemente, a una supuesta venezolanidad. He llegado a pensar —con Inmanuel Barreto y otros desterrados— que tal venezolanidad no existe. Nuestra gran tara sociológica ha sido querer imponer por la fuerza una manera de ser, unas costumbres homogéneas e incuestionables, una manera común de interpretar el ocio

o un estilo de música verdaderamente tradicional. Esa intuición de Briceño-Iragorry ha sido pervertida por los actuales gerentes de la cultura y llevada a sórdidos extremos. Hoy día, por ejemplo, las emisoras de radio en Venezuela están obligadas por la fuerza de la ley a promover la llamada música criolla. Se pretende legislar, en todas sus instancias, el gusto y el cada vez más limitado tiempo libre. El Supremo no concibe que un individuo albergue en un mismo iPod carpetas sucesivas de Gualberto Ibarreto, The Doors, Jacques Brel, Rolling Stones, Tito Rojas, Atahualpa Yupanqui, Madonna, Simón Díaz, Leonard Cohen, Julio Jaramillo, Aerosmith, Héctor Lavoe, Joaquín Sabina, Tres tristes tigres, U2, Juan Gabriel, Serenata Guayanesa y AC / DC. La hibridación cultural ofende a la Revolución. El eclecticismo, por lo tanto, ha sido proscrito. El venezolano, según esta gerencia, debe estar orgulloso de ser un individuo unidimensional.

Una de tus preguntas es particularmente complicada: *¿Qué estrategias utilizarán aquellos que ejerzan el poder cuando desaparezca la barbarie? ¿Qué tipo de administración se impondrá cuando caiga el gobierno del innombrable?* No lo sé, Henry. Este país es, a todas luces, impredecible. Te comentaré la teoría de nuestro amigo Inmanuel Barreto quien, como sabes, suele adoptar posiciones radicales. Suelo disentir de los excesos de Inma pero en esta apreciación particular hay un sentimiento que comparto. Dice el desterrado que la Venezuela democrática tiene una única forma de supervivencia: la supresión del ejército. Cito de memoria: las Fuerzas Armadas han sido un cáncer inoperable, letal y paciente. Un gobierno civil y democrático sólo logrará consolidarse tras la demolición de los cuarteles. Fuerte Tiuna debe desaparecer; sus espacios deben ser convertidos en áreas verdes o, utilitariamente, podrían adaptarse para ampliar el colapsado sistema de autopistas. Inmanuel —en ensayo inédito— ha propuesto reeditar una versión minimalista del Pacto de Punto Fijo. Continúo la cita de memoria: el mérito de Betancourt, Caldera y Jóvito, entre otros, no estuvo en excluir del juego político a los tres o cuatro zopencos que sostenían el insulso Partido Comunista. La genialidad de aquellos adecos, copeyanos y afines pasó por neutralizar al despotismo militar. Mientras los demás países de América Latina confrontaban dictaduras salvajes, Venezuela logró consolidar un experimento democrático que, en sus primeros años, tuvo un desarrollo positivo y notable. Eso se pudo hacer gracias a este vilipendiado acuerdo civil, firmado en la residencia del doctor Caldera, cuyo principal argumento se centraba en la vulgarización del ejército. La democracia, por desgracia —tras ineficaces administraciones—, se vino abajo y las bestias de uniforme, paulatinamente, retomaron los espacios de poder. La tesis de Inmanuel expresa que el pecado original —y originario— de Venezuela se funda en su antropofagia militar. El inédito ensayo es bastante sugerente y entretenido. Trataré de conseguirte una copia. El segundo capítulo abre con una cita significativa. «Con esto paso a

hablar del peor engendro que haya salido del espíritu de las masas: el ejército. Que alguien sea capaz de desfilar muy campante al son de una marcha basta para que merezca todo mi desprecio; pues ha recibido cerebro por error: le basta con la médula espinal. Habría que desaparecer lo antes posible a esa mancha de la civilización» (Albert Einstein, *Mi visión del mundo*).

¿El papel de los intelectuales? No creo ser la persona indicada para responder a esta pregunta. Recuerda que soy un desterrado. Mi relación con Venezuela es ocasional. Familia, trabajo y guayabos eventuales son el argumento de mi vínculo. Escríbele a Yslas o a Blanco Calderón; ellos podrán darte más luces sobre este asunto. Sé que, actualmente, existe en Venezuela una especie de *boom* editorial. Recientemente, en las páginas de algún diario, se presentó un debate sobre las cualidades de este movimiento: ¿*Boom* literario o *boom* editorial? Creo que en el foro de ReLectura se hizo referencia a esa polémica disyuntiva.

El intelectual, como tal, no existe en Venezuela. El llamado intelectual está obligado a sobrevivir en distintos e inverosímiles contextos. Conozco, por ejemplo, a un ilustre pensador —científico social— que es empleado de una página web que se encarga de montar fotos de bautizos y matrimonios. Mi amigo —sociólogo de profesión— es el encargado de redactar las frases pavosas y comentarios descriptivos de estos eventos: *Recuerdo del bautizo de Sofía; tu presencia es nuestro mejor regalo*; etc. Otro amigo historiador, magíster en Literatura Latinoamericana, ejerce el oficio de puyar Wiis y Playstations en colegios de la clase media. No sé qué hace exactamente pero muchos allegados celebran que, gracias a él, en viejos equipos de DVD, pueden leerse sin conflicto películas de tecnología Blue-Ray. ¡*Ecce intelecto!*

Algunos te dirán que el intelectual contemporáneo es el periodista y, la verdad, esta es la profesión más sobrevalorada e integral que existe en Venezuela. La literatura política —la más popular en estos días— está firmada, en su mayoría, por agentes de prensa. El periodista es «todero», Henry. Escribe sobre todo y dice saber de todo. Este año, fácilmente, puedes leer un título publicado en la editorial Debate sobre los conflictos étnicos en Chechenia y tres meses después, el mismo periodista se lanza una investigación sobre el uso del aceite de hígado de dragones de Komodo para tratar el cáncer de próstata. Hay autores buenos, es verdad, pero también es cierto que existe una gran frivolidad en esta hegemonía del periodismo escrito. El periodista hace ensayos, novelas, poesía; es economista, historiador, crítico literario, exegeta deportivo, etc. Como bien sabes —recuerdo haberte comentado alguna vez— humanistas y científicos sociales, por ley, no disponen de espacio para publicar sus reflexiones en los periódicos locales. La colegiatura de prensa prohíbe esta, para algunos, inaceptable usurpación. Esta situación, como intuirás, refuerza la superficialidad, la mediocridad y la desmemoria. Es un debate álgido, Henry. Una

situación que de sólo nombrarla a muchos los ofende. A fin de cuentas, lo que quería destacar con este comentario es que en este país, para bien o para mal, el periodista es quien ejerce lo más parecido al oficio intelectual.

¿Literatura? No he tenido la oportunidad de leer a Francisco Suniaga pero mis compañeros de ReLectura recomiendan con entusiasmo *La otra isla* (Oscar Todtmann Editores, 2005) y *El pasajero de Truman* (Mondadori, 2008). Una novela muy grata, triste y alegre, melancólica y festiva es *Puntos de sutura* de Oscar Marcano (Seix Barral, 2007). Paséate por *La enfermedad* de Barrera Tyszka (Anagrama, 2006) y, si careces de prejuicios, échale un ojo a las novelas de Boris Izaguirre. No lo he leído. No sé si es bueno o es malo; sólo te puedo decir que en España, de la mano de la editorial Planeta, ha logrado consolidar algunos títulos: *Villa Diamante* (Planeta, 2007) y otro que no recuerdo... algo del ayer, una historia de la telenovela que transcurre en Cuba. Federico Vegas, Fedosy Santaella, Miguel Gomes, Méndez Guédez, Bujanda, Liliana Lar a, Héctor Torres, Fleján y Blanco Calderón tienen presencia permanente en librerías y foros literarios. También se habla de un tipo llamado Gustavo Valle quien, recientemente, ganó un premio importante. Cuando salga de Jamaica —si es que algún día regreso a La Guaira—, haré algunas compras y luego te comentaré mis impresiones.

No he vuelto al hipódromo, Henry. Ese lugar ha cambiado considerablemente desde tu última visita. *Aló, Presidente* extirpó de las pantallas de VTV el simpático *Monitor hípico* por lo que tu amigo Alí Khan ha pasado al más remoto de todos los olvidos. La bola continental está fracturada. La presentación de purasangres en el patio cubierto —acto previo a las carreras— es un protocolo desaparecido. Las caballerizas se disgregan entre la enfermedad y la miseria. Juan Vicente Tovar se suicidó hace algún tiempo. Aún conservo la foto que hace tantos años nos hicimos con él en el restaurante Tarzilandia. Aparecía cabizbajo, triste, acababa de perder el clásico, ¿recuerdas? En la última curva Winton fue ahogado por el cansancio y un desbocado Aragonero, montado por Torrealba, lo dejó atrás sin tacto ni vergüenza. El hipódromo, hoy día, es un recinto de parias y malandros. Algunas tribunas son impenetrables. La administración es espuria y todas sus estructuras, paulatinamente, ceden. Nunca más volví a ver a tu amigo el jinete Ángel Francisco Parra. No sé si aún vive... Habría que preguntarle al errante Cesescore.

¡Qué hermosas son las noches de Kingston! Tenía siete u ocho años sin regresar a esta ciudad. El puerto proyecta sombras fantásticas. La fiebre baja. No sé si las pendejadas que te he expuesto en esta misiva han aclarado algunas de tus dudas. Tengo la impresión de que me he limitado a hablar paja, a no decir nada. Ese ha sido, desgraciadamente, el complejo que hemos desarrollado los venezolanos en los últimos años: sabemos que no decimos nada, que nuestra opinión no pesa. Este país asiste cada año a un perverso juego electorero que vulgariza el voto y hace de la

palabra democracia un referente polisémico: chiste, utopía, impunidad y circo. La verdad, Henry, la gente está cansada. Venezuela es un país esencialmente triste. Iré a dar una vuelta. La semana que viene te buscaré en tu despacho de la Universidad de las Indias. Saludos a doña May.

*Tu amigo,
Lautaro*

* LA CONSPIRACIÓN

Toda la verdad sobre la mudanza del Archivo General de la Nación

ReLectura Presenta

Lautaro Sanz - Inmanuel Barreto

La conspiración

Julien A. Calo - Marlene Tavares y T.K. Cárter as Mike.

Original Music: Alvaro Paiva B. - Sound Design: Torkins Delgado - Executive Producers: Luis Yslas y Rodrigo Blanco C.

HTTP:// (I)

RT@pedropedro: expropiado el Centro Cultural Trasncho. Comisiones del Cicpc en la sede de El Buscón y en Esperanto.

Hace cerca de una hora vía ÜberTwitter.

RT@carmenperez: según Gaceta Oficial, prohibidos panfletos políticos: *Homosapiensliterattus* y *El Librero*. RT@queleer: Orden de aprehensión contra Ricardo Ramírez Requena, Sergio Dahbar y Rafael Osío Cabrices.

Hace cerca de dos horas vía TweetDeck.

Noticias24.11:55 p.m. Detenido en el aeropuerto de Valencia el librero Javier Marichal; hordas de borrachos destruyeron las instalaciones de la librería Distribuidora Estudios.

>>Ver artículo completo. 300 comentarios.

Previously on La conspiración

San Juan, Puerto Rico. Inmanuel Barreto apareció cubierto de lluvia. Caminó hasta la barra y pidió ron. Estornudó tres veces; maldijo el incipiente resfriado. En su mano derecha sostenía un *pen drive*. De repente, sin saludar, sin chocar los vasos, contó la historia: «Hace cuatro meses, aproximadamente, Julien Alonso aceptó un empleo miserable en el Archivo General de la Nación». Ordené cerveza. Los dedos de Inma hacían bailar el *pen drive* sobre la barra. Silencio largo. Temblor en el párpado «¿Qué está pasando en Caracas, Inma? ¿Qué fue lo que Julien encontró?». Inmanuel engulló el trago. Perdido en el fondo del vaso, con leve carrasposo, dijo:

«Parece que Andrés Bello era senda loca».

HTTP:// (II)

RT@joseluisalcantara: Rodrigo Blanco Calderón, Héctor Torres y Salvador Fleján logran escapar desde Carenero. RT@ flora: estudiantes de Letras (UCV) detenidos en Caucaagua.

Hace cerca de dos horas vía ÜberTwitter.

Noticias24. 12:24 a.m. Pronunciamiento de la OEA, rueda de prensa de José Miguel Insulza: «La determinación del Gobierno de Venezuela de intervenir librerías y cerrar escuelas de Letras es una decisión soberana. Hemos evaluado la nueva política cultural del gobierno de Venezuela y no encontramos ningún tipo de violación o ataque ante la Carta Democrática Interamericana».

>>Ver artículo completo. 1.052 comentarios.

RT@vadierhernandez: militarizados Los Galpones de Los Chorros. Tomadas instalaciones de Kalathos.

Hace una hora vía TweetDeck.

RT@mariagonzalez: cerrados portales web Prodavinci y Ficción Breve. El ministro de Justicia afirmó que, por ahora, se mantendría abierta la página web ReLectura ya que nadie la lee; no representa una amenaza.

Hace cerca de tres horas vía ÜberTwitter.

RT@ninfanenufar: expropiada la cadena de Librerías Nacho. RT@queleer: capturado Luis Yslas en las adyacencias de la Embajada del Perú.

Hace cerca de cuatro horas vía TweetDeck.

Episodio 2

San Juan, Puerto Rico. Inmanuel: «La noticia fue un escándalo, destituyeron al ministro de Cultura. Poco a poco comenzó la intervención de las librerías y la vigilancia en las escuelas de Letras. La Escuela de Letras de la UCV fue militarizada hace más de quince días. Hay órdenes de captura para Carlos Sandoval, Gisela Kozak y Rodrigo Blanco. Los estudiantes de la Facultad de Humanidades, en conjunto, han sido descritos como criminales de lesa patria. Todos los días hay disturbios en la UCAB; los militares no han podido tomar las instalaciones porque los jesuitas de vieja guardia los enfrentaron en la puerta; dicen que el mismo Ugalde

le pegó candela a la pasarela. El Máster de Literatura de la Simón Bolívar también fue cerrado. Violeta Rojo fue señalada por algunos ministros como actriz intelectual de este complot histórico. Luego le tocó el turno a las librerías. La Tecniciencias del CCCT fue saqueada y a los dos días instalaron un Mercal; en la estantería donde colocaban los títulos de Alianza ahora hay salchichas vencidas y queso Palmizulia. También se emitieron órdenes de captura contra Marichal y Boersner; instigación a delinquir, algo así, es la definición de sus delitos. Finalmente, se emitió la orden de captura contra los escritores. Federico Vegas y Oscar Marcano pidieron asilo en la embajada de Costa Rica. Cilia Flores, en esperpéntica intervención, dijo —realmente gritó— que Krina Ber y Victoria De Stefano eran una vergüenza para el género y que debían ser sometidas al cadalso. Con mayoría de votos, en medio de una vulgar euforia, se aprobó la Nueva Ley de Cultura que implica la asimilación de todos los escritores a los intereses del Partido. Yo estuve presente cuando una comisión del Cicpc tomó las instalaciones del Trasnocho. ¡Maldita sea, Lauty, no te imaginas la impotencia, la arrechera, la mierda, coño! Primero atacaron Alejandría; luego tomaron Esperanto, los cines y después se cayeron a curda en El Buscón, se vomitaron en las mesas, en la noche llevaron unas putas. ¿Sabes el estante en el que tenían la colección completa de la Fundación para La Cultura Urbana? —afirmé sin decir nada, con gesto displicente—. Algún infeliz orinó toda esa mierda. Barrera Tyszka está desaparecido; Lucas García, preso; a Mario Morenza le dieron unos coñazos y se lo llevaron para Cotiza. Héctor Torres, por suerte, logró escapar. Cuentan que Fleján tenía una vieja lancha en Río Chico, por ahí sacó a toda la gente de El Buscón e, incluso, sacaron a Fedosy Santaella y a Barrera Linares. Todo egresado de Letras tiene prohibición de salida del país. Pude volar a San Juan con un pasaporte falso; yo, por fortuna, estudié Comunicación Social —silencio. Espera. Trago ardiente. Inma, entonces, alzó el deteriorado *pen drive*—. Todo está aquí, Lautaro. Esto fue lo que Julien Alonso logró sacar del Archivo General de la Nación, es la única copia. El original fue destruido. Esta es la razón por la que los poderosos han perdido la cabeza. Hay un terror esencial porque todo este asunto salga a la luz pública». «¿Qué es?», pregunté alzando los hombros. *To be continued.*

HTTP:// (III)

RT@relectura: el ministro de Educación Superior aprobó un decreto que obliga a la UCV a remover y expulsar a los librereros del pasillo de Derecho. Los librereros tienen 15 días para abandonar el recinto universitario.

Hace cerca de dos horas vía TweetDeck.

RT@raulito: No entiendo por qué Lippi no convocó a Totti. Forza Italia.

Hace cerca de una hora vía ÜberTwitter.

Episodio 3

«¿Qué es?», pregunté alzando los hombros. «Es la correspondencia erótica que mantuvieron Bolívar y Bello entre 1808 y 1812. El cuento es *heavy*; Bello era un bichito, la vaina en Inglaterra como que fue bastante *hardcore*. Estos documentos, aparentemente, fueron descubiertos por Tito Salas allá por el año veintitantos, cuando Gómez le encargó las pinturas para la casa del héroe. Tito Salas, consciente de la dimensión histórica de la correspondencia, los traspapeló en unos viejos archivos que tienen que ver con la fundación de Cantaura o El Tigre; una vaina que nunca leería nadie. Julien, por mala fortuna, tropezó con el epistolario. El hecho es que en estas malditas cartas se describe, con retórica clásica y referentes ilustrados, cómo Andrés Bello le reventaba el culo al adolescente Simón. El relato es bastante perverso; se percibe, sin embargo, el gesto clasicista, el adjetivo afrancesado. *Divino culo imberbe; tú, de mi soledad responsable; a consultar mis entrañas te convido, a quien la verde gruta di mi vara, a la espera de quebrar tu rústica esfínter, tiempo es que vuelvas a recitar mi abecedario con la garganta asida a mi mandioca nacarada*, y por ahí sigue. Julien logró sacar el texto original del Archivo pero, inmediatamente, entre el alto gobierno se corrió la voz de que si esa correspondencia se hacía pública, entonces todo el mundo sabría de buena fuente que el padre de la patria, el héroe, nuestro Dios, en el fondo, desde su más tierna infancia había sido un pobre maricón. Fue cuando los cubanos inventaron la teoría de la conspiración».

HTTP:// (IV)

RT@ficcionebreve: bandas de motorizados penetran en las instalaciones del Centro Plaza y destruyen la Librería Noctua. 24.000 títulos son quemados en la avenida Francisco de Miranda.

Hace cuatro horas vía ÜberTwitter.

Noticias24.5:30 p.m. Intervienen el Banco del Libro. Cerrada al público la Biblioteca Nacional.

>> Ver artículo completo. 1050 comentarios.

RT@jaragual: librería Las Novedades pasa a ser llamada Las Novedades Revolucionarias.

Hace cerca de una hora vía ÜberTwitter.

Episodio 4

Episodio prohibido. Una comisión de siglas impronunciables consideró que el

episodio 4 de *La conspiración* atentaba contra la integridad y los principios de la Fuerza Armada Nacional.

Resumen: Un oficial de rango medio contacta a Inmanuel Barreto y le propone un pequeño negocio: evidencia por libertad.

Episodio 5 (*Final Chapter*)

El capitán Pérez Ramírez fue ascendido a ministro de Cultura. Inma cerró la negociación. Paulatinamente, la ciudad volvió a la normalidad, normalidad con taras; con ajustes que, con el paso del tiempo, se convirtieron en costumbre. Las escuelas de Letras, según Decreto Oficial, reabrieron sus puertas. Tecniciencias, convertido en Mercal, pasó a formar parte de un insensible imaginario chistoso. El Trasncho cerró y nadie dijo nada. Las librerías únicamente podían funcionar con un permiso especial que debía tramitarse a través de un ministerio falso. Facebook y Twitter fueron limitados; era necesario solicitar un cupo en el Ministerio de Cultura y Tecnología para poder conectarse. Facebook, por ejemplo, fue habilitado de manera parcial, las personas sólo podrían tener acceso al programa Farmville; comentarios y enlaces fueron prohibidos. Prodavinci fue intervenida al igual que *Plátano Verde*, nadie protestó. La única marcha promovida por unos estudiantes de la Universidad de los Andes fue reprimida con ballenas y perdigones. Luego, en medio del barullo, comenzó el mundial de fútbol. Todo quedó en el olvido. La historia sobre la supuesta homosexualidad entre los fundadores de la nación se refirió en la prensa como un plan —modelado por la CIA, por supuesto— para desarticular la moral del pueblo. Inma fue testigo de cómo aquel *pen drive*, que había custodiado con tanto celo, fue destruido bajo las botas del capitán Pérez Ramírez. La negociación fue sencilla; el compromiso —si bien arriesgado— valió la pena: inmediata liberación de Julien Alonso Calo, Marlene Tavares y todos los estudiantes, profesores, libreros y escritores relacionados con el *affair Bello Queer*. Evidencia por libertad. Inmediatamente, se dio la orden de mudar el Archivo General de la Nación a Miraflores. El hallazgo de Julien hizo tomar conciencia sobre el miedo a la historia. Las librerías supervivientes comenzaron un álgido y necesario proceso de autocensura; las vidrieras sólo podían ostentar títulos rojos, escritores rojos y ediciones rojas; paredes rojas, horizontes rojos, escuelas rojas, ventanas rojas, *jeans* rojos, silencios rojos, boutiques rojas, inviernos rojos, afiches rojos, cuadernos rojos, miradas rojas, caballería roja, cristales rojos, historia roja, paciencia roja, impaciencia roja, furia roja, panaderías rojas, mierda roja, nostalgia roja, impotencia roja, ceguera roja, indolencia roja, bilis roja... Parsel, Dramamine, Buscapina y Clonazepam.

HTTP://(V)

RT@Ronaldo: ¡Brasil! ¡Brasil! ¡Brasil! ¡Brasil! ¡Brasil! Brasil somos todos. Brasil campeón.

Hace cerca de dos horas vía TweetDeck.

Chigüire bipolar / Entretenimiento: La escasez de librerías y espacios de difusión del saber en Venezuela generará tasas de analfabetismo e ignorancia inéditas en América Latina.

Comentarios: Anónimo dijo...@ Ja,ja,ja,ja,ja. Danielitabonita dijo...@ Ja, ja. Buenísimo. Chigüire eres lo máximo. Anónimo dijo...@

Muy bueno, Chigüi, qué gracioso. Pobres chaburros. Ja, ja, ja.

www.prodavinci.com: *No se puede acceder a esta página. La página ha caducado o ha sido cerrada. Inténtelo más tarde.*

www.ficcionbreve.com: *No se puede acceder a esta página. La página ha caducado o ha sido cerrada. Inténtelo más tarde.* www.relectura.org: *esperando... Inténtelo más tarde.*

Lautaro Sanz

✧ LECTORES DESTERRADOS

«*Lectores desterrados* fue mi primera colaboración para ReLectura. Esta primera columna, en el momento de su aparición, se tituló *Encuentro en la Plaza Mayor*. Lautaro Sanz, entonces, sólo era un pseudónimo. Este texto, en muchos sentidos, es diferente a las otras entregas de *Los desterrados*. Quise incluirlo en esta selección porque, a pesar de que se aleja de la estética lautaresca, representó un punto de partida, una relación profesional con el portal y la búsqueda de un estilo que, con el paso de los meses, cuajaría en las tribulaciones de Lauty».

E.S.R

Un hombre joven lee *La muerte de Carlos Gardel* (Lobo Antunes, 1994). Otro lector, constipado y afligido, desgasta sus ojos en una vieja edición de *Fiebre* (Otero Silva, 1939). Más allá, bajo la estatua del rey, una mujer de treinta y tantos desaparece en las páginas de la novela de Salman Rushdie, *Shalimar, el payaso* (2005).

La muerte de Carlos Gardel, edición de bolsillo, fue un regalo de la amante portuguesa. Escuchaban fados en un iPod. Ella, en castellano intuitivo, le pidió que le contara historias de su tierra. El lector —seductor lamentable— le había comentado que en Venezuela los portugueses tenían un estereotipo burlesco. Le habló de cachitos, de pastelitos de queso y cuarticos de chicha. «Si quieres conocer el sentimiento trágico portugués —dijo ella—, debes leer a Lobo Antunes». El idiota, usando la provocación como recurso, le preguntó la dirección de la carnicería Antunes, dijo que no la conocía. «Eres un imbécil», respondió ella mostrando su fastidio. Él apeló a lo de siempre, al chiste fácil: habló de conserjerías, del Central Madeirense. Se besaron sin ternura ni entusiasmo. Sus labios mezclaron sangre de encía con cerveza negra. «Extraño Lisboa. Últimamente me siento como un personaje de Lobo Antunes. En sus novelas, incluso, aparecen pendejos como tú». Volvió a besarla e ignoró el comentario. Días más tarde recordaría la sentencia.

El otrora gerente leía *Fiebre*. Encontró en la Cuesta del Moyano la edición de Seix Barral del año 75. La historia política y el fervor juvenil le aburrieron en exceso. Su interés se enfocó en el personaje de Cecilia. Ataque de tos. El aire frío le rajó la garganta. La Cecilia de Otero le recordaba a su propia Cecilia. La peripecia antigomecista de Vidal Rojas le provocaba una entusiasta sensación de derrota. «Ese país siempre fue una mierda, ya lo decía Díaz Rodríguez en *ídolos rotos* y eso era comenzando el siglo», retumbaba la voz desafinada del gordo Atilio. Atilio había sido maestro de escuela. En 2002, luego de dar saltos eufóricos sobre el techo de un

Toyota Corolla a las afueras de una embajada, abandonó el país. El gerente, durante mucho tiempo, permaneció en Caracas y presionado por otros comediantes improvisó el rol de activista político. Cecilia puso condiciones y plazos. La estabilidad del matrimonio fue el argumento de exilio. Durante dos meses sacó fotocopias en un locutorio. Luego —gracias a la recomendación de otro gerente desterrado— consiguió trabajo en una compañía que reparaba aires acondicionados. Cecilia lo abandonó tras una discusión insulsa. Andando por El Retiro consiguió el libro de Otero y decidió irse a leer a la plaza.

La mujer que lee *Shalimar, el payaso* no conoce Cachemira. Apenas, por intuición geográfica, sabe dónde queda la India. Compró la edición de Mondadori en una de las librerías de El Corte Inglés. La síntesis de la contraportada la sedujo: la historia de un asesino. Emigró con desarraigo militante. Se apropió —a conciencia— muletillas, laísmos y seseos. No hablaba de Caracas. Cuando, por azar, escuchaba el acento criollo aceleraba el paso. El tiempo, sin embargo, había cambiado su prepotencia. La historia contada por Rushdie fue un reflejo límpido e incómodo. Percibió su perfil en la silueta de Boonyi. Personaje y mujer compartían un Shalimar. Hacía más de un año que había iniciado una relación con el más bruto y holgazán de los castellanos. La convivencia sacó lo peor de cada uno. «No me dejes ahora o nunca te perdonaré, tendré mi venganza, te mataré y si tienes hijos de otro hombre los mataré también», dice Shalimar, el payaso, a su amada Boonyi. Se interesó por la novela de Rushdie el día que la amenazaron de muerte. Tuvo el deseo de huir a Cachemira. Sin embargo, intuía su destino en cada noticiero. Shalimar encontró a Boonyi y cumplió su palabra.

Un hombre joven lee *La muerte de Carlos Gardel* y siente vergüenza. Nunca antes había tropezado con personajes tan amargos. La desolación de los caracteres le hizo reflexionar sobre su estupidez. *Es la verdad, soy un pendejo*, se dijo con desidia. *Este portugués es el cronista del peor de los mundos posibles*. Pensó en la amante casual y paseó la vista por la plaza: hombres estatua, japoneses fotografiando cualquier cosa, un viejo con un ataque de tos que cierra un libro, un mendigo turista, una pareja que hace sebo con pasión y sin vergüenza, al fondo percibe a una mujer absorta en una novela. La distancia complica la lectura del título. *Algo por S*, logra discernir.

Otro lector, constipado y afligido, acerca sus ojos gastados a una vieja edición de *Fiebre*. Tras la lectura decide ir a emborracharse al bar de Atilio. Esa novela le recordó a Cecilia; la Cecilia de Caracas, la Caracas ochentera. Recordó el apartamento de Chacao, la mudanza a La Urbina, el trabajo en Corpoven. «Pendejadas —le dijo el gordo— los venezolanos sobrevaloramos las pendejadas. Esa novela que usted se leyó, mi doctor, es una mierda. Si se lee *La muerte de Honorio* verá que le cuentan lo mismo. Olvídese de Cecilia, olvídese de Caracas.

Deje de pensar que su vida cambiará el día que se caiga el gobierno». «Salud», dijo el gerente antes del ataque de hipo.

Una mujer de treinta y tantos desaparece en las páginas de una novela de Salman Rushdie. Aquella noche sintió curiosidad por el autor. Leyó biografías en Wikipedia y blogs de aficionados. Supo que Rushdie pertenecía a una importante generación de escritores ingleses. Amis, Barnes y McEwan fueron algunos de los apellidos que leyó en un portal llamado ReLectura donde algunos amigos escribían, eventualmente, dimes, diretes y crónicas de Caracas. Escuchó un ruido. Escuchó su nombre pronunciado con odio. Sintió un ardor frío en la espalda y, antes del fin, pensó en la trágica historia de *Shalimar, el payaso*.

✦ HA MUERTE DE LAUTARO

«Los escritores pueden engañarnos; pero sus personajes nunca mienten».

David Gates

I. Orígenes

Conocí a Lautaro en la primavera de 1995; en los pasillos desahuciados del Instituto de Formación Cinematográfica Cotrain. La invención de Lautaro Sanz ocurrió algunos días después.

Mi primera novela se llamó *Candiles de aceite*. La redacción de *Candiles* ocupó los últimos años del bachillerato. No sé dónde quedó aquel borrador. Rubén Fariñas, mi mejor amigo de entonces, fue uno de los pocos lectores que tuvo aquella historia mal escrita, redundante, cursi. Marlene Tavares y Julien Calo —voces secundarias de *Los desterrados*— surgieron como idea en el boceto de *Candiles*. Samuel Lauro, antihéroe citado en *Blue Label / Etiqueta azul*, fue otro de los personajes cuya primera referencia aparecía esbozada en ese proyecto.

La melomanía es una enfermedad, una afable tara que no he logrado desligar del oficio. Todo acto de escritura exige una banda sonora, un *score*. El título tentativo de mi primera novela, escrita en cuarto año de bachillerato, fue tomado de una canción de El último de la fila, *Sin llaves*. En 1994, las letras de El último de la fila me parecían un ejercicio de rigurosa disciplina filosófica. Las composiciones de Manolo García y Quimi Portet poseían, para mi limitado criterio, una clave ontológica. Los versos de *Sin llaves*, en su estrofa final, dicen: *Despliego mis velas que hay que partir / ahora canta el jilguero junto al rosal / El alma remonta, quiere volar / hoy es un gavilán en celo, / candiles de aceite habrá que encender, / pintores holandeses mis manos mancharán. Y luego, antes del cierre, reitera: Y en este altar antiguo que levanté / a lo alto de mis horas quiero subir / como polen nuevo me quiero esparcir / en total abandono, / candiles de aceite habrá que encender / sin llaves a las puertas del instante estoy*. Tenía diecisiete años y pensaba que Manolo García era Goethe; Quimi Portet, Rilke y Los enanitos verdes —junto a los Cadillacs y Los Pericos— una versión transgresora del *Sturm und drang*.

Escribí las primeras líneas inspirado por la canción. Mi primera novela contaba la historia de un grupo de amigos intensos, unos carajitos —emos noventeros— que, a la manera de *La Sociedad de los Poetas Muertos*, se reunían a leer vainas que no entendían y a las que atribuían significados cabalísticos. *Candiles* no tenía argumento. Muchos años después, cuando en el máster de la Universidad Complutense leí por imposición académica el *Enrique de Ofterding* de Novalis,

recordé el temario de mi novela mediocre: el viaje iniciático, la búsqueda de la verdad, la flor azul, el origen del mundo. Los protagonistas de *Candiles* eran Lisandro Goa (desaparecido); Julien Calo (*Desterrado*), Samuel Lauro (*Blue Label*), Marlene Tavares (*Desterrada*) y un extraño personaje sin nombre; el único con el que me atrevía a romper los esquemas prefabricados de mi limitada cultura libresca, cinematográfica y telenoveler. No tenía nombre porque no me gustaba ningún nombre, ninguno se le parecía. En los primeros borradores lo identifiqué con la letra X.

Nunca terminé de escribir la primera versión de *Candiles de aceite*. El bachillerato quedó atrás. Cuando, antes de entrar a la Escuela de Filosofía de la UCV, obtuve una beca para estudiar un semestre de cine en Cotrain, decidí retomar el argumento.

Releí la historia. Me pareció horrible; sin embargo, me gustó mucho X. Entre todo un enjambre de estereotipos y caracteres planos, X estaba vivo. Los otros personajes eran proyecciones de mi temperamento, de mi timidez, de mis complejos, de mis búsquedas iniciáticas, pero X era él; era el único que tenía algo que decir y que decirme. En vano busqué un nombre, ninguno le calzaba.

Sólo lo vi una vez, no sé si era un fantasma o un estudiante de otro curso; el encuentro ocurrió en los pasillos de Cotrain. Me dedicaba a perder el tiempo observando la lluvia, pensaba las sanas estupideces que se piensan a los diecisiete años —cuando la estupidez y la inocencia son cualidades legítimas—. Me lo encontré de frente: era un tipo flaco, con una camisa negra, de Anthrax, AC/DC o cualquier grupo raro de *heavy metal*. Tenía el cabello negro, largo, enrulado, sucio; tenía caspa y restos de pelusas. En la cintura le colgaba un *Walkman*. Tenía unos audífonos noventeros, aquellos que se unían por un puente de plástico. Un cable doble, atado con dos vueltas de *celotec*, se conectaba en el aparato. La estridencia se escuchaba a lo largo del pasillo. Lautaro —así se llamaba— tocaba una batería imaginaria. Alzaba las manos y golpeaba el aire. Por momentos, levantaba el pie izquierdo y pisaba el pedal invisible. *Coño, este es X*, me dije. *Es igualito. Tengo más de dos años buscando a este carajo*. Las baquetas ficticias espantaban a los zancudos.

«¡Lautaro!», gritó alguien desde el fondo. «¡Lautaro!», repitió. El baterista no escuchó el llamado. La muchacha, una gordita roquera, atravesó el pasillo; se paró a su lado y le quitó el audífono. «Lautaro, coño, ven acá», le dijo. Lo tomó por la muñeca y lo arrastró hasta el salón de clases. Nunca más volví a verlo. Revisé el borrador de *Candiles*; X se convirtió en Lautaro. La historia, ahora que el personaje tenía rostro, cobraba nuevas proporciones. Inicié la reescritura del texto. Más adelante, me di cuenta de que necesitaba un apellido. Me molestaba el perfil popular del nombre de mi casa: Sánchez. No, me dije. Pérez, González, Rodríguez... Lautaro

no podía ser tan convencional. Necesitaba, sin embargo, proyectarle parte de mi identidad. Algún día, durante un insomnio ocioso, suprimí la "che", quedó el Sanz... Lautaro Sanz, me dije, está bien. En esa oportunidad, tampoco terminé los *Candiles*. Años después, estudiando en la UCAB, escribí un pervertido *remake*, una vulgar historia que espero que haya desaparecido. Lautaro, desde entonces, se convirtió en pseudónimo; en el perdedor de todos los concursos literarios. Hasta el día de hoy, más allá de un efímero concurso de prensa deportiva, Lautaro no ha ganado nada; es un perdedor nato. El pseudónimo que acompañó el manuscrito de *Blue Label / Etiqueta Azul* fue Inmanuel. Lautaro, por su parte, firmó el borrador de *Transilvania, unplugged*. Cuando, en enero de 2008, conversé con Luis Yslas sobre la posibilidad de redactar una columna para el portal ReLectura, le dije que, en principio, tenía una idea interesante para el narrador.

II. Apocalipsis ahora

En enero de 2011 le expresé a Luis Yslas y a Rodrigo Blanco Calderón mi decisión de interrumpir las entregas esporádicas de Lautaro Sanz para el portal ReLectura. La muerte de Lautaro, que en principio iba a ser narrada por él, sería el último texto de *Los desterrados*. Proyectos, compromisos, diligencias, imposibilidades, ciclos; varios argumentos respaldaron la renuncia. En diciembre tracé un borrador de *La muerte de Lautaro* pero, no sé por qué razón, la historia no me convenció.

Lautaro, para entonces, estaba venido a menos, sin perspectivas, desorientado, adicto, aficionado a la reflexión inútil, a la soledad, a las compañías prepagadas, a las calles inhóspitas del mundo. «Ser venezolano y creer en Dios es una paradoja, ¿no le parece, profesor Sanz?», le diría un viejo alumno en un bar de la calle Arenal. La última columna de Lautaro se desarrollaría en un contexto de holocausto, en un precedente del apocalipsis. Estas fueron algunas de las notas que encontré en su cuaderno: «Cuadrillas de Cascos Azules desembarcaron en Puerto Cabello. Médicos sin Fronteras envió helicópteros con víveres a las ciudades en ruinas. CNN Plus, en reportaje inédito, fue el primero en mostrar imágenes aéreas: la torre Británica partida por la mitad; el segundo piso de la autopista flotando sobre el Guaire; la UCV en llamas; la pared norte del Teresa Carreño atravesada por un obús». «Sucedió antes de la guerra civil...», esa sería la frase inicial. Lautaro haría un recorrido por distintas colonias de desterrados, buscaría noticias, se entrevistaría con blogueros radicados en lugares inverosímiles, recogería testimonios de familiares mortificados. La desesperación, genuina en muchos exiliados, se agudizaría con la sucesión de noticias, con el bloqueo de Internet, con el amarillismo de los foros. Otros apuntes: «*El Washington Post* habla de una fuga de uranio en los llanos

centrales, la fotografía satelital muestra un hongo rojizo en las cercanías de San Juan de los Morros. Imágenes de Facebook, en baja resolución, dejan ver los restos calcinados del complejo petrolífero Antonio José de Sucre». «Ocurrió antes de la guerra civil...», reincidía el primer párrafo.

Marlene habló, eso fue lo que ocurrió antes del desastre; le contó a Julien los sucesos descritos en el texto *Sobre la infelicidad*. La amante de Lautaro, en un momento de furia, expuso su traición. Tras el escándalo, Inma le dijo algunos detalles a Lautaro: Julien se volvió loco, amenazó con matarla; aparentemente, un héroe vecinal impidió que Marlene muriera por asfixia. Julien desapareció. Dos semanas después comenzó el conflicto, los aviones sobrevolaron Maracaibo, las bombas destrozaron el puente; las primeras matanzas ocurrieron en Cabimas. Se supone que Lautaro reflexionaría sobre estos asuntos, confrontaría sus dudas con los testimonios de otros desterrados... Pero no sé, no pude hacerlo; no supe hacerlo, impotencia escrituraria, los dedos sobre el teclado no lograban moverse. Tenía la impresión de que, de alguna forma, Lautaro no tenía nada que decir.

III. El último encuentro

Lautaro Sanz sintió una profunda decepción cuando, días antes de la guerra civil, encontró a un ex alumno en la Puerta del Sol, en Madrid. En los apuntes que logré salvar de su cuaderno dice: «Federico Rojas había sido el ídolo de sucesivas generaciones académicas; era un *crack*, un estudiante ejemplar e inédito; si mal no recuerdo, se graduó en el año 2005. Lo último que supe de él fue que, tras recibir el título de Economista en la Universidad Metropolitana, obtuvo una beca de maestría en algún lugar de los Estados Unidos». Lautaro lo vio en la esquina, frente a El Corte Inglés, amarillo; con la cabeza del oso más idiota del mundo sirviéndole de máscara, se hacía una foto con una pareja de japoneses. Lo reconoció cuando se quitó parte del disfraz. Federico Rojas estaba disfrazado de Winnie Pooh. *Increíble*, se dijo Lauty. Durante semanas, Lautaro le siguió la pista. Federico se pasaba el día vestido de payaso, haciéndose fotos con niños, entreteniéndolos a turistas orientales. Las noticias sobre la guerra, filtradas por los medios, envolvían el espíritu de Lautaro en una densa melancolía. Todos sus amigos estaban desaparecidos. Era imposible establecer cualquier tipo de comunicación con Venezuela. Él seguía enamorado de Marlene; trataba de negarlo, fingía ignorarla. Su posible desaparición en medio del desastre le llenaba el corazón de terrores infantiles, de oraciones proscritas. También sentía pesar por Julien, por Inma. *Maldita guerra, maldito país*, se dijo. La BBC expuso entrevistas en contrapunto: caso venezolano. Los bandos en conflicto se adjudicaban la razón, ambos reconocían la inminencia del triunfo. Los voceros, manchados de sangre y portando armamentos ridículos, decían hablar en nombre de la libertad, la democracia y del supuesto bravo pueblo.

Una noche cualquiera, tras ver un documental en Antena 3 sobre la situación en Caracas, Lautaro decidió confrontar a su ex alumno. Se vieron en un bar de la calle Arenal. Él seguía disfrazado de Winnie Pooh, tenía la máscara colgando del brazo. «¿Qué coño haces tú aquí? ¿Por qué?» No logré darle forma estilística a las preguntas de Lautaro; se supone que debía hacerlo entrar en razón, pedirle explicaciones; preguntarle lo que había ocurrido. «Ser venezolano y creer en Dios es una paradoja, ¿no le parece, profesor Sanz?», respondió Federico, fue lo primero que le dijo.

Lautaro regresó a su casa afectado por la historia del muchacho, entumecido, sin ganas de volver a escribir, sin ganas de viajar, con la voluntad indeclinable del suicida. «Profesor, ¿usted ha cometido errores?», fue una de las tantas preguntas que hizo Federico. En vano, trató de decirle que no le dijera profesor. Lautaro sentía vergüenza de que alguien lo tratara con respeto.

IV. Lo que contó Federico

El día que se graduó de economista Federico Rojas salió a celebrar con sus amigos. Compró un pote de *griffin*, escribió *Me gradué* en el vidrio de su carro y se fue a dar vueltas por la ciudad. «Sí, lo sé, es una estupidez, no sé por qué lo hice; supongo que la idiotez se contagia. Estábamos todos rascaos, felices, se suponía que en menos de dos meses comenzaría mi beca en Chicago. Estábamos dando vueltas como unos pendejos, tocando corneta por Los Palos Grandes, La Castellana. ¡Qué güevón! ¿Verdad? No he dejado de repetírmelo, de preguntarme qué coño hacía yo ahí, de por qué... ¿Usted quiere saber qué hago yo en esta plaza? ¿Por qué me visto de payaso? ¿Por qué rechacé la beca? No lo sé, creo que es mi manera de entender la justicia, este es mi castigo, es mi humillación. Profesor, ¿alguna vez, usted ha sentido miedo?»

Lautaro no respondió. Federico continuó su relato: «Supongo que tuve miedo, supongo que tengo miedo. No supe qué hacer —le temblaban las manos—. Yo no lo vi, Lautaro, no lo vi. Te lo juro que no lo vi. En alguna curva, arriba, casi llegando a la Cota Mil, atropellé a un carajito; me lo llevé por delante, lo maté. —Se tragó la cerveza—. Y me fui, me cagué y me fui. Todos mis panas se despertaron con el coñazo. Ellos estaban más cagaos que yo, decían que nos iban a meter presos, que teníamos que ponernos de acuerdo, inventar una historia, callarnos la boca. Aquella madrugada ninguno durmió. Al día siguiente leí la noticia en *El Nacional*. José Manuel —así se llamaba— estaba jugando con su perro, tenía diez años. El periódico decía que el culpable, cuyo vehículo no había sido identificado, se dio a la fuga. Los panas, poco a poco, incluida Fabiola, mi novia, comenzaron a botarme el culo. Todos ellos tenían cupos en universidades extranjeras, becas, maestrías,

especializaciones, doctorados. Muchos se fueron antes de tiempo, no volvieron a hablarme. ¿Alguna vez has tenido insomnio? ¿Sabes lo difícil que es no poder dormir porque tienes la conciencia llena de mierda? Yo pensé en entregarme, Lautaro. Te lo digo en serio; yo no sé vivir desde que maté a ese chamo, sé que soy culpable, me siento como una basura. He tratado de suicidarme como cuatro veces pero no sé hacerlo, ahora sé que para meterse un tiro hacen falta muchas bolas. No sé quién inventó el mito de que los suicidas son unos cobardes. Yo a esos carajos los admiro. Fabiola me mandó a la mierda; a estos pendejos les perdí la pista, la vaina se les olvidó, se la pasan comentando estupideces en Facebook, contando los felices que son, mostrando las fotos de sus viajes. Un día fui hasta un módulo de Polibaruta —silencio largo—. Me cagué, me quedé clavado en las escaleras como un pendejo. Tenía miedo. Todo el mundo dice que las cárceles venezolanas son el infierno... Me dio mucho miedo, yo...Yo iba *rascao*, Lautaro, muy *rascao*, con los papeles vencidos; yo nunca había manejado de noche, tú sabes que yo siempre fui un *güevón*, un bicho de mi casa. A mí nunca me había pasado nada, nunca pensé que yo podía ser el culpable, el otro, el maldito. Asumí mi condición de cobarde; renuncié a la beca. Tengo un primo en Pamplona, dije en mi casa que vendría a visitarlo. Los viejos me pagaron el pasaje. Llegué hace cinco meses, ya perdí la visa, ahora soy ilegal. Tomé una decisión, Lautaro. Hice justicia. Me miré al espejo y decidí condenarme, frustrar todo lo que quería, todo aquello con lo que había soñado alguna vez, me sentencié a la eterna mediocridad. Hablé con un pana, no es un pana, es un bicho que conocía desde el colegio, un carajo que vende monte por Alcalá de Henares, un malandro. Él me puso en contacto con el búlgaro que coordina todas estas pendejadas: los hombres estatua, los cantos de gitanos, los muñecos. Me mostraron una serie de disfraces. Elegí Winnie Pooh porque siempre le tuve arrechera, porque me parecía una comiquita mala y aburrida, porque no me gustan los osos; era la mejor manera de cerrar mi degradación, mi cadena perpetua. Todos los días pienso en José Manuel, sigo sin saber vivir pero ahora, por lo menos, puedo dormir. Este disfraz es y será mi cárcel. A lo mejor un día de estos tenga valor para... Nada, Lautaro, nada».

Ese fue el último encuentro de Lautaro, su última peripecia como *desterrado*.

V. Agradecimientos... La posible muerte de Lautaro

Agradezco a los lectores de *Los desterrados* por su leal seguimiento a la columna. Lautaro está cansado, ahora debe descansar. «Gracias», escribe en la última página de su cuaderno... A Yslas y a Blanco Calderón por la oportunidad; por ReLectura, por tantos asuntos. A Beatriz y a Cecilia porque sin ellas, *Los desterrados* sería un producto incompleto, mal hecho. Supongo que Lautaro morirá de viejo... Por ahora lo abandono... Se lo regalo a la letra impresa.

El día del encuentro con Federico, Lautaro regresó a su casa; en las escaleras del edificio tropezó con una sombra. «¡Lauty!», escuchó. Julien Alonso salió de la nada, tenía los ojos rojos, la cabeza llena de baba. Nunca supo si estaba drogado o, simplemente, loco. «Epa, Jul. Lograste salir, me alegro», dijo tranquilo. Metió la llave en la reja. «¿Es verdad?», preguntó Julien. «¿Es verdad qué?» «¿Qué coño pasó contigo y con Marlene? ¿Te la cogiste?», gritó como un enfermo. Lautaro no vio el arma, sólo distinguió un haz de luz, un reflejo. «¡Dime, coño!», volvió a gritar el alienado. «¿Qué es lo que quieres saber? Olvídalo, sí. Cálmate». «Lautaro, dime la verdad, ¿tuviste una vaina con Marlene?» Lautaro abrió la puerta, no tuvo tiempo de entrar. Habló sin mirarlo a la cara. «Sí, Julien, qué carajo. Lo lamento, qué quieres que te diga, ya pasó. Pasó y...» Escuchó el disparo; vio el destello entre las sombras. El dolor vino más tarde. Sintió calor en el estómago, las manos se le llenaron de sangre. Trató de caminar pero el cuerpo no le respondía. Se escuchó otro disparo. El cuerpo de Julien Alonso, con un agujero en la sien, se desplomó por las escaleras. Lautaro comenzó a salivar sangre. Trató de buscar el celular en el bolsillo pero sus manos no le hacían caso. Cerró los ojos...

No sé si, años más tarde, se despierte en un hospital. Me gustaría despertarlo cuando haya terminado la guerra.

✦ DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL PREMIO IBEROAMERICANO DE LITERATURA ARTURO USLAR PIETRI

«En esta oportunidad, cedo mi espacio».

Lautaro Sanz

Asuntos urgentes demandan nuestra reflexión. En esta oportunidad, no me pronunciaré en torno a los posibles méritos o deficiencias de una novela llamada *Blue Label / Etiqueta Azul*. El difícil arte que supone hablar de sí mismo exige un sentido de la humildad, la economía de medios y la autocrítica que, en ocasiones, dada la ambigüedad de las actitudes humanas, suele confundirse con la prepotencia. Si Arturo Uslar Pietri, con fina ironía, declinó hablar de *Las lanzas coloradas* en el ensayo *Hombres y letras de Venezuela* no pretendo refutar esa lección. En esta ceremonia, podría improvisar una sugerente reflexión sobre los motivos, complejos, pesquisas e intuiciones que, actualmente, configuran la escritura en América; podría, en ejercicio lúdico, ofrecer un desmontaje pseudoerudito del canon de nuestra historia literaria; podría imitar los ejemplos de Roberto Bolaño, Vila-Matas o Vallejo y, alternativamente, exponer transgresiones sagaces, ironías metaliterarias o invectivas tremendistas. Los últimos sucesos, sin embargo, me obligan a utilizar la literatura como mero contexto. Hoy debo hablar de otros asuntos. La revisión fragmentaria de los ensayos de Arturo Uslar Pietri permite apreciar, a primera vista, los avatares de una obsesión; obsesión que ha sido el epicentro de recientes insomnios, monólogos inconclusos, refutaciones silentes y paradigmas revocados. En esta oportunidad, sin falsos entusiasmos ni militancia maniquea, pretendo ofrecer algunas consideraciones en relación con la más aguda de todas las mortificaciones de Arturo Uslar Pietri: hoy, debo hablar de Venezuela. Desde las limitaciones del ingenio, utilizaré este espacio para improvisar un *Pizarrón*.

Hablar de Venezuela es un ejercicio complicado. Nuestra idiosincrasia está ensamblada sobre una frágil estructura de prejuicios, de mitos de creación, resentimientos fundacionales e hipersensibles narcisismos que, en la mayoría de los casos, distorsionan el sentido de la reflexión y la intención. La autocrítica, en distintos contextos, se percibe como ofensa. La naturaleza y el pasado legendario suelen ser los argumentos sobre los cuales fundamos nuestra epopeya. La condición humana, sin embargo, se pierde de vista, se esquivo, se parodia. Si bien la crisis de hombres ha sido una constante discursiva en la ensayística venezolana, aún, públicamente, resulta espinoso reconocer nuestra cultura imperfecta. El fracaso

social sigue siendo un tabú. Cecilio Acosta, Briceño Iragorry, Picón Salas y, en ocasiones, el propio Uslar son pensadores antipáticos, incómodos; su transgresora lucidez atenta contra nuestra irrefutable cultura de la grandeza.

Pasados diez años del siglo XXI, dejando de lado esencialismos románticos, hemos de reconocer la contundencia de la derrota. Venezuela, hoy día, es una hipótesis no resuelta. El presente, en sus múltiples facetas, es un indicio claro de que no sabemos vivir en sociedad. La tradición, de alguna forma, ha naturalizado la violencia; sin darnos cuenta nos acostumbramos a la discutible dignidad del insulto y al conformismo mediocre. Esta situación ha dado lugar a que las nuevas generaciones sean herederas de una idiosincrasia falsa, de una virtud supuesta. Solemos definirnos, públicamente, como un pueblo alegre; esta alegría espontánea, esta integridad del ser dicharachero nos ha permitido configurar una especie de humorismo trágico, de carcajada nerviosa. Quizás, como salubre ejercicio de madurez y catarsis, sea necesario reconocer que nuestro verdadero patrimonio es el de la tristeza; una tristeza que se funda en la imposibilidad del diálogo, en el elogio permanente de la burla, en el miedo a los otros, la espontánea desconfianza y la feliz ignorancia que ha dado lugar a aquello que, con orgullo impostado, hemos definido como *viveza*; dudoso atributo que, en el fondo, no es otra cosa que la lenta agonía de nuestra eticidad.

La cultura política ha convertido el siglo XIX en una ética. La escuela nos enseña que el pasado es algo así como un destino manifiesto; que el retroceso, desde cierto punto de vista, es una forma de avance. El ideario decimonónico ha sido una invasiva referencia de excelencia, de verdad incuestionable, de teología pagana. Intuyo que nuestro estancamiento sociocultural está en clara relación con la dependencia enfermiza de ese imaginario mundano. A este respecto, con las manos atadas en el paradigma romántico descrito con lucidez por Luis Castro Leiva, me gustaría presentar a la juventud venezolana una modesta propuesta: *convertir el siglo XIX en documento*. Nuestro mundo es otro, las formas de lo real han cambiado de manera rotunda. Lo diré sin ambages ni eufemismos: la pretensión de ser bolivariano en nuestros días, además de un vago anacronismo, es una ingenuidad; ingenuidad condicionada por el peso inevitable del tiempo, por el orden del mundo, por la relación frenética e incomprensible entre el desarrollo tecnológico, los modos de la rutina y los complejos escenarios de lo contemporáneo. Si bien, en su contexto, reconozco el valor, la belleza, la originalidad y la necesidad histórica de plantear esas inquietudes, afirmo, con profunda responsabilidad, que los intereses de la Venezuela contemporánea no aparecen descritos en la *Carta de Jamaica*.

Esa historia política, contemplativa y acrítica, ha sido la responsable de la vulgarización de las palabras. Una revisión superficial de los manuales de Historia de Venezuela nos habla, por ejemplo, del deterioro conceptual de la palabra

revolución. Desde 1830 hasta nuestros días asistimos a una especie de Rock en Río o concierto popular de revoluciones: azules, amarillas, libertadoras, restauradoras, rojas, de abril, de octubre, de reformas y un largo etcétera de inabarcables vergüenzas. A este respecto, con súbita intuición, Ramón Díaz Sánchez expresó en su olvidado e inolvidable ensayo sobre Antonio Leocadio Guzmán que los venezolanos, por *revolución*, entienden cualquier impulso animal de rebeldía, subversión o atropello brutal de la ley. Hoy, en 2010, creo que es legítimo tomar posición ante este descolorido sustantivo. Yo no creo en revoluciones; sí creo, por otro lado, en la necesidad de una profunda revisión, de un examen de conciencia común —una especie de psicoanálisis social— en el que podamos confrontar los orígenes del conflicto y tratar de justificar nuestra sucesiva incapacidad para constituirnos como un colectivo si no armónico, al menos tolerante y sostenible. Insisto, aun corriendo el riesgo de la redundancia, en el hecho de que debemos adaptarnos a la cronología. La historia es sólo historia, experiencia, teoría, referente, acopio cultural, enseñanza y estímulo, pero es necesario entender que el presente y el futuro son categorías distintas. A pesar del auge tecnológico, del *iPad* y la dependencia enfermiza del *BlackBerry*, seguimos siendo una sociedad feudal y mitológica. La escuela venezolana sigue contando nuestro pasado a través del esquema de los grandes relatos, historias que complacen, de la manera más superficial, el fanatismo de la pertenencia pero que, con el paso del tiempo, y quizás por el abuso del discurso político, han dejado de constituir un arraigo. La cultura del mito trasciende la cuestión decimonónica; una sucesiva estructura de mitos modernos ha pasado a ser la marca referencial de nuestra historia contemporánea. Miguel Otero Silva, a este respecto, subrayó con furia en un prólogo posterior a la publicación de *Fiebre* las posibles perversiones que podían suceder tras la mitificación de la llamada *Generación del 28*; aquella reflexión, como el *Mensaje sin destino* de Briceño Iragorry, se perdió en el tiempo. La disciplina histórica, en este contexto, colapsa. De manera binaria encontramos, permanentemente, la vulgarización de la memoria: 18 de octubre de 1945, mito, de nuevo la palabra *revolución*; la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, mito, relato preciosista sobre la magnificencia de la infraestructura y el orden; luego, entre distintas escaramuzas, se conformó una burda mitificación del afán libertario de los años sesenta, la guerrilla, la capucha, el terrorismo ingenuo y la transgresión banal se constituyeron en nuestro imaginario como un referente de lucha, de libertad posible. La historia, en este ir y venir de epopeyas de serie B, no deja de ser una nota al margen; la experiencia, las vivencias, aparentemente, no importan.

A pesar del entorno hostil, a pesar del rencor institucionalizado, he logrado aprehender la posibilidad de una esperanza; esperanza real, ajena al universo pueril de las buenas intenciones y el optimismo fatuo. Distintas experiencias me han hecho

apostar por la idea de futuro. Durante tres años tuve la oportunidad de trabajar como docente en el difícil marco de la Educación Media caraqueña. Aquella fue una elección personal que, más allá de la pírrica remuneración, me trajo satisfacciones inmensas. Esa elección fue censurada por muchos compañeros de profesión, licenciados en disciplinas humanísticas. Con ese tipo de sarcasmo cruel y fascinante con el que letrados y filósofos empapan sus mundos, muchas veces fui interpelado por la supuesta vulgaridad de mi oficio. Para muchos de mis compañeros, yo no era más que *el pobre pana que sólo quedó para dar clases en bachillerato*, aquel cuyas aspiraciones —al aceptar el innoble ejercicio de la docencia— parecían estancarse, conformarse con el escándalo infantil e insignificante de un aula de clase. Nunca di respuestas a estos señalamientos; mi temperamento siempre evitó el tener que justificar algo que, entonces, no sabía expresar con palabras. En esta oportunidad, respaldado por el perfil pedagógico de Uslar, creo que podría intentar responder a esas denuncias y, al mismo tiempo, justificar mi credo por la idea de futuro. Tal vez parezca cursi o romántico pero entiendo que, hoy día, la cuestión de la enseñanza no es más que un ejercicio de miradas. Sé que los jóvenes de la Venezuela del siglo XXI sólo necesitan que alguien se tome la molestia de verlos a los ojos y entender la infinita sucesión de paradojas que se confrontan en la adolescencia. En las miradas de los estudiantes con los que tuve la oportunidad de trabajar vi algo que, por lo general, echo de menos en los rostros de mi generación; algo sencillo, algo simple, algo que nuestra tradición de fracasos e improvisaciones ha convertido en anécdota chistosa, algo que la ignorancia denuncia y que por una especie de determinismo social o mecanismo de defensa, pareciera sano excluir. En aquellos ojos había, simplemente, sueños. Y educar, a mi humilde criterio, no es más que saber canalizar e interpretar las posibilidades de esos sueños. *A mitad del camino de la vida*, ausente y extraviado en mi selva particular aún desconozco la mayoría de las cosas del mundo. A veces, cuando la realidad ofrece su rostro más visceral, cuando la muerte y la miseria imponen su criterio, dudo de la existencia de Dios, otras veces cuestiono su bondad. Mi realidad se sostiene sobre una infinita sucesión de dudas, contradicciones y dos o tres certezas. Una de esas certezas se funda en la necesidad de reforzar y constituir el valor humano y trascendental de la enseñanza.

Hablar de optimismo en Venezuela puede resultar un ejercicio vano. El verbo soñar, incluso, inscrito en una larga tradición de descreimiento y parodia, podría dar a mis palabras lecturas sensibleras o asimilar esta ponencia a eslóganes de religiones postmodernas, inspiradas en una especie de paganismo mercantil. Sé que las nuevas generaciones, aquellas que heredarán el descalabro del presente, sólo necesitan inspiración, algo en qué creer, algo que se parezca a lo que aspiran, a lo que el mundo real les exige en lugar de la fábula festiva de los héroes amistosos que de mutuo acuerdo fundaron, a la manera de los mundos de Leibniz, el mejor de los

países posibles.

Resulta vergonzoso apreciar cómo, a lo largo del siglo XX, los líderes políticos utilizaron a conveniencia el recurso retórico de la patria. Desde esta tribuna, sin tener inferencias precisas, me pregunto: ¿Qué es la patria? ¿Qué significa, en el siglo XXI, esa noción abstracta y alienante? Mis convicciones vacilan a este respecto. Intuyo, sin embargo, que si tuviera que elegir entre la prostituida espada de un héroe viejo y una visión de país constituida por el bienestar de sus gentes, la calidad de vida o la utópica perspectiva de un fin de semana sin asesinatos inútiles, no tendría mucho qué discernir. Las espadas, a fin de cuentas, no son más que piezas de museo, objetos de un siglo que caducó. Creo con firmeza que este país sólo tendrá un desarrollo posible cuando logremos arrancar de nuestro imaginario toda esa retórica baldía de bayonetas, caballos moribundos y escaramuzas devenidas en épica. Entiendo que, a la luz del paradigma oficial, hacer patria supone expresar una sentida indignación porque la armada invencible de una potencia extranjera utilice los puertos de Curazao para repostar combustible. Probablemente, el hacer patria exige gritar injurias o fingir agravios ante el mundo por la noticia de que un avión invisible sobrevoló el espacio aéreo de San Antonio del Táchira. O, quizás, esa idea de patria exija aplaudir la compra desmedida de armamento a las antiguas repúblicas soviéticas que, procurándose un futuro más o menos digno, buscan en el mercado internacional obtener un beneficio rentable de su chatarra. Si eso es hacer patria, entonces manifiesto mi desinterés y, de ser necesario, mi renuncia. Antes que esa visión vulgar y rastrera del arraigo me conformo con hacer literatura y, protegido por la dignidad de las aulas, desarmado, asistido únicamente por la voluntad y el valor del estudio, empeñarme en decirle a un grupo de adolescentes que someter a crítica la memoria histórica de un país es el deber natural de toda generación que aspire a la excelencia; sugerirles que la vida sólo vale la pena ser vivida si se tiene un mínimo sentido del significado del respeto, la paz y aquello que otras culturas entienden por la palabra libertad.

A mediados del siglo pasado, Miguel Ángel Asturias inició un fascinante ciclo que la crítica literaria ha definido como *novelas de dictadores*. También Arturo Uslar Pietri, con su *Oficio de difuntos*, tomó posición en torno al relato de las sistemáticas violaciones de los derechos humanos llevadas a cabo por regímenes de fuerza. Las dictaduras, por fortuna, son parte del pasado de América. Existe una excepción insular, es cierto, excepción que de manera curiosa es el modelo político de ciertos gobiernos. Hoy día, valdría la pena plantear a los creadores de ficciones, artistas plásticos, músicos y demás ingenieros del espíritu, la posibilidad de constituir el ciclo narrativo de las democracias artificiales. Aquellas que, tras una vulgarización y vigilancia opresiva del voto, propugnan ideologías sin ideas, socialismos asociales e inventan banales efemérides con el fin de promover

conflictos innecesarios y hacer apología de la guerra. La persistencia del discurso político por avanzar hacia el pasado produce insoportables alergias. Asombra contemplar cómo la década perdida, aquella que se inició con la tragedia de La Guaira, ha representado el retorno a epidemias de paludismo, malaria y mal de Chagas; a la paulatina desaparición del agua potable y la luz eléctrica; a la reivindicación del trueque y la indolencia creciente ante al bandolerismo de nuestras autopistas, convertidas en caminos de tierra.

Hoy, a través de este reconocimiento, quisiera tomar posición a favor del futuro. Creo firmemente en el poder de las palabras. Tengo la convicción de que la literatura es inmune a la censura y al agravio, al grito feraz del ignorante. El poder, el pobre poder, podrá utilizar sus ministerios para amedrentar al pensamiento libre; se podrán cerrar medios de comunicación e intimidar la voluntad de hombres y mujeres con fusiles y ballenas pero, difícilmente, pueda constituirse algún decreto que silencie el empeño de la voluntad, la promiscuidad de los sueños y la invulnerabilidad de las palabras. Esa idea, justamente, es la que pretendo infundir en el aliento mortificado de las nuevas generaciones. Mi arenga a la juventud apuesta por el retorno a lo esencial, a la dignidad del lenguaje. Simplemente, lean, vuelvan a leer, piensen, sean autocríticos. La tolerancia sólo se construye con el ejercicio cotidiano de la paciencia y el diálogo. Aprendan a escucharse a sí mismos, a refutarse, a administrar con madurez la sucesión humana del subir y el caer. Pido disculpas al auditorio por la posible pedantería de mi estilo didáctico; no he perdido el hábito del aula y la retórica, mal acostumbrada a las franelas beige de los estudiantes, imita el gesto vocativo de mi oficio. No pretendo decir a nadie lo que tiene que hacer o, mucho menos, cómo debe vivir. Mi relación con la enseñanza es un conflicto no resuelto, un argumento lacerante del insomnio, una cruzada particular que, probablemente, a la luz de alguna legislación a la carta pueda ser tipificada como delito. No es de extrañar que el humilde deseo de que este país pueda ser un lugar mejor, según el criterio fanático de algún ministerio iletrado, sea previsto como una inaceptable falta que merezca ser castigada con la rueda o el potro.

Tras este magma irresoluto de consideraciones intempestivas tengo el afable deber de exponer algunos agradecimientos. Agradezco, en principio, a la Fundación Arturo Uslar Pietri por su exagerada diligencia en todo lo que ha representado la organización y convocatoria de este Premio Iberoamericano de Novela. Subrayo, en este contexto, la abusiva bondad de mi amigo Níkola Krestonosich quien, en estos días saturados de nuevas experiencias, se ha convertido en una especie de Virgilio, abandonado en el averno caraqueño. Más allá del respaldo a la novela quisiera dar un reconocimiento a la Fundación por la encomiable labor que realizan con el Sistema de Niños y Jóvenes Escritores de Venezuela, una gesta que, sin duda, procurará grandes beneficios. De igual forma, agradezco a los miembros del jurado por la

lectura crítica y amable que hicieron no sólo de *Blue Label / Etiqueta Azul* sino también de mi incomprendida *Transilvania*. Cuando, hace un año aproximadamente, comencé a redactar *Blue Label* nunca imaginé que aquel trabajo solitario, aquel ejercicio de otredades, transgresiones lúdicas, retóricas juveniles y recuerdos inconexos podría tener la potencialidad de convertirse en texto publicado. Mis objetivos literarios, obstinadamente, estaban enfocados en otro proyecto. Aprendí a creer en *Blue Label* gracias al apoyo y el estímulo de algunas personas cercanas a mi entorno. En este sentido, agradezco el oficio lector de mi esposa, Beatriz Castro, quien hizo severas lecturas del manuscrito y, con suma pertinencia, denunció gazapos, redundancias, cacofonías y defectos puntuales que mis primeras lecturas no alcanzaron a precisar; a Cecilia Egan, por su fe incuestionable en la novela; por el mensaje de texto que, en una madrugada de octubre, me hizo llegar para decirme que *Blue Label*, a pesar de estar hablada en venezolano, había logrado tropezar con el lenguaje universal que supone el vértigo de la adolescencia. Debo expresar también un sentido agradecimiento a Luis Yslas, Rodrigo Blanco y a todo el equipo de mi casa virtual, el portal ReLectura. Hay otros agradecimientos que, intuyendo la fragilidad de mi temperamento, preferiría hacer de manera privada. Mi familia, en sus dos vertientes, desciende de una legendaria estirpe de sensibleros que, inevitablemente, me ha hecho depositario de un espíritu blando. La conciencia de mi debilidad, la vergüenza y el respeto por las formas solemnes no me permiten pronunciar algunos nombres que, por demás, sé que no hace falta mencionar.

Quisiera cerrar esta intervención haciendo referencia a un conflicto irresoluble y omnipresente en las distintas discusiones sobre el pasado, el presente y el futuro de Venezuela; conflicto que, últimamente, he tropezado en múltiples foros y tertulias. Me refiero al álgido debate sobre la venezolanidad. Hay un empeño casi fanático en demostrar la pureza del folclor, la autenticidad de la tradición y el hermetismo de nuestra esencia. En distintos contextos, existe una urgente necesidad por descubrir un origen supuesto, una raíz común, un patrimonio telúrico. Esa abstracción imaginada, en ocasiones, se enfrenta de bruces contra la refutación de lo real. La venezolanidad es un asunto que, particularmente, no me crea conflicto. Tengo la convicción de que la condición humana es anterior a la idea de nación y que, seguramente, sólo lograremos ser un país digno cuando, haciendo a un lado el juego de la idiosincrasia perfecta, trabajemos con humildad y paciencia en la reconstrucción de aquello que Uslar Pietri definía con la sencilla y compleja noción de *valores humanos*. Quizás, a los ojos del mundo, podamos convertirnos en un referente virtuoso el día que la virtud se practique de manera espontánea en lugar de ejercer la excelencia por encargo o la ética por turnos a la que cierta indolencia social nos ha mal acostumbrado. El arraigo, probablemente, sea algo indefinible, palpable, perceptible a los sentidos, pero que trasciende las formas esenciales del

lenguaje. Siempre he pensado que la venezolanidad ha de ser algo así como esos cotidianos olvidos domésticos, como aquellos episodios en los que la prisa o el estrés nos hacen perder de vista, por ejemplo, las llaves de la casa. La impaciencia, en esas circunstancias, nos obliga a buscar en lugares remotos, a remover papeles y desordenar la casa. Tarde caemos en cuenta, con justificada vergüenza, que las llaves las teníamos en la mano o que, distraídamente, las habíamos colocado en otro bolsillo. Tengo la convicción de que nos encontraremos el día que dejemos de buscarnos. Algo me dice que, perdidos, desorientados, humillados y ofendidos, aún estamos ahí y, que de alguna forma, a pesar del envilecimiento innegable, siempre hemos estado ahí.

Apelo, como corolario a esta reflexión desesperada, a la autoridad poética. Quisiera prologar el punto final citando las palabras de William Carlos Williams en su prefacio al *Aullido* de Ginsberg. Allí, el autor dice algo que a pesar de la diferencia de los contextos nacionales redunda y simpatiza con aquello que Cesare Pavese describió con gran tino como el *oficio de vivir*. Cedo la palabra al bardo para luego volver a la guarida del silencio. Dice el poeta, también americano: «A pesar de las experiencias más degradantes que la vida pueda ofrecer a un hombre, el espíritu del amor sobrevivirá para ennoblecer nuestras vidas si y sólo si somos capaces de conservar la inteligencia, el valor, la fe y el arte de perseverar».

*Gracias por su atención.
Eduardo Sánchez Rugeles*

Este libro se termino de imprimir
en los talleres Venezolanos de
GRAFICAS LAUKI C.A.
en el mes de Octubre de 2011
www.graficaslauki.com

NOTAS

[1] "Nota del autor", *Prosas apátridas (completas)*. Barcelona: Seix Barral, 2007, p. 9.

[2] "Ornitorrincos", *Safari accidental*. México: Joaquín Mortiz, 2005, p. 14.

[3] "La literatura es fuego", *Contra viento y marea*. Barcelona: Seix Barral, 1983, p. 135.

[4] *El mundo según Cabrujas (investigación y compilación a cargo de Yoyiana Ahumada)*. Caracas: Editorial Alfa, 2009, p. 318.